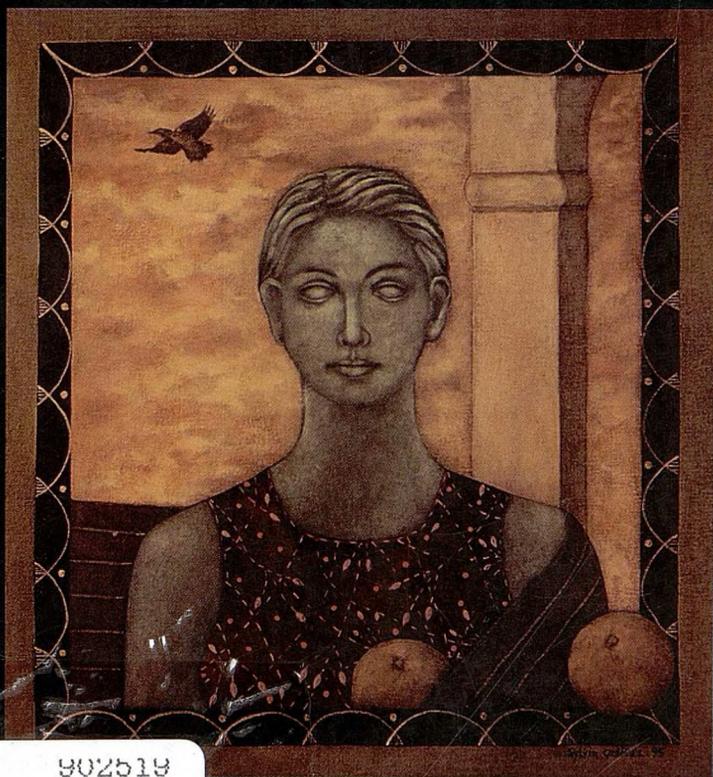


# Celia



902519

••Ciprian Cabrera Jasso••

...y la oscura esperanza

## **DIRECTORIO**

**Lic. Freddy Arturo Priego Priego**  
Rector

**Lic. Jesús Antonio Piña Gutiérrez**  
Secretario de Servicios Académicos

**Ing. Juan Luis Ramírez Marroquín**  
Secretario de Servicios Administrativos

**C.P. Olga Yeri González López**  
Contralora General



**UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO**

Liderazgo. Calidad Académica y Valores Humanos: Ejes transformadores de la Sociedad.

# Celia

*... y la oscura esperanza.*

• Ciprián Cabrera Jasso •

## **"Celia y la oscura esperanza"**

Ciprián Cabrera Jasso

Primera edición, 1998

D.R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco  
Ave. Universidad s/n Zona de la Cultura C.P. 86080  
Villahermosa, Tabasco

### **Portada**

Silvia Ordóñez

"Retrato con dos naranjas" 1995

Oleo sobre tela 75 x 70 cm.

Tomado de la Colección ABSIDE

Grupo Financiero SERFIN

### **Fotografía del Autor**

Pedro Luis Hernández de la O.

### **Diseño de Portada**

Gema Perea Urbina

### **Diseño Editorial**

Gema Perea Urbina

### **Edición**

DGI Consultores, S.A.

### **Coordinador de edición:**

Angel Azorín C.

**ISBN: 968-7991-05-4**

Impreso en México- Printed in Mexico

Me extrañó que de un día para otro vaciaran la casa. Era una oficina de asuntos cinematográficos que quedaba a un lado de donde yo vivía por esa época en la ciudad de México. Casi todos nos conocíamos en la calle, había de todo en ella. Grupos que se reunían en la esquina, donde estaba la vinatería, a tomar toda la tarde y parte de la noche, así como escándalos de un enamorado que llegaba a altas horas de la madrugada a molestar a la novia. Le gritaba su nombre, le llevaba serenatas y después se subía a su carro y arrancaba a gran velocidad rechinando llantas. Esto lo hacía una o dos veces por semana y el cortejo duraba el tiempo suficiente como para no dejar dormir a nadie. Lo peor de todo era que no se le podía decir nada porque a la siguiente vez lo hacía peor. También vivían, casi enfrente de mi casa, unos que tenían todo el aspecto de bandidos. Y hacían honor a su apariencia. No fueron pocas las veces que hubo balazos en la calle entre ellos y otros grupos. Había una loca que de vez en cuando veía pasar por la ventana de la sala acompañada de su madre. En algunas ocasiones se detenía y miraba hacia adentro con ojos enrojecidos y vacíos. Éstos se clavaban en mí como dos espinas y yo tardaba bastante en digerirlos y olvidarlos.

Algunos de mis vecinos jugaban por las tardes todo tipo de juegos en la calle o se ponían a cantar debajo de un gran árbol de hule que estaba a cuatro casas de la mía. A veces iba con mis hermanos a reunirme con ese grupo de amigos y también cantábamos. Teníamos buena amistad, nos la pasábamos bien. Yo era conocido en la calle no sólo por vivir en ella sino porque todas las mañanas me ponía mi bata blanca y me veían pasar rumbo al manicomio donde trabajaba. Muchos sabían que trataba con locos y esto les llamaba mucho la atención.

Sin embargo, el que más me llegó a conocer fue el que se cambió a vivir a la casa que habían desocupado. Con la misma rapidez con la que la vaciaron la volvieron a habitar. Una noche sacaron todo y al día siguiente ya la habitaba un hombre que se metió en mi vida por varios meses. Antes de pasar a contarles cómo apareció frente a mí una noche de mediados de un mes de febrero tengo que decir algunas cosas.

Tenía veintidós años, estudiaba en la universidad y estaba totalmente convencido de que el mundo podía ser mejor, de que las desigualdades sociales iban a desaparecer de la faz de la tierra y de que el hombre tenía la posibilidad de ser feliz con sólo cambiar las estructuras económicas y sociales existentes. Hubo sueños que sucumbieron por esa época tanto en nuestro país como en otras partes del mundo; uno en 1968. Después vino el grande y bello sueño de Chile que terminó en una de las pesadilla más espantosas que ha vivido el hombre. Pero la esperanza persistía, aún era posible que el Ave Fénix se levantara de las cenizas y emprendiera el vuelo. Ya existían, desde la segunda década del siglo, miles de seres humanos que vivían en sistemas económicos nuevos y esperanzadores. Había líderes políticos o militantes guerrilleros que se abrieron paso a través de la espesa selva de la corrupción y del desamparo. Marx sudaba en las manos de los estudiantes, lo mismo Lenin, Mao, Ho Chi Min, el Che Guevara y otros seres que habían dado sus vidas por defender a los condenados de la tierra y prender, además, faros que nos guiaran hacia el puerto de uno de los más grandes sueños que tuvo gran parte de los habitantes de la tierra: hacer de ésta un lugar habitable, un sitio donde los humanos vivieran en igualdad de derechos.

Los que tenemos ahora, en 1995, entre cuarenta y cincuenta años, hemos despertado, después de ese sueño, a la gran

pesadilla de la caída, al vacío, a la aridez, al desierto de la desesperanza y de la angustia. Tenemos que seguir viviendo en un mundo donde los soñadores han abierto los ojos y el mundo está peor. Ya no existe nadie que viva en sociedades donde se trabaje para la esperanza. Todo se ha desmoronado y el polvo del derrumbe se nos metió por los ojos y nos ennegreció el rumbo. Y no sólo lo ennegreció sino que su pasmosa caída dejó un abismo bajo los pies y aún se escucha la gran carcajada de burla del demonio que permitió que los hombres jugáramos, por un tiempo, a buscadores y hacedores del paraíso.

Yo, así como muchos de mi generación, soñamos ese sueño, lo vivimos, lo alimentamos con lecturas, trabajamos en algunas colonias pobres o participamos en manifestaciones que exigían, muchas veces, lo imposible.

De hecho, existió el proyecto de que me fuera a vivir a Chile antes del golpe de estado. Estudiaba conmigo en la universidad una chilena de la que casi llegué a enamorarme. Sin embargo, creo que más que enamoramiento era gusto. Angela era un mujer muy bella, no sólo en su físico sino también en su interior. Nos gustaba salir a tomar el café y platicar sobre distintos temas. Nos hicimos muy amigos, anduvimos juntos por un tiempo y con ella conocí la luz que se vivía en su país. Neruda a floraba a nuestros labios constantemente, al igual que Pablo de Roca y otros poetas y músicos chilenos que conformaban, todos ellos, la gran familia que se unía a cantarle a la vida floreciente, al sueño que se derrumbó un día bajo las balas, el fuego y los gritos desesperados de los que abrían los ojos para desaparecer, para ser torturados, para terminar muertos en una calle, en una plaza o en la puerta de sus departamentos ante los ojos atónitos de los hijos, de los hermanos o de los padres. Angela, que era hija del embajador de Chile en México,

también se esfumó de mi vida y con ella la ilusión de irme a vivir el nacimiento del hombre nuevo, de ese hombre que sólo fue la proyección de la inocencia.

Por esa época, tuve que ir a ver a un otorrinolaringólogo porque me mantenía con la nariz tapada. Comía y respiraba al mismo tiempo por la boca. Me dijo, después de examinarme, que tenía hinchados y bastante mal los cornetes, que no se explicaba cómo era posible que a mi edad estuvieran tan maltratados. Le tuve que confesar, con cierta pena, que había inhalado cocaína por varios años y que posiblemente ésta era la causa.

- Pues ahora no me queda otra que quitárselos, ya no le sirven para nada.

Y me sentó en una silla parecida a la de los odontólogos, me ató las manos y me dijo que tenía que quedarme muy quieto, que iba a ponerme anestesia local. Me puso un aparato en una fosa nasal y después enrolló algodón en una pinza y la remojó en un líquido. Lo vi venir hacia mí y sin ningún preámbulo la introdujo dentro de mi nariz. Sentí que me pasaba por atrás del ojo y que llegaba hasta el cerebro. Después sacó la pinza y me dejó el algodón por un rato. Se fue y cuando regresó me preguntó si fumaba, le dije que no.

-Pues va a tener que echar mucho humo por la boca.

Me quitó el algodón y empezó a cortar el comete con una tijera especial.

- Ahora sí, a fumar - me dijo y metió un aparato caliente para cauterizar la herida. El humo me salía hasta por las orejas. Todo esto fue una verdadera tortura. ¡Y aún faltaba la otra fosa nasal!

Sali de allí como había llegado: solo y caminando. Cuando llegué al carro me sentía débil y mareado. Miré mi rostro en el espejo retrovisor y vi que ya empezaba a hincharse.

Nunca escuchaba la radio, pero esa tarde la encendí para distraerme un poco, me molestaba mucho la nariz, parecía que aún tuviera en ella algún tubo metido. Exactamente en ese momento estaban dando la noticia de la muerte del poeta Pablo Neruda. Subí el volumen y comencé a escuchar la voz de éste diciendo "Pido permiso para nacer" y empecé a llorar con un dolor mucho más profundo que el de mi operación. Esa muerte significaba no sólo la muerte de un gran poeta, sino también el de una luminosa esperanza.

Tuvieron que pasar algunos años para que volviera a encontrar a Angela. Fue un día que fui a realizar algunos trámites a la universidad. Caminamos un rato por los jardines y supe que se había casado y que su matrimonio había sido un fracaso. Yo ya no podía hacer nada, mi corazón estaba habitado por otro rostro. Nunca más he vuelto a saber de ella. Sin embargo, el recuerdo la conserva como el símbolo de una belleza que sucumbió junto con un sueño que no retorna.

Por ese tiempo, cuando Angela desapareció, fue que tocaron una noche a la puerta de mi casa. Abrí y me encontré, cara a cara, con el vecino nuevo. Tenía dos días de haberse cambiado y pensé que venía a presentarse. Y así fue, pero no como yo pensaba.

- Buenas noches - me dijo tendiendo su mano. Se la estreché un poco desconfiado porque su rostro no era muy agradable, había algo feo detrás de sus ojos que me hizo dudar de él desde ese momento. Después de unos instantes de silencio en los que él esperó a que yo dijera algo, añadió que venía no sólo a presentarse sino también a pedir una disculpa.

... y la oscura esperanza.

- Quiero que me perdone por haberle dejado esa nota tan grosera en su carro, pero es que llegué a mi casa y estaba bloqueando la entrada a mi garage.

Le contesté que estaba equivocado, que nunca había dejado mi auto en su entrada y que por lo tanto la nota se la había escrito a otro. Insistió que no, que había sido mi carro y que como vio que las placas eran del mismo estado de donde él era se venía a disculpar. Le dije de nuevo que estaba equivocado, que nunca dejaba mi carro en otra parte que no fuera en mi casa. Le pregunté de qué parte del estado era.

- De San Juan Bautista, San Juan Bautista.

Todo esto me extrañó sobremanera. El nombre de la ciudad era correcto, pero no el del estado. Le dije que ese sitio no existía, que se me hacía raro que siendo de allí inventara un nombre. Cuando vio que dudaba de él metió una mano en uno de sus bolsillo y sacó una credencial.

- Es cierto, estoy inventando, no le dejé ninguna nota ni soy su paisano. Trabajo para el gobierno y me encomendaron vigilarle.

Al principio no logré entender bien de qué se trataba, le pregunté que me explicara con mayor claridad sus palabras. Me dijo, mientras me mostraba la credencial de policía, que no podía ser más claro, que iba a tener que verlo muy seguido por un buen tiempo, que me cuidara, que iba a andar tras de mí para ver qué tan malo era; que tenía información de que andaba metido en cuestiones indebidas. No contesté nada, simplemente le agradecí que me avisara y que tratara de cumplir con su encomienda lo mejor posible.

- No sé si ya se dio cuenta de que a partir de ahora está en mis manos, que basta que yo diga una palabra para que su vida cambie por completo o para que no lo vuelva a ver nadie.

No, no me había dado cuenta, pero cuando me lo dijo sentí terror. Traté de no demostrárselo.

- Ojalá se porte bien, ya son varios los que llevo en la conciencia, y aunque no me crea sí me pesan.

- Usted cumple con su trabajo.

- Así es. ¿Sé que está estudiando ruso?

- Sí.

- ¿Por qué lo estudia?

- Porque me interesa la literatura rusa.

- ¿Nada más por eso?

- Sí, nada más por eso.

- También sé que tiene ideas socialistas.

- Puede ser. Pero el ruso lo estudio porque deseo leer a los escritores rusos en su propia lengua.

- Pero además trabaja para ellos.

- ¿Para quiénes?

- Para los rusos.

- No, sólo ayudo de vez en cuando en la biblioteca del instituto donde estudio. Allí tengo la oportunidad de leer libros que no se consiguen fácilmente.

No sé cuánto tiempo me estuvo interrogando, lo que sí sé es que a partir de esa noche empezó para mí una paranoia espantosa. No dormía tranquilo ni leía con la concentración necesaria. No había sitio donde no lo encontrara, donde no se me apareciera.



Cuando Angela se fue de la escuela y de mi vida empecé a salir con otra compañera de clases. Katy no era tan bella pero sí más

simpática. Estaba realmente loca, vivía sola con su abuela y empecé a frecuentarla. Salíamos juntos a fiestas o a pasear. Le conté lo del policía que había aparecido en mi vida y me dijo que eso era realmente terrorífico, que tuviera mucho cuidado. Le dije que no podía evitar seguir con mis mismas actividades, que no podía renunciar al ruso, ni a la lectura de ciertos libros. Tampoco podía hacer a un lado todo en lo que creía.

- Sin embargo, esos hombres son el mismo diablo. Yo prefiero mantenerlos lejos de mí.

- Pues vas a tener que padecerlo junto conmigo, nunca deja de seguirme.

Se empezó a reír de manera nerviosa y me preguntó si en ese momento andaba cerca esa persona. Miré hacia todas partes y le dije que no lo veía, pero que de seguro nos estaba observando. A partir de ese instante Katy veía hacia todos lados, se puso peor de paranoica que yo. Sin embargo, tenía sus escapes, sus profundas huidas hacia otros mundos.

Una noche la invité a un baile al que asistirían mis padres y mis hermanos. Cuando fuimos por ella a su casa entré a buscarla y me la encontré, para mi sorpresa, con una muñeca entre los brazos y con los ojos perdidos. Ya estaba esperándome pero su aspecto era patético. Le pregunté qué le sucedía y me dijo que había estado con unos amigos toda la tarde y que se había tomado un LSD. Le dije que si deseaba podía quedarse, que no era conveniente que saliera. Me contestó que sí iría, que ya me lo había prometido y que además había invitado a su muñeca. La tuve que llevar; realmente fue catastrófico. Cuando entramos al carro se la presenté a mis padres y éstos me quedaron viendo como preguntándome qué sucedía, por qué traía una muñeca y esa expresión tan extraña. Todos guardamos silencio. Sólo se

escuchaba el murmullo de Katy mientras arrullaba a su muñeca. Mis hermanos volvían sus rostros hacia mí y sonreían. Yo iba en un estado de incomodidad inmenso. Hubo varios instantes en los que deseé decirle al chofer que regresara a la casa de ella para dejarla. Empecé a sentir coraje. De pronto me cruzó por la cabeza que todo lo había hecho a propósito, que el LSD lo había tomado para soportar mi compañía y sobre todo la fiesta. Temí por lo que fuera a suceder cuando llegáramos, no sabía de qué forma iba a reaccionar. Los efectos de la droga aún eran muy fuertes, cada vez que la miraba descubría que andaba muy lejos, que realmente no se encontraba con nosotros. Todo se puso tan tenso que mi padre, que era un gran conversador, iba callado. Podía intuir lo que pensaba. Él también me veía de soslayo de manera acusadora y terrible. Si de por sí tanto él como mi madre pensaban que estaba loco, creo que esa noche despejé todas sus dudas y confirmé sus sospechas.

... y la oscura esperanza.

Cuando llegamos a la fiesta todos se adelantaron a propósito y nos quedamos atrás Katy y yo. Le volví a insistir de que no le convenía entrar en ese estado, que se iba a sentir mal, que el estar allí podía hacer que todo se le convirtiera en un infierno.

- Por eso tomé el ácido, para soportarlo - me contestó sin volver su rostro hacia mí.

No puedo negar que me sentía incómodo, me daba pena entrar con ella y con su muñeca. Cuando estábamos casi en la puerta se puso a arrullarla de nuevo y a darle de besos por todas partes. Le supliqué que tratara de controlarse, que se diera cuenta en qué sitio estábamos. Me respondió que tenía miedo de que yo me convirtiera en un ser igual a los de la fiesta, que no la dejara sola, que la acompañara, que la guiara hasta un sitio donde pudiéramos estar en paz. Le dije que

ese sitio no existía ahí, que todas las mesas estaban ocupadas y que la única era la que le habían reservado a mis padres.

- Está bien -me dijo- vamos para allá, pero no me vayas a dejar sola con ellos, si sales a bailar llévame.

Nos sentamos bajo la mirada acusadora de mi papá. Katy seguía jugando con su muñeca y no veía a nadie. Mi mamá sólo movía su cabeza como diciéndome “ya ni la amueclas, icómo te atreviste a hacernos esto!”. Lo que ella no sabía era que yo tampoco me esperaba una sorpresa así. Sí sabía que Katy se drogaba porque una vez hizo un pastel de marihuana en mi casa y enloquecimos todos. Pero nunca me imaginé que ese día lo hiciera y, sobre todo, con un LSD.

La vez del pastel, por cierto, llegué a perder conciencia de lo que sucedía a mi alrededor. Recuerdo que un primo mío se comió una gran rebanada y después me invitó a que leyéramos poesía en voz alta. Acepté. Le dije que subiéramos a mi cuarto, que allí estaban los libros de poemas. Escogí a García Lorca y él empezó a leer el poema “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”. Todo iba muy bien, pero al poco rato dejé de escuchar la voz de mi primo, abrí los ojos desde ese remolino que me había tragado y descubrí que seguía moviendo sus labios y haciendo gestos de dolor con el rostro, pero su voz ya no salía. Empecé a reírme con gran fuerza, no podía detener la risa. Él, sin embargo, continuaba leyendo sin darse cuenta de nada. De pronto interrumpió la lectura, volvió sus ojos hacia mí y me dijo: “es un poema maravilloso, ¿no te parece?”. Yo seguía riéndome, sólo alcancé a escuchar que decía que no podía entender qué me podía producir tanta risa de un poema tan trágico. Empezó a leer “Romance de la luna, luna” de la misma manera. Ya no pude soportar, casi sentía los pantalones mojados. Bajé de nuevo a la sala y lo dejé solo.

Acababa de llegar un amigo que vivía con nosotros y que era demasiado serio en todas sus cosas. De pronto vi que también traía su pedazo de pastel y que ya le había dado varios bocados. Fui a preguntar quién se lo había servido y uno de mis hermanos me dijo que él, pero que no le había dicho que tenía mariguana. Lo empecé a buscar para decirle que no lo continuara comiendo. Hasta donde sabía él no había tenido nunca ninguna experiencia con drogas. Pero yo estaba tan drogado que me olvidé un rato de él. Me sentía flotar dentro de un laberinto de paredes y de cuerpos. Cuando me acordé de mi amigo fui a su cuarto, estaba tirado en la cama. Le pregunté si se sentía bien y me dijo que no, que el pastel le había caído muy mal, que se sentía extraño. Aún entonces no le dije nada, confié en que no le hiciera mucho efecto y se durmiera. Lo dejé allí acostado. Al poco rato empecé a escuchar mucho ruido y corrí a ver qué sucedía. Estaba dándose de golpes contra las paredes y gritando que se volvía loco. Traté de tranquilizarlo pero era inútil, estaba totalmente fuera de sí. Lo llevé hasta la regadera y lo metí al agua fría antes de que se rompiera el cráneo. Una vez que lo vi un poco calmado le expliqué lo del pastel. Pensé que iba a agarrarme a golpes pero fue todo lo contrario, se empezó a reír y me dijo que eso le daba mucha tranquilidad, que prefería saber que traía una droga adentro y no la locura.

... y la oscura esperanza.

- Con razón le sentía algo como arenoso al pastel - me dijo mientras se acostaba en la cama- pensé que se les había caído y que tenía tierra, de hecho no me lo terminé, por alguna parte dejé un pedazo.

- ¿Ya te sientes mejor?

- Creo que sí, pero me siento muy lento y si cierro los ojos me voy dentro de un hueco oscuro.

- Ya se te va a pasar, lo importante es que estés tranquilo y que no te desesperes. ¿Quieres un poco de agua?

- Sí, por favor, tengo la boca seca.

Bajé a buscarle el agua y cuando subí lo encontré hincado rezándole a todos los santos habidos y por haber. Estaba con los brazos abiertos y rezaba en inglés con acento alemán. Más que una prédica piadosa parecía un discurso nazi. Después de un rato guardó silencio, cerró los ojos e hizo varias reverencias hasta tocar el suelo con la frente. Lo vi incorporarse, tomar el vaso con agua de mi mano, saciar su sed y acostarse de nuevo. No volvió a decir una sola palabra. Una vez que lo dejé dormido bajé de nuevo a la sala, Katy estaba platicando con uno de nuestros compañeros de clases. Cuando me vio fue hacia mí, me abrazó y me dijo que se sentía muy bien, que deseaba quedarse toda la noche en mi casa. Tomó otra rebanada de pastel y se la comió a pesar de que le supliqué que no lo hiciera. Era una mujer insaciable, deseaba experimentar todo y no se le podía detener. Cuando se fueron los demás y nos quedamos solos me pidió que saliéramos a caminar un rato, que deseaba ver las estrellas.

- En esta ciudad es difícil descubrir una estrella- le dije tratando de convencerla de que se acostara.

- Ya verás que yo hago que se vean, siento una gran energía en mi cuerpo, creo que sería capaz hasta de volar. Vamos al techo de la casa para que lo veas.

Le dije que estaba loca, que mejor saliéramos a caminar. La noche estaba bastante agradable, soplabla una brisa fresca y no se veía ni un alma por las calles. Eran como las tres de la mañana y al llegar a un parque que estaba cerca de la casa nos tiramos al pasto a contemplar el cielo.

- Te lo dije, ya ves que sí se ven las estrellas.

- Sí, se alcanzan a ver alguna- le contesté.

- Yo veo muchas.

- Alucinas.

- No, las veo.

Le tomé la mano y así estuvimos no sé cuánto tiempo. Al poco rato me dijo que le gustaría hacer el amor al aire libre, que nunca lo había hecho. Me preguntó si yo sí y le dije que una vez y ante mucha gente.

- ¡Ante mucha gente! Eso no te lo puedo creer.

- Pues así fue y no era yo el único que estaba haciendo el amor.

- ¿Dónde fue?

- Afuera del velódromo de la carrera de autos de las 500 millas en Indiana, Estados Unidos.

Le platicué que había ido con un amigo y dos amigas venezolanas. Llegamos un día antes de la competencia y nos dedicamos a recorrer la ciudad y a visitar algunos lugares. En la tarde asistimos a un concierto de rock y después visitamos un museo donde se exponen muchos de los carros que han participado en las distintas carreras, así como fotos y objetos de dicho evento. En la noche buscamos un sitio para dormir y nos fuimos a donde estaba la mayor parte de la gente que iba esperar a que abrieran el velódromo al día siguiente. La mayoría era de otros estados y algunos extranjeros. Nos acomodamos en un sitio donde el pasto podía servirnos de cama e hicimos una pequeña fogata para asar carne, acompañada con varias botellas de buen vino. Ya un poco metida la noche me dijo una de las venezolanas que la acompañara a caminar. Al principio todo estaba relativamente tranquilo, había grupos de personas fumando marihuana, otras platicaban acaloradamente sobre distintos corredores de carros, otras cantaban acompañadas de guitarras o acordeones y un poco más retirado de donde estábamos descubrimos a varios haciendo el amor tan libremente como si estuvieran en la intimidad de sus casas. Es obvio que no éramos los únicos que caminábamos por allí y los veíamos, había mucha gente que aún buscaba

... y la oscura esperanza.

donde pasar la noche o que se dedicaban a deambular de un lado para otro con la intención de no dormir. Mi amiga me dijo que eso sí que era una maravilla, que de seguro así había sido al principio del mundo.

- ¿No te gustaría experimentar qué se siente hacer el amor ante la mirada de los demás y entre los quejidos de los otros?

- Nunca lo había pensado -le dije- pero no estaría mal hacerlo.

Realmente no me esperaba esta reacción de parte de ella ya que sólo éramos amigos, no había nada entre nosotros. Sin embargo, la vi quitarse la ropa muy decidida y no tuve otra opción que hacer lo mismo. No puedo negar que me sentía incómodo, a pesar del vino y del hashish que había fumado aún guardaba en mí fuero interno algo de pudor. Desvestirme ante la mirada de las personas que iban pasando era un experiencia casi de sueño. Por un instante dudé si todo era cierto o si estaba durmiendo en algún sitio. Esta duda se desvaneció cuando sentí la desnudez de Lucrecia pegada a la mía y el fuego de sus labios recorriendo todo mi cuerpo.

- Tratemos de tener la misma libertad que ellos- me dijo mientras me jalaba de las manos hacia el suelo.

Y sí, la tuvimos. Al poco rato me olvidé de las miradas de los trasnochados y nos dedicamos a hacer el amor con gran pasión. Lucrecia resultó ser un verdadero volcán. Estuvimos allí toda la noche, ya no regresamos con nuestros compañeros, el alba nos encontró desnudos y con los ojos abiertos.

- Pues aquí nadie nos ve - me dijo Katy una vez que terminé de contarle mi aventura - y eso me gusta más. No creo que pudiera hacer el amor ante la mirada de una o más personas. Este parque está solitario y las estrellas están esperando nuestra desnudez.

Y esa noche Katy y yo realizamos una danza maravillosa en esa gran soledad de la inmensa ciudad de México. Nos vestimos cuando empezó a llegar la luz del sol, aún no había nadie por ninguna parte (eso pensé en ese momento, más tarde supe que sí, que alguien nos había estado acechando). Llegamos a mi casa y como era domingo nos dormimos hasta después del mediodía. Nos bañamos, nos reímos de la locura que habíamos hecho y me dijo que había sido una de las cosas más bellas de su vida, que nunca pensó que pudiera hacer el amor a la intemperie y menos en un lugar público. La llevé con su abuela y nos despedimos.



Mis padres me sugirieron que sacara a Katy porque cada vez que alguno de los amigos de ellos se acercaba a la mesa ésta se presentaba a sí misma y a su muñeca. Todos se retiraban asustados y sorprendidos. Al poco rato el baile completo sabía que en nuestra mesa había una loquita. Aún así todavía bailamos algunas piezas ante la mirada escrutadora de todos y la de mis padres, que no sabían qué hacer.

Por fin, después de una larga conversación, pude convencerla de que lo mejor era que la llevara a su casa. Lo hice, pero antes de salir se volvió y dijo adiós moviéndole el brazo a la muñeca. Es obvio que ya no regresé a la fiesta, dejé a Katy en su casa y me fui a dormir sabiendo que al abrir los ojos me esperaba una perorata de parte de mis padres y que iba a ser, por un buen tiempo, el tema más importante en las conversaciones de ellos con mis tías y demás parientes.

Esperé verla al día siguiente en la escuela. No llegó. Fui a un teléfono para saber qué le había sucedido y la muchacha que trabajaba con ella me dijo que no estaba, que sus padres se la habían

llevado a su casa al norte del país. Le pregunté si sabía cuándo regresaba y me dijo que posiblemente ya se quedara a vivir allá, que sus padres no deseaban que siguiera en la ciudad de México.

Estaba tan perturbado que se me olvidó perderle el teléfono de donde la podía localizar. A los dos días que volví a llamar para pedirlo ya no contestó nadie. Fui a ver qué sucedía y uno de los vecinos del edificio me dijo que el departamento había sido abandonado, que como se habían llevado a Katy ya no tenía sentido que la abuela se quedara y también se fue. Su ida fue tan repentina que nadie en la escuela tenía su teléfono. Así le perdí la pista.

Fue hasta muchos años después, como veinte, que volví a escuchar su voz. No sé de qué manera consiguió el teléfono de mi trabajo en San Juan Bautista, ciudad a la que me había ido a vivir, y una tarde me dijeron que tenía una llamada. Fui, contesté y aunque había pasado tanto tiempo, la reconocí inmediatamente. Me contó un poco la historia de su vida desde su desaparición y después me dijo que deseaba divorciarse para poder hacer muchas cosas que no había hecho en la vida. Una de ellas era estudiar el violín, otra irse a vivir a una ciudad del sur y por último, que le gustaría mucho verme. Yo le dije que sí, que me encantaría, que me hablara cuando ya estuviera instalada o tan pronto llegara. Nunca lo hizo, de hecho nunca he vuelto a saber más de ella; le hablé una o dos veces al teléfono que me había dado y nunca me contestó nadie.



Pero yo tenía otra preocupación: el policía iba a mi casa a cualquier hora y me hacía preguntas. Una tarde que estaba leyendo

se asomó a la ventana y me pidió que le mostrara la portada del libro; lo hice. Me dijo que le abriera la puerta, que necesitaba hablar seriamente conmigo. Dudé durante un rato en dejarlo pasar.

- Lo mejor es que tratemos todo esto con cierta amistad, recuerde que lleva todas las de perder. Abra la puerta.

Una vez instalado en la sala me dijo que antes necesitaba un buen café. Fui a la cocina y le hice uno de olla. Se lo traje de muy mala gana y me senté a escuchar las cosas que me quería decir.

- Creo que no ha entendido que leer le hace mal.

Yo no contestaba.

- Será mejor que regale todos sus libros o que los venda, sólo le están perjudicando.

Yo no contestaba.

- No quiero encontrarlo de nuevo con uno entre las manos. Sé de gente que se ha vuelto loca de tanto leer. Así que le repito por última vez, deje de leer o va a saber de qué soy capaz.

Lo vi tan alterado que preferí continuar callado, además, no había nada que decir. Terminó su café y salió sin despedirse.

Ya me estaba incomodando su presencia, tenía varios días que me seguía y me acosaba por todas partes. A partir de la noche en la que fue a presentarse conmigo empecé a verlo por todos lados, aún en la misma universidad. Salía de mi salón y lo veía sentado esperándome en el patio. Cuando me descubría se levantaba y empezaba a caminar hacia su carro. En varias ocasiones me hice el tonto o intenté perderlo de vista; era en vano, siempre volvía a encontrarme.

- Así que trata de esconderse. Recuerde que somos vecinos, no tiene muchos sitios a donde ir. Además, si actúa así va a hacer que sospeche de usted y me dé cuenta que no tiene intención de cambiar.

Esto me lo dijo un día que salí de clases y lo vi platicando con un amigo muy cercano a mí. Pensé que no me había visto y me escapé por la parte trasera del edificio. Caminé lo más rápido que pude hacia la facultad de Filosofía y Letras con la idea de dar una vuelta para llegar a mi carro. Ya sabía que lo encontraría de nuevo en mi casa, pero ese día iba a visitar a una amiga que se había divorciado de uno de nuestros maestros y no quería sentir los ojos de él cerca. Cuando estaba a punto de subir al carro sentí que alguien me agarraba del brazo con gran fuerza.

- Hola, no le vi pasar por la explanada, ¿por dónde salió?

- Sí pasé por ahí, pero estaba muy entretenido platicando.

- No me engañe, sé que pensaba escapar.

- No es cierto - le dije, simple y sencillamente deseo estar solo y usted no me permite ni un instante de soledad, lo veo por todas partes.

- Espero que ya haya empezado a soñarme.

- No, por suerte aún no ha entrado en mis sueños.

- Eso quiere decir que aún no me tiene el miedo suficiente. No se preocupe, todavía estamos comenzando la cacería de la zorra.

- ¿Podría dejarme solo por este día?

- No, mi trabajo está a su lado. No haga que me sienta mal, no me gusta estar ocioso. Las veces que he estado sin hacer nada me dedico a pensar en cosas terribles. Se me vienen a la cabeza algunas imágenes de lo malo que he hecho en mi vida y no me gusta.

- ¿Qué cosas malas ha hecho en su vida?

- Creo que el que hace las preguntas soy yo, ¿o no?

- Es cierto.

- Algún día le voy a platicar algo de mi vida, para que cuando me vea exista en su mirada no sólo mi presencia física sino también algo de mi historia. Creo que eso haría nuestras vidas más cercanas.

Nunca sabía si todas estas cosas me las decía en serio o jugando, su rostro era espantosamente incierto. Esto, por ejemplo, me lo dijo con una sonrisa de ironía que no iba de acuerdo con su tono casi confesional. Llegué a pensar que se trataba de una de sus tretas y que lo único que perseguía era crearme un estado de confusión y zozobra.

- Le juro que no voy a hacer nada malo, sólo voy a visitar a una amiga que acaba de divorciarse y sé que está muy mal.

- Eso sí que es doloroso, a mí van tres mujeres que me abandonan. Pero no importa, uno sale siempre adelante.

- Hay veces, sobre todo cuando me habla así, que casi llego a olvidar que es policía.

- Hace mal porque nunca dejo de serlo. Ni cuando entre en sus sueños.

- Espero que eso nunca suceda, sería el colmo.

- Tan mal le caigo.

- Tengo prisa, si desea puede seguirme.

- No es que lo desee, es que tengo que hacerlo.

Me subí al carro y fui directamente a ver a mi amiga. La encontré llorando. Su exmarido, que, como dije antes, era uno de nuestros profesores, le había hecho mucho daño. Celia también había sido su alumna y antes de casarse con él llegué a tener alguna esperanza de poder amarla. Me gustaba mucho. Era de familia judía y había tenido que romper con todo para poder casarse con Antonio, que era de padres netamente mexicanos. Ella sentía que había sacrificado mucho por nada, que él se había portado como un patán y que, de hecho, lo seguía haciendo. No la dejaba en paz, llegaba a cualquier hora y se llevaba cosas, la amenazaba con dejarla en la calle, con hablar mal de ella en la escuela para que no le dieran trabajo.

No tenían hijos y esto hacía todo un poco más llevadero. Celia, sin embargo, empezó a perder cabello. Tanto, que llegó un momento en que se le clareó el cráneo. Se hizo análisis para ver si no tenía alguna enfermedad y no salió nada; todo era nervioso. Se sentía como animal acorralado, dejó de salir a la calle por un tiempo, abandonó la escuela, abandonó a los amigos porque éstos eran sobre todo amigos de Antonio. Los suyos, que eran en su mayoría judíos, le habían dado la espalda al casarse con él. Estaba sola y puedo decir que refugió su soledad en mí. Al principio la veía una o dos veces por semana, después me pidió que comiera con ella casi a diario. Yo le hacía las compras y en muchas ocasiones también la comida. Las veces que Antonio me encontró con ella me decía que intentara mantenerme alejado de sus problemas, que no tratara de meterme en nada íntimo con Celia. Nunca le contesté, siempre tuve la prudencia del silencio. En dos o tres ocasiones se me acercó en la escuela en tono amenazante y sólo una vez le dije que estaba loco, que Celia era mi amiga y que era incapaz de aprovecharme de su dolor y de su soledad, que el que debería dejarla en paz era él, que si lo respetaba como maestro, me había decepcionado hondamente como ser humano. Esta vez no dijo nada, sólo se dio la vuelta y se fue. Nunca más volvió a decirme algo, ni aún en la casa de su exmujer.

Al poco tiempo convencí a Celia de empezar a salir los fines de semana. Ibamos a los pueblos cercanos a la ciudad de México. Algunas veces en mi carro, otras en camión y otras en tren para ir cambiando de transportes y disfrutar, de esta manera, con más libertad de nuestras conversaciones y del paisaje. Llegamos a intimar bastante. Ella, como es obvio, también tuvo que padecer la presencia de mi incansable perseguidor.

En todos estos paseos el policía se mantenía lejano, sólo se acercaba a nosotros a la hora de la comida y compartía las

garnachas, los sopes, las quesadillas o los tacos que comíamos en Tepozotlán, Ameca Ameca, Texcoco, Chiconcuac y en otros. Siempre regresábamos el mismo día, sólo una vez que fuimos hasta Querétaro nos quedamos a dormir en un hotel y, a pesar de que estuvimos toda la noche en el mismo cuarto y en ropas íntimas, lo hicimos como dos grandes hermanos. Esto no quiere decir que no existiera entre nosotros el deseo y la gran tentación. Sin embargo, amanecimos “libres de toda culpa”. Si afirmo lo anterior es porque ella me dijo, mientras desayunábamos, que había estado tentada, dos o tres veces, a pasarse a mi cama. Yo le dije que también pero que había sido más fuerte la amistad. Esta entrada dio pie para que me preguntara si aún me gustaba como antes de casarse con Antonio, le dije que sí pero que prefería seguir con ella como hasta entonces. Me preguntó si no me gustaría hacer el amor con ella, le contesté que sí pero que al hacerlo pondríamos en riesgo nuestra amistad.

- Yo no veo cuál pueda ser el peligro - me dijo.
- Mejor no hablemos de eso ahora- le dije.
- ¿No te gusta correr riesgos?
- Sí, pero no con las amigas.

Me miró y me dijo que ella se consideraba más que mi amiga. Que pasábamos tanto tiempo juntos que sentía que ya se había enamorado de mí.

Me quedé contemplando el paisaje por la ventanilla del tren y sentí que se me agrandaban en el interior todos los ruidos de las ruedas al avanzar sobre los rieles. No sabía qué contestarle; por una parte no deseaba causarle más dolor del que estaba pasando y por otro no quería tener otro tipo de relación con Celia que no fuera el de una limpia y bella amistad. Aún me gustaba, y mucho, era una mujer no

sólo bella sino también sumamente inteligente. Sus lecturas se reducían sólo a la carrera de psicología, pero traía dentro de sí un mundo muy interesante. A veces me abría ese mundo y me contaba las historias de sus dos familias, la de su madre y la de su padre. Ante mí empezaban a deambular seres que sufrieron los campos de concentración alemanes, fugas, pérdida de hijos, de padres, de hermanos, de tíos, de abuelos que veían subir a vagones de trenes y desaparecer para siempre o, como en el caso de su padre, que había presenciado el fusilamiento de casi toda su familia.

- Atrás de mí hay toda una gran tragedia - me decía con voz apagada. Si algo se hereda de dolor, creo que yo lo he heredado todo, no me falta ni el más mínimo grito en mi garganta, ni la más atrocidad de las pesadillas en mis ojos. Esto es algo a lo que no se puede renunciar nunca. A pesar de que mis hermanos y yo nacimos en México, no hemos dejado de ser parte de esa tragedia. La traemos en lo más profundo de nuestro ser. Mi padre aún conserva en su brazo izquierdo el número de la muerte y mi madre dice que entre sus carnes lleva la marca de las camisas nazis, las vejaciones a las que fue sometida a pesar de que era demasiado joven y el recuerdo de sus senos enjutos.

Ese día llegamos a su casa ante la mirada escrutadora del policía y encontramos que Antonio había hecho de las suyas. Se había llevado el estereo, casi todos los libros, la máquina de escribir y otras cosas más. No dejó ni una nota, ni el más mínimo rastro de su fechoría. Celia miró hacia todas partes en silencio, me quedó mirando y sonrió con cierta amargura.

- Soy una verdadera estúpida, desde hace días que estoy pensando en cambiarle la chapa a la puerta y no lo he hecho, hasta ese extremo ha llegado mi desidia por la vida y por todo. El único ser importante en este momento eres tú.

Vino hacia mí, me abrazó y se echó a llorar. Le empecé a besar la cabeza con mucho cariño. En un momento dado ella levantó el rostro y dió comienzo lo que yo no quería que ocurriera; nuestros labios se encontraron y se desencadenó una serie de caricias y de besos que nos llevaron sin remedio hacia su recámara. Allí ella desahogó toda su impotencia y yo, a esas alturas, di rienda suelta al deseo acumulado en años de conocerla. Era sábado y estuvimos encerrados el domingo y parte de la mañana del lunes. Cuando sali ese día por la tarde vi al policía medio dormido dentro de su carro, me acerqué a él por vez primera desde que me seguía, y le pregunté si había estado todo el tiempo allí.

- Sí, siempre estoy prevenido para estos casos.

Me mostró una nevera en la que tenía refrescos, quesos, algunas carnes frías y pan.

- Ya se puede ir a descansar, voy a mi casa y no pienso salir hasta mañana.

- Gracias jefe - me dijo sonriendo.

Una de las cosas más extrañas de este ser era que decía vivir con su familia y nunca vi salir o entrar a su esposa ni a ningún niño o adolescente (más tarde supe el motivo). Y sin embargo, a veces pasaba por enfrente de mi casa montado en una pequeña bicicleta o, aunque no se me crea, en un triciclo al que movía empujándose del suelo con los pies. La primera vez que lo hizo tocó mi timbre y cuando sali me dijo que me invitaba a dar un paseo. Cuando lo vi en el triciclo busqué a su hijo por todas partes y no lo encontré.

- ¿Dónde está su hijo?

- En la casa, me prestó su triciclo para salir a dar la vuelta.

- Se lo va a romper.

- No, mire, es muy fuerte - al decirme esto empezó a darle de golpes contra el suelo y contra un pequeño árbol de hule que estaba

enfrente de mi casa - ya ve, aguanta cualquier cosa. Como sabían que era para el hijo de un policía lo hicieron de acero blindado.

- Gracias por invitarme, estoy muy ocupado estudiando, - le dije a pesar de lo absurdo de la situación.

- ¿Qué estudia? ¿Ruso?

- No, cosas de mi carrera.

- ¿Y ese milagro?

- Siempre lo hago. Lo que sucede es que también me gusta tener otro tipo de lecturas.

- Como a esos socialistas, ¿verdad?

- Puede ser.

- ¿Hasta cuándo va a entender que esas lecturas son dañinas?

- Hasta que me hagan daño.

- Posiblemente ya le hicieron y no se da cuenta. Por ejemplo, si no fuera por ellas yo no estaría siguiéndole por todas partes.

- Pero usted me sigue no sólo por mis lecturas, ¿no es así?

- Eso es algo que usted debe saber mejor que yo. Bueno, tengo que ir a pasear, lástima que no pueda, este aparato nos aguanta a los dos.

Lo vi alejarse, se veía realmente ridículo. Él era un hombre como de un metro setenta de estatura e iba montado en un triciclo para un niño de seis o siete años. Todo mundo se le quedaba viendo pero a él no le importaba. Una vez le pregunté por qué hacía todas esas locuras. Me contestó que porque no había tenido infancia y estaba tratando de recuperar el tiempo perdido.

- Su caso es uno de los casos menos fastidiosos y feos que me han dado, así que trato de disfrutarlo como si se tratara de unas vacaciones. Yo le suplicaría que no me las complique. Algún día, cuando nos conozcamos mejor, le voy a platicar algunas cosas.

- ¿De su vida?

- Sí, aunque no me crea he tenido una vida muy interesante.
- ¿Le confieso algo?
- Sí así lo desea.
- A veces dudo de que usted sea policía.
- ¿Y qué cree que soy? ¿Uno de esos intelectuales que frecuenta?
- Veo que me ha seguido a todas partes.
- Ese es mi trabajo. Y le sugiero que no se confíe, sí soy policía.

Hace algunos años, cuatro para ser preciso, me mandaron a vigilar a un físico matemático que andaba metido en cosas como las tuyas, él también era aficionado a las mismas lecturas y participaba en manifestaciones. Durante un tiempo se convirtió en líder de la facultad de ciencias de la universidad. Fue un caso difícil, sólo con él y con usted he llegado a presentarme, los demás ni se la han oído. Lo vigilé durante casi un año, llegamos a hacernos más o menos amigos, pero él me traicionó; por más que le recomendé que tratara de hacerme ligero mi trabajo no lo hizo. Cada vez se involucraba más y más en el movimiento estudiantil del 68. Un día fui a decirle que no fuera a la universidad y no me escuchó. Antes de llegar a ella lo agarraron, se lo llevaron a un lugar apartado y le regalaron todos los golpes necesarios para cubrir su cuerpo. No intervine, pero sí estuve todo el tiempo observando la forma como lo torturaban. No puedo negar que me dolía lo que le hacían, pero se lo merecía; lo único que hice fue cumplir con mi trabajo.

- ¿Usted dio la orden para que lo golpearan?
- No hubiera podido ser de otra forma.
- ¿Y qué sucedió con él?
- Estuvo un tiempo hospitalizado y después sólo salió para morir en Tlaltelolco. Yo mismo me encargué de eliminarlo antes de que lo agarraran vivo y lo volvieran a torturar.
- ¿Es real esa historia o sólo me la cuenta para asustarme?
- Tómela como desee, sólo recuerde que soy policía y que si me mandan a vigilarle es porque confían en mí.

Y a pesar de todo esto, le gustaba pasearse, de vez en cuando, en el triciclo de su supuesto hijo. La primera ocasión que le pregunté por él me contestó que su esposa y su hijo estaban visitando a unos familiares.

- Pero nunca los he visto.

- No tiene por que verlos. Ese es asunto mío y de nadie más, no tengo que estarle dando informes a nadie de mi vida. En este juego el que pierde es usted y por lo tanto es el que se mantiene bajo el microscopio. Yo sí puedo averiguar de su vida, de hecho la conozco mejor de lo que cree. Me sé de memoria los nombres de sus padres y de sus hermanos. Sé a qué se dedican y me extraña que teniendo la familia que tiene ande en estas estupideces. Yo le recomendaría que se regresara a su pueblo y que se dedicara a ayudar a su papá.

- Creo que ese también es asunto mío.

- Cierto, pero ahora también es mío, aunque no me crea yo puedo cambiar su vida si lo deseo.

- Sí, le creo.

- Entonces hágame caso y váyase de la ciudad de México.

- No lo puedo hacer.

Lo vi encoger los hombros y alejarse moviendo la cabeza como lamentando mi terquedad. No puedo negar que se me hacía muy extraño todo lo que sucedía entre él y yo. Nunca en mi vida había imaginado hacer "amistad" con un policía, y menos con uno que me persiguiera, que me hostigara, que no me dejaba en paz y que me amenazara constantemente diciéndome que me tenía en sus manos, que una o dos palabras suyas bastarían para hacer de mí un joven obediente. Y no sólo eso, sino que me decía que si se decidía era capaz de destruir mi carrera y toda mi vida.

- Basta con que se le den unos toques eléctricos en los testículos o que le encerremos un rato con varios perversos para que se le acabe la existencia.

La primera vez que dijo estas palabras recordé que ya antes me habían dicho casi lo mismo. Fue por 1969. Un sábado llegué a la preparatoria donde estudiaba porque me había metido en una obra de teatro y era el día que ensayábamos. Cuando estaba a punto de entrar me encontré con un primo y dos compañeras de él. Me dijo que se había suspendido todo, que no entrara, que mejor nos fuéramos a la universidad a escuchar un concierto de rock. No lo pensé dos veces, una de sus compañeras me gustaba y nunca había tenido la oportunidad de acercármele. Tomamos un taxi y nos fuimos. Cuando llegamos a la universidad había una gran cantidad de gente. Buscamos un sitio más o menos cerca de la tarima y nos sentamos. Al poco rato empezó el concierto. Era tanto el ruido que nunca pude platicar con aquella joven con cuerpo de modelo y un rostro muy bello. En el taxi me había sentado adelante y tampoco había tenido oportunidad de estar cerca de ella. Cuando terminó el concierto era ya mediodía, le dije que la invitaba a tomar un refresco. Mi primo y su otra compañera lo escucharon y dijeron que era buena idea, ninguno se daba cuenta de mi gran interés por estar a solas con ella. De seguro no lo demostraba demasiado. Después nos encaminamos hacia las afueras de la universidad para tomar otro taxi. Mientras estábamos allí ellas nos dijeron que tenían que ir a otra parte, que nos agradecían la compañía. Así que nos despedimos.

Acompañé a mi primo hasta donde vivía y después me fui a comer unas tortas, a visitar unos amigos y a una librería. Llegué a mi casa como a las siete de la noche. Al entrar me encontré con dos mujeres y dos hombres que platicaban con la tía que me tenía de huésped. Tan pronto me vieron empezaron a hablarme todos al mismo tiempo, no lograba entender nada de lo que me decían. Uno

de los hombres, que se veía bastante enojado, les dijo que se callaran, que él iba a hacerme las preguntas. Se acercó a mí y me preguntó por su hermana y su amiga. Le dije que no sabía de qué me hablaba.

- No se haga el tonto, mi hermana le habló a mi mamá desde la escuela y le dijo que se iba a un concierto con su primo y con usted. Ya estuvimos con él y nos dijo que viniéramos a preguntarle.

Hasta ese momento me di cuenta por quiénes me preguntaba. Les dije la verdad, que nos habíamos despedido después del concierto, que no sabía nada de ellas. Se puso aún más furioso, se vino hacia mí y me dijo que era mejor que le dijera dónde estaban porque me podía ir muy mal. Le volví a decir lo mismo y en ese momento intervino la mamá de él y me suplicó que le dijera dónde estaba su hija, que no había ido en toda la tarde a su casa y que ya era demasiado noche para que anduviera en la calle, que ella nunca hacía eso, que si se quedaba en algún lugar siempre le avisaba.

- Le juro que no sé nada, señora. Lo único que sé es lo que ya les dije, que nos despedimos de ellas y ya no supe más.

Las otras dos personas eran los padres de la muchacha que me gustaba. Ellos parecían creerme, pero el otro me gritó en la cara que me iba a arrepentir, que él trabajaba en la penitenciaría y que si no aparecían su hermana y su amiga me iba a ir muy mal. Ya no tenía nada que decirle y no tenía miedo porque estaba seguro que aparecerían. Pensé que era probable que ya estuvieran en sus casas mientras todo esto ocurría. Se despidieron, no sin lanzarme antes grandes amenazas.

Me acosté después de explicarle a mi tía todo de nuevo y de decirle que había hecho muy mal mi primo en mandarlos conmigo, que él mismo sabía todo lo que había ocurrido.



Al día siguiente tenía que ir muy temprano a ver a una muchacha que andaba enamorando. Habíamos quedado en salir a pasear a Chapultepec y a comer juntos. Cuando desperté casi me había olvidado del incidente de la noche anterior, estaba seguro que ellas habían dormido en sus casas. Me bañé con mucha calma, desayuné y cuando ya estaba por salir escuché que alguien me chiflaba y gritaba mi nombre desde abajo; vivía yo en un cuarto piso. Me asomé y vi a mi primo, le pregunté qué deseaba y me dijo que bajara, que necesitaba hablar conmigo. No vi a nadie con él, pero sí le vi cara de preocupado. Sentí feo, pensé que posiblemente aún no habían aparecido sus compañeras. Bajé, llegué hasta donde estaba él y en ese momento vi que salían dos hombres de un carro negro, uno de ellos sacó una pistola y me obligó a entrar al carro. Una vez en él empezó a interrogarme sobre las muchachas. Volví a decir lo mismo. Me puso la pistola en medio de la frente. Tenía un miedo atroz, se le podía ir una bala y matarme. A mi primo se le ocurrió decir que él ya les había explicado lo que había sucedido y en ese momento el policía me quitó la pistola y lo golpeó con ella diciéndole que se callara, que él ya había sido interrogado. Vi el rostro de furia y de impotencia de mi primo, sabía que tenía un carácter muy fuerte y creí por un instante que iba a devolverle el golpe. Por suerte se calmó y no pasó nada. Nos dieron varias vueltas por la ciudad amenazándonos con matarnos y dejarnos tirados en cualquier lugar si no les decíamos dónde estaban las muchachas.

- Casi estoy seguro que las violaron, tuvieron miedo y las mataron para que no dijeran nada.

- No fue así - les dije. Juro que le he dicho la verdad, no sé absolutamente nada de ellas.

El de la pistola le preguntó al que iba manejando qué hacían con nosotros; éste le dijo que lo mejor era llevarnos a la cárcel.

- A ver si aguantan unos cuantos toquécitos en las bolas estos cabrones. O si son tan violadores como creen ser los haremos tomar una taza de su propio chocolate.

- Les juro que...

- ¡Ya, ni una palabra más!

Y volví a sentir el frío de la pistola en la frente. Al llegar a la penitenciaría nos llevaron a un lugar donde tuvimos que dejar nuestros relojes, nuestro dinero y otras cosas más. Nos dijeron que no teníamos derecho a nada, que estaríamos aislados. No nos permitieron ni hablar por teléfono. Después nos pasaron a otra sala y allí nos tuvieron un buen rato. Mi primo estaba desesperado, me dijo que deseaba agarrar a golpes a todos. Le supliqué que se calmara pero fue en vano, al poco rato estaba dando de gritos e insultado a todo mundo. Alcancé a escuchar que alguien decía que se nos bajara al cuarto de torturas y nos dieran un buen escarmiento. Había un grupo de policías viendo un partido de fútbol y un gol nos salvó de ser golpeados. Escuché los gritos de euforia y le volví a decir a mi primo que se callara, que se diera cuenta que podían hacer con nosotros lo que desearan, que estábamos perdidos. Lo vi palidecer cuando le dije que tenía miedo de que les hubiese pasado algo a sus compañeras y que nosotros cargaríamos con la culpa.

- No había pensado en eso, no sé en qué momento se me ocurrió invitarlas al concierto, te estaba esperando cuando ellas se me acercaron y no tuve otra alternativa que invitarlas.

- Ya nada se puede remediar, lo hecho hecho está. Lo importante ahora es que aparezcan.

No sé cuánto tiempo nos tuvieron allí, después vino un policía y nos dijo que lo acompañáramos. Nos condujo a una celda que estaba realmente espantosa. Había dos hombres en ella, uno de éstos estaba todo vomitado y dormía con la boca abierta. El otro nos dio la bienvenida. Cuando nos dejaron solos se me acercó y me dijo que le gustaba mucho la camisa que traía puesta, que si se la regalaba. Le dije que no, que no tenía otra para ponerme.

- Eso a mí no me importa, al rato me la das.

Hasta entonces nunca había pensado en la posibilidad de estar tras unas rejas, me sentía denigrado y totalmente desamparado. Nadie sabía donde nos encontrábamos. Cuando salí del departamento le dije a mi tía que me hablaba mi primo y que después de hablar con él iría a ver a una amiga, que era probable que estuviera todo el día fuera.

Después de varias horas de estar encerrado vimos llegar al mismo policía, abrió la reja y nos dijo que lo acompañáramos. El prisionero que dormía seguía dormido y el otro me alcanzó para decirme que le diera mi camisa, como no le hice caso gritó que cuando regresara se la tenía que dar o me la quitaría a la fuerza. Nos llevaron a una pequeña sala, sentaron a mi primo en una silla y después le tomaron varias fotos de frente y de perfil. Conmigo hicieron lo mismo. Cuando salimos había otras personas que también nos tomaron unas fotos. Hasta ese momento no sabía que eran periodistas.

Pensé que nos llevarían de nuevo a la celda y no fue así, nos condujeron a la misma sala de un principio. Ahí estuvimos como dos o tres horas más. Había perdido noción del paso del tiempo y no sabía si era aún de día o si ya había caído la tarde o la noche. Todo se me hizo demasiado extraño, me sentía como en un mal sueño del que deseaba

despertar lo antes posible. Mientras estábamos en esa sala estuve imaginando que llegaban las dos amigas de mi primo, entraban a donde estábamos y nos decían que todo había sido un juego, que sólo nos habían querido hacer una broma ellas y sus familias, que inclusive los policías estaban de acuerdo con el juego. Visualizaba a mi primo yéndoseles encima lleno de ira, lo veía darles de golpes, de patadas y gritarles que no aceptaba el juego, que se la iban a pagar muy caro, que se acordarían de él toda la vida. Para ver si concordaba mi imaginación con la realidad le pregunté qué haría si se aparecieran y nos dijeran que sólo habían jugado con nosotros.

- Las mato, las agarro a patadas aunque me dejen en este lugar por mucho tiempo. Sin embargo, prefiero eso a que les haya pasado algo. ¿Te imaginas si las encuentran muertas?

- Ya me lo he imaginado varias veces y cada vez que lo hago siento vértigos y deseos de vomitar. Estos no se pondrían a investigar gran cosa, cerrarían el caso con nosotros como culpables.

- ¿Dónde podrán estar?

- ¿A ti no te comentaron nada? ¿No te dijeron si iban a ir a la casa de alguien?

- No, tú mismo viste cuando se fueron.

- Sí, es cierto, no dijeron nada.

Pedimos permiso para hablar por teléfono a nuestras casas y nos lo negaron, dijeron que ya nos habían dicho que estábamos aislados, que no teníamos derecho a nada hasta que no dijéramos dónde estaban las muchachas. Volví a repetir lo mismo que ya había dicho infinidad de veces, que no tenía ni la más mínima idea de dónde podían estar.

- Si supiera algo ya les habría dicho, no crean que me da mucho gusto estar aquí.

- Si no aparecen se les va a tener que asignar una celda, la de hace rato sólo fue provisional. Ustedes no merecen estar con dos simples borrachos sino con los violadores y criminales, con gente de la peor calaña. Con ellos sí se van a identificar muy bien. Siempre les gusta la carne fresca y a nosotros nos divierte ver cómo pagan sus culpas los violadores. Por lo pronto llévenselos de aquí, no deseo seguirlos viendo, tengo dos hijas y el sólo hecho de pensar que pueden caer en manos de personas como ustedes me saca de quicio. Sáquenlos, estoy a punto de golpearlos. Enciérrenlos junto con la gorda apestosa que trajeron hace rato, a ver si así le agarran asco a las mujeres.

Mi primo volvió a maldecirlos y a recordarles a sus madres a todos. Cuando volví el rostro para decirle que se calmara ya le estaban dando de golpes por todas partes, les grité que lo dejaran en paz y me dijeron que mejor no me metiera, que también me tenían muchas ganas.

- No tienen ningún derecho de maltratarnos, les hemos dicho la verdad, no sabemos donde diablos están esas muchachas.

Vino uno hacia mí y me dio una patada en la entrepierna, sentí que el dolor me recorría todo el cuerpo y provocaba un grito que chocó contra todas las paredes y fue a parar de nuevo en mi boca. Estábamos solos, desamparados, sin nadie que nos ayudara a salir de ese infierno, sin nadie que nos salvara de esas bestias. No había terminado de quejarme cuando sentí otro golpe, éste vino a parar directamente en mi rostro, rodé por el suelo ante un aluvión de pies que se incrustaban en mi carne y me hacían perder el sentido por instantes. Lo más extraño de todo es que empecé a dejar de sentir dolor. Sentía las patadas y los puñetazos, pero ya no me dolían. Entre todo lo que decían aún escuchaba la voz de mi primo maldiciéndolos.

Hubo un momento de calma, me quedé quieto, no deseaba moverme, creía que si se daban cuenta que no me habían matado continuarían golpeándome. También dejé de oír a mi primo. Llegué a escuchar que le cortarian la lengua para que dejara de proferir tantos insultos. Tenía miedo de que se lo hubieran llevado a alguna parte y lo hubiesen hecho. Sentía que algo como sangre corría por mis mejillas y salía de mis labios. Sentí que mis huesos se habían resquebrajado y que ya no iban a poder sostenerme. Tenía miedo. En eso escuché, como en sueños, que alguien decía:

- Llévenselos a la celda. Soy capaz de matarlos, tipos como éstos me asquean, llevan una vida muy decente y en el fondo sólo son basura.

Me cargaron sin que me atreviera a abrir los ojos. No sé cuánto tiempo pasó entre ese instante y el instante en el que me dejaron de nuevo en el suelo. Estaba como dormido, como si algo en mi cerebro se hubiera bloqueado. Aún no escuchaba ni un solo sonido de mi primo; esperé un rato más y después fui abriendo los párpados poco a poco. Sentía que me pesaban, como si el aire se hubiese espesado y no me dejara abrirlos. Por fin lo hice y alcancé a ver, de una manera bastante turbia, a mi primo tirado en el suelo y a un montón de carne parado a un lado de él. Pensé que aún estaban allí y volví a cerrar los ojos inmediatamente.

- No tengas miedo, ya se fueron esos bastardos.

No alcanzaba a distinguir si la voz era de mujer o de hombre. Sin embargo, supuse que era la apestosa.

- No sé tú, pero éste está bastante golpeado. Les debieron de haber llevado a la enfermería, creo que tu compañero tiene rota la nariz.

Oí cuando empezó a gritarles a los policías que nos llevaran a curar, que no podían dejarnos allí, que tuvieran un poco de consideración con nosotros, que aún éramos muy jóvenes. No le hicieron caso. A pesar de que tenía un poco entumidos los labios le dije que no les dijera nada, que ellos lo que deseaban era exactamente eso, que nos muriéramos.

- ¿Cómo se siente?
- Muy mal, creo que me rompieron varios huesos.
- Déjeme ver.

En el momento en que se me acercó sentí que emanaban de ella todos los zorrillos del mundo y todos los peces del mar. Era una pestilencia realmente insoportable. Sus manos empezaron a deslizarse por mi cuerpo, no sólo tocaron los lugares donde las costillas palpitaban de dolor o el estómago se dilataba hasta casi explotar, sino que bajaron hasta los testículos y me acariciaron el sexo con una ansiedad desesperada. A pesar del dolor hice un movimiento rápido y alejé sus manos.

- Tú no tienes nada roto, son sólo golpes, estás entero. Aquél parece que sí está lastimado. Descansa, ven, levántate para que te acuestes en esta litera.

Antes de ir a acostarme fui a ver a mi primo, estaba muy mal. Tenía muchos golpes por todo el cuerpo y su nariz sangraba en abundancia. La gorda me ayudó a acostarlo en una cama sucia. Le quité los zapatos y con los calcetines le limpié el rostro. Dejé su cabeza colgando para que le dejara de salir sangre, toqué su nariz y, sin estar del todo seguro, le dije a la gorda que no estaba rota, que sólo se le había hinchado, que pronto dejaría de salir la sangre.

- De hecho ya no está sangrando tanto.

- De todos modos debes decirles que les lleven a la enfermería. ¿Por qué les tienen tanto coraje? ¿Qué diablos le hicieron a esa bola de mamarrachos?

- Nada, no nos creen que no sabemos nada de dos muchachas.

- ¿No las encuentran?

- No.

- ¿Desde cuándo están perdidas?

- Desde ayer.

- Ya les llevó el carajo, si es verdad que ustedes no les hicieron nada puede que otros sí y ya cayó la culpa en sus manos. No tienen escapatoria. ¿Por qué piensan que ustedes son los culpables?

Le platicué todo lo más alejado que pude, no soportaba su pestilencia. En el fondo pensaba que pronto lograría acostumbrarme a ella pero no fue así, a medida que transcurría el tiempo se hacía más fuerte y hasta llegaban a cambiar los hedores. Cuando terminé de contarle todo me dijo:

- Esas niñas sí que les metieron en un gran lío, ojalá y aparezcan, de otra forma les van a refundir por un buen tiempo. Tengan por seguro que a partir de ahora su vida será otra.

- Espero que no.

En eso escuchamos que mi primo empezaba a quejarse, nos acercamos a él y le pregunté si podía oírme, asintió y me dijo en voz baja "nos acabaron esos cabrones".

- ¿Cómo estás tú? - me preguntó.

- Todo adolorido, me dieron duro en la espalda y en el pecho.

- ¿No te lastimaron los testículos?

- Creo que los tengo un poco hinchados. Aún te sangra un poco la nariz.

- ¿No sabes si está quebrada?
- Parece que no.
- Me cuesta mucho trabajo respirar.
- Me imagino.

Abrió los ojos y descubrió a la gorda apestosa.

- ¿Nos trajeron a la celda?
- Así es.

Pensé que él se salvaría de la pestilencia de ella ya que estaba respirando por la boca. Pero aún así alcancé a ver una mueca de asco en su rostro y me sacó la primera y única sonrisa de ese día.

- ¿Cómo te sientes muchacho? - le preguntó la gorda.
- Mal, casi no puedo moverme.

- Ya te irás acostumbrando, esta es la cuarta vez que caigo en la cárcel, he visitado varias. La primera vez fue porque le puse una golpiza espantosa a mi marido cuando descubrí que me engañaba, la segunda porque le arranqué la oreja a un cliente del cabaret. El muy estúpido me dijo, mientras estábamos revolcándonos en una cama, que deseaba darme una puñalada traperera y yo le di una gran mordida. Lo sacaron dando de gritos. Sabía que me correrían y que vendría a parar aquí, pero recibió su castigo ese perverso.

- ¿Y su esposo? - le pregunté.

- ¿Lo dices porque estaba casada y trabajaba de prostituta?. Hay muchos a los que les encanta que uno los mantenga, no les importa de donde salga el dinero. Mi marido era uno de esos.

- ¿Y la tercera vez?
- La tercera fue cuando lo maté.
- ¿A quién?
- A quién más habría de ser, a él, a mi marido. Siguió con esa



amante al que le brindara mi cuerpo de manera gratuita y menos mi alma. Todos pagaban el deleite de estar con la princesa del cabaret. Y no sólo los clientes me hacían propuestas sino también los propietarios de los centros nocturnos. En una ocasión llegué a tener hasta cuatro ofertas de trabajo, pero también le era fiel a la Cuca. Ella fue la única amiga que tuve en la vida. Era la dueña del centro nocturno y siempre me ayudaba, nunca me desamparó.

- Habla como si ya estuviera muerta.

- ¿Y tú crees que no lo estoy?. Mirame, estoy muerta, ahora los hombres me tienen asco, tengo que saciarme con malvivientes, con borrachos perdidos en los callejones. Aunque no lo creas, por mi cama pasaron artistas y políticos importantes.

- ¿Y qué le pasó?

- El remordimiento me fue minando por dentro hasta acabarme, para soportarlo empecé a tomar algunas drogas.

- ¿En la cárcel?

- ¡Claro, en la cárcel!. Aquí es más fácil enrolarte en ese mundo que afuera, sobre todo porque cuando me encerraron aún estaba bastante buena y no tardé en hacerme amante de uno de los del alto mando. Él me traía mis botellas y el polvo. Era un ser perverso; yo sólo había cometido un crimen y estaba presa, él me confesó más de quince y no sólo estaba libre sino muy bien acomodado.

Escuché que mi primo se quejaba por el dolor de su espalda.

- Ya te dejó de sangrar la nariz - le dije.

- Sí, pero me acabaron, siento que tengo rotos todos los huesos.

- Deberías de agradecer estar vivo - le dijo la gorda mientras se sentaba en un rincón y sacaba, de entre sus inmensos senos, un puro sucio y masticado. La celda se empezó a llenar no sólo de su olor sino también de humo. Le quité la camisa a mi primo y le examiné la espalda,

tenía grandes moretones y un herida en la parte baja, cerca de la cadera. Se la toqué con cuidado.

- Son unos perros rabiosos, tan pronto ven carne se le van encima - dijo la gorda mientras echaba una gran bocanada de humo y se rascaba la cabeza. Le vi a mi primo un inmenso moretón en el brazo izquierdo, se lo toqué y escuché su quejido.

- Te suplico no me toques, ¿cómo ves mi nariz?

- Ya te dije que estoy seguro que no está fracturada, ya dejó de salir sangre, pero la tienes muy hinchada. Te dieron duro.

No sé cuántas horas estuvimos encerrados en esa celda, pero se me hizo eterno. El aire, viciado por el humo del puro y la pestilencia de la gorda, empezó a molestarme, me incomodaba respirar. Hubo momentos en los que detenía el aire en los pulmones y lo iba soltando despacio. Lo metía al cuerpo de la misma manera.



El hecho de que las muchachas aún no aparecieran me tenía muy perturbado. No dejaba de pensar que de seguro estaban tiradas en algún barranco de cualquier carretera y que sus cuerpos, violados y mutilados, serían la perdición, el desamparo de nuestras vidas. Me di cuenta que estaba en manos no sólo de ellas, sino también de los que las habían raptado y, peor aún, de las bestias que estaban esperando el momento de encontrarlas muertas para venir hacia nosotros y llevarnos a la celda de los depravados, de los que, según ellos, nos harían pagar con la misma moneda.

Yo tampoco aguantaba el dolor de los golpes, también tenía moretones en varias partes aunque no tantos como mi primo. Mientras

trataba de curarle las heridas con un poco de aguardiente que me dio la gorda, escuché que abrían la reja. Era uno de los policías que me habían ido a buscar a mi casa, entró y nos dijo que lo siguiéramos. Le dije que con trabajo nos podíamos mover, que nos habían golpeado muy fuerte.

- Si no me siguen se quedan aquí, ustedes escojan.

Ayudé a mi primo para que se incorporara, le dijimos adiós a la gorda y empezamos a seguir al policía.

- No me digan adiós sino hasta pronto - nos gritó la gorda.

El policía nos condujo a un pasillo solitario y largo, nos pegó a la pared y nos dijo que estábamos libres, que ya habían aparecido las dos muchachas.

- Pasaron la noche en la casa de unas amigas y después se fueron a pasear.

Sentí un gran alivio cuando escuché esas palabras, vi a mi primo y su rostro, en vez de expresar alegría, estaba cargado de ira.

- Así que después de todo lo que nos han hecho sólo nos dicen que nos podemos ir - le dijo mi primo.

- Y qué quiere, ¿que le quite de encima los golpes?

- Lo que deseo es ver a la familia de esas dos para ajustar cuentas.

- Mejor váyanse a su casa y olviden el incidente.

- ¿Usted haría eso si le hubiese pasado lo mismo? - volvió a decirle.

- Deje de hacer preguntas y mejor váyanse antes de que me arrepienta y les vuelva a encerrar.

- ¿Qué hora es? -le pregunté.

- Las siete de la noche.

- ¿De qué día?

- Sólo han estado aquí varias horas, aún es domingo.



a su casa y, sobre todo, por no haberle avisado. Antes de que le explicara sacó un periódico y lo puso sobre la mesa de centro de la sala y me quedó mirando con unos ojos llenos de odio.

- Quiero que salgas de mi casa inmediatamente, no deseo volverte a ver ni quiero explicación alguna.

Insistí en explicarle y ella se levantó y me dijo que cerrara la puerta al salir, que se sentía muy mal. Le dije que era inocente, que por favor me escuchara.

- No me importa si eres o no inocente, el hecho de que hayas salido como delincuente en un periódico es suficiente para que la gente hable y te señale en todas partes.

Me di cuenta que eso le importaba más que nuestra relación y no me quedó otra que levantarme en silencio, salir y no volver a poner un pie en esa casa jamás. Al poco tiempo supe que se había casado y que vivía en el extranjero. No sentí nada, fue una noticia que no me afectó en lo más mínimo.

A las dos muchachas no las volvimos a ver por la escuela, sus padres las sacaron. No sé si por lo que habían hecho o para evitar que nos vieran. Tuvieron que pasar muchos años para que me encontrara una noche a una de ellas en la facultad de filosofía de la UNAM. Cuando me vio hizo el intento de esconderse pero ya era tarde. Fui hacia ella y a pesar de que habían transcurrido casi ocho años desde el incidente, la ví ponerse roja de vergüenza y titubear al hablarme. Yo ya no sentía ni odio, ni rencor ni nada negativo por ella, la saludé bien y al poco rato nos estábamos riendo. Nunca más he vuelto a saber de ella. A la otra, la que me gustaba, estoy seguro que si la viera hoy ya no la reconocería. Debe ser una mujer de unos cuarenta años, posiblemente ya sea abuela.

... y la oscura esperanza.

El tiempo nos va volviendo extraños. Aunque conservo la imagen de ella a los 18, sé que hoy esa imagen ya no corresponde con la realidad.



A Celia se le continuaba cayendo el cabello. Visitó a varios médicos. Algunos opinaban que era por hongos, otros por herencia, aunque ella les decía que ninguna mujer de su familia era calva, y otros decían que era por nervios, que su pérdida de cabello se debía a tensión, que era causada por los problemas que estaba pasando. Se metió, por recomendaciones de una amiga, a una terapia grupal. Yo la acompañaba hasta la puerta y después volvía por ella. Por más que insistió en que entrara cuando menos una vez nunca pudo convencerme. La ayudó mucho estar allí, a los dos meses de ir tres veces por semana empezó a peinarse un cabello nuevamente espeso. Antonio también dejó de ser un problema. Una noche llegó, quiso abrir la puerta y no pudo. Celia había cambiado la chapa. Empezó a gritarle y a insultarla. Vi que ella se levantaba de la cama y se ponía una bata para salir.

La seguí por si llegaba a ponerse todo muy violento, pero no hubo necesidad de que yo interviniera, ella resolvió el problema bastante bien. Abrió la puerta y sin que él tuviera tiempo de reaccionar le puso un cuchillo de cocina en el estómago y le dijo que si no se iba lo mataba. En ese momento le metió un poco la punta porque escuché cuando él se quejó de dolor y le dijo que estaba loca, que se iba a arrepentir de lo que había hecho.

- El que se va a arrepentir de lo que me ha hecho eres tú, así que desaparece de mi vida, no deseo verte nunca más, me has dejado en la calle, hasta cosas que no eran tuyas te llevaste. Eres de

lo más vil y podrido que puede existir. Eres de la peor calaña. Largo de aquí o te mato, estoy decidida a hacerlo.

Y volví a escuchar otro pequeño quejido de Antonio. Después hubo un momento de silencio. Celia entró, fue directamente a la cocina a dejar el cuchillo y la escuché ir hacia el baño y encerrarse a llorar. Dejé que se desahogara, fui a la recámara de nuevo y me acosté a terminar de traducir para ella los artículos que tenía que preparar para su clase del día siguiente. Como a la media hora de estar encerrada llegó, se tiró a mis brazos y dijo que esa noche se había conocido mejor que nunca, que mientras le enterraba lentamente la punta del cuchillo a Antonio iba sintiendo un inmenso placer.

- Nunca pensé que llevara en mí a una criminal.
- Creo que todos lo llevamos, Celia.

Se me acostó encima y empezó a decir que le daba mucha tristeza la forma como había terminado su relación con Antonio.

- No te imaginas cómo lo admiraba, nunca faltaba a sus clases. Esperaba con gran ansiedad verlo venir por el pasillo y entrar al salón. Se me hacía un hombre fascinante, el mejor de todos mis maestros y realmente así fue. El primer día que me pidió que lo ayudara a poner en orden su biblioteca, sentí que me quedaba muda. Lo único que hice fue asentir y escuchar que me decía que me esperaba el sábado siguiente en su casa. Creo que era jueves, deseaba acostarme a dormir para que el tiempo transcurriera lo más rápido posible. Ese día me puse lo mejor de mi guardaropa. Cuando llegué me abrió la puerta una señora de edad, me pasó directamente a la biblioteca y me dijo que esperara un rato, que el maestro se estaba bañando. Recorrí todos los libreros, miré todas las fotos, contemplé todos los cuadros, me asomé a la sala, al comedor y vi la puerta que daba de seguro a su recámara. En ese momento llegó

... y la oscura esperanza.

la señora con un café y me dijo que no me impacientara, que él no tardaba en salir. Y así fue.

- Hola, disculpa la tardanza, pero es que anoche tuve visitas y ya se fueron muy tarde -me dijo mientras me daba un beso en la mejilla. Nunca antes lo había hecho, casi siempre me saludaba desde lejos.

- Tiene usted muchos libros.

- Muchos fueron heredados, mi padre era un gran lector.

- ¿Y los ha leído?

Lo vi sonreír ante una pregunta tan estúpida.

- No, no los he leído todos, la mayoría son de historia y de economía. Los de psicología son los que están aquí - me dijo Antonio señalando un librero de madera muy bello. Me acerqué y descubrí algunos de los que él nos había recomendado leer en clases.

Me explicó en que deseaba que lo ayudara y se fue a desayunar. Pensé que después de este acercamiento me trataría de otra forma en la escuela y no fue así, el lunes me vio como siempre, como si no hubiera estado todo el sábado acomodando su biblioteca, como si no hubiéramos comido juntos en su casa y platicado de mi vida y un poco de la suya. Toda la semana estuvo así. El sábado siguiente volví a ir y fue lo mismo. Todo esto despertaba aún más mi curiosidad y aumentaba mi enamoramiento.

Cuando terminé de acomodar sus libros, después de seis o siete sábados, me invitó a cenar a un restaurante. Esa noche me dijo que me extrañaría, que ya se había acostumbrado a mi visita de cada ocho días. Tomó una de mis manos, la llevó a sus labios y me dijo que no sabía cómo pagarme. Me desbarató, no supe qué contestarle. Sin embargo, antes de que me soltara tomé su otra mano y me le quedé mirando

con la intención de que descubriera el amor en mis ojos. Nunca pensé que esa mirada lo obligara a decirme lo que escuché como en un estúpido estado de sueño.

- ¿No importa que te lleve varios años?

Tampoco pude contestar, sólo moví la cabeza diciéndole que no, que estaba decidida a todo lo que él deseara. Mientras me besaba en los labios me dijo que lo mejor de todo era que ya no iba a seguir siendo mi maestro, que en un mes más salía yo de la universidad.

- De otra forma no podríamos andar juntos - me dijo.

Esta vez sí hablé y le dije que a mí no me importaba nada, que desde hacía tiempo esperaba ese instante.

- Pero yo sí tengo que tener cuidado, recuerda que aún soy tu maestro, lo mejor es que disimulemos todo por un mes.

Fue imposible, él también estaba enamorado y no podía aguantarse las ganas de mirarme de una forma distinta en el salón. Todos se dieron cuenta y, al contrario de lo que él temía, la reacción fue bastante buena de parte de mis compañeros y de los demás maestros. Al terminar mi carrera él mismo organizó una gran fiesta en su casa e invitó a todos los maestros, yo le dije que iba a invitar a mis compañeros, a ti y a otros alumnos y no quiso. Me dijo que con los maestros era suficiente, que recordara que su casa era muy pequeña. No insistí.

Después me ayudó con mi tesis y fue, como tú recordarás, uno de mis sinodales cuando presenté mi examen profesional. Ese día, después de que me dieron mis resultados y exactamente en el instante en que me abrazó para felicitarme, me dijo que quería que fuera su esposa. No hubo necesidad de pensarlo, le dije

que sí y esa tarde, antes de hacer el amor por primera vez, fijamos la fecha de la boda. A partir de allí empezó la guerra con mis padres, con mis hermanos y con mis amigos. Tuve que ser muy fuerte para no sucumbir ante la inmensa embestida que sufrí. Tú no puedes imaginar lo fuerte que es la tradición y más aún la judía. Recibi cientos de amenazas anónimas, de insultos directos, de desprecios y de malas miradas de parte de seres que antes me amaban. De pronto sus corazones dieron un vuelco del amor al desprecio más profundo. Pero sabía que podía llenar todos esos huecos con todo el amor que Antonio sentía por mí. En esos momentos el único que me importaba era él.

Nos casamos. A nuestra boda no asistieron mis padres, ni mis hermanos, ni mis amigas y amigos. Sólo nos acompañaron nuestros testigos y dos o tres maestros. Te puedo confesar que ese fue el día más feliz de mi vida. A pesar de que sentí el vacío de mis familiares, el hecho de sentirme casada con el hombre que admiraba y que quería me hacía sentir una gran felicidad. Cuando nos quedamos solos pusimos música y bailamos y bailamos hasta caer agotados. Las copas de vino habían hecho efecto y no dejamos de platicar y de reír por mucho tiempo. Antonio estaba irreconocible, nunca le había visto tan contento. Hicimos el amor bajo la regadera y después nos dormimos hasta que nuestros ojos se abrieron, nada ni nadie interrumpió nuestro sueño.

Te juro que los primeros meses fueron maravillosos, no discutimos, no hubo una mala cara de ninguno de los dos, no hubo diferencias de gustos ni nada que perturbara nuestra relación. La única mancha era la de mis padres que no dejaban de molestarnos. Tuvimos que cambiar de número telefónico porque nos hablaban a todas horas para amenazar a Antonio y para decirme que era la vergüenza de la familia, que me arrepentiría por haberles hecho pasar tantas humillaciones.

Un día me desperté muy temprano y fui a preparar el desayuno. Pensaba darle a Antonio una sorpresa. La tarde anterior me había dicho su mamá que adoraba la avena y me había dado la receta de como hacerla. La preparé y fui hasta la cama a decirle. Lo encontré despierto.

- Tuve un sueño espantoso - dijo mirándome de una forma tan fea que me hizo sentir muy mal.

- ¿Qué soñaste?

- Que renunciabas a mí y que regresabas con tu familia.

Cuando lo escuché sonreí y le dije que no podía creer tanto en los sueños, que sabía muy bien que eso era imposible.

- Si lo soñé es por algo. Pero quiero que sepas que antes de que tú lo hagas me largo, no creas que me vas a dejar en ridículo antes todos.

- No entiendo por qué te altera tanto un sueño, ya te dije que no te voy a abandonar nunca y creo que debes creer más en mí.

Mis palabras en vez de tranquilizarlo lo sacaron aún más de sus cabales. Me gritó que ya no soportaba el que yo me sintiera superior a él.

- Nunca he pensado tal cosa- le dije. Sólo te estoy diciendo que no es cierto lo que soñaste y tienes que creerme, te juro que nunca he pensado en regresar a la casa de mis padres, he luchado y soportado demasiadas cosas como para regresar con ellos.

No lo calmaba nada, estaba fuera de sí. Nunca imaginé que ese ser al que veía tan cuerdo y con tantos estudios pudiera reaccionar como lo estaba haciendo. Me di cuenta que realmente no lo conocía, que estaba frente a un extraño y su problema no tenía que ver con lo que había soñado sino con algo más.

- Antes de que tú me abandones lo voy a hacer yo, no creas que porque te sientes más vas a hacerme esa grosería- volvió a decirme.

- De verdad que no entiendo nada de lo que sucede. Es mejor que te calmes y tratemos de hablar con coherencia, no puedo creer que un simple sueño te haga decir tantas locuras.

- No fue ningún simple sueño, fue un sueño que me abrió los ojos, sé que por ser judía te sientes elegida.

- Nunca me he sentido de esa forma.

- No me engañes, me lo dijiste muy claro en el sueño.

- ¿Qué te dije?

- Que pertenecías al pueblo elegido por Dios y que por lo tanto tenías que dejarme, que no podías seguir unida a mí.

- Perdóname pero eso es una verdadera estupidez, nunca diría algo así estando despierta. Es más, ni lo pensaría siquiera.

- Pues ya lo dijiste.

- Pero fue en tu sueño.

- Con mayor razón, fue en mi sueño, fue dentro de mí y fue tu propia voz.

- Una voz que tú me diste, unas palabras que tú pusiste en mi boca.

Ya no me quiso escuchar, se metió al baño y se encerró. Allí estuvo más de media hora. Cuando salió lo estaba yo esperando con la avena en la mano.

- Mira, te la hice como la hace tu mamá.

Se quedó callado, vino hacia mí y me aventó la avena en el rostro, me quedé sin poder decirle nada. Al salir dio un portazo y me dejó sola, espantosamente sola. No podía hablarle a nadie, mis mejores amigas me habían dado la espalda. Durante todo ese tiempo sólo había tenido contacto con amigos de él. Me lavé la cara y lloré hasta quedarme

dormida. Me sentía extraña, había conocido a un Antonio distinto y tenía miedo. Cuando desperté ya eran más de las dos de la tarde, no tardaba en llegar a comer. Preparé algo rápido, tenía que ir a las cuatro a la escuela a dar un seminario y mientras se hacía la comida me puse a preparar el material que tenía que llevar. En eso estaba cuando escuché que abría la puerta. A pesar de que había estado imaginando que cuando llegara correría a él y lo llenaría de besos y haríamos el amor para olvidar todo lo ocurrido en la mañana no salí, esperé a que él me buscara. Guardé todo en mi portafolios y después me senté a esperar. Cuando me di cuenta que no lo haría fui hacia la cocina a ver la comida y después a la recámara.

Lo que te voy a contar ahora te va a sorprender, pero es la verdad. Abrí la puerta y lo encontré tirado desnudo en mi cama con una de sus alumnas. No supe qué hacer, estaba petrificada por fuera, pero por adentro todo mi ser se fue en un remolino. Escuché el grito lejano de la muchacha y su carrera desesperada por todo el cuarto buscando su ropa y después la vi pasar a mi lado. Todo sucedió en fracción de segundos y como en cámara lenta. Empecé a ver el mundo como una cinta de película que corría frente a mí. Cuando Antonio me dijo que se disculpaba pero que creía que después de lo ocurrido en la mañana había quedado muy claro que ya estábamos separados, fue que reaccioné y empecé a llorar con un llanto que rompió todas las compuertas con una furia y una fuerza desconocidas para mí. Empecé a golpearlo, a maldecirlo, a tirarle todo lo que encontraba, a decirle que se largara, que no lo quería ver nunca más.

- Has tirado a la basura lo mejor de mí - le grité cuando lo vi caminar hacia la puerta y salir. Lo seguí hasta el carro, le arrebaté las llaves de la mano y le dije que recordara que ese carro era mío, que no se atreviera a tocarlo.

- Y mañana vienes por todas tus cosas. O mejor no vengas, yo te las voy a tener listas, manda por ellas. No deseo que vuelvas a aparecer en mi vida.

A partir de ese instante se dedicó a dejarme mal en la universidad. Tanto a sus compañeros maestros como a alguno de sus alumnos les dijo que me había vuelto loca y lo había echado de la casa. Sólo había una que conocía la verdad pero nunca dijo nada. Fue por ella que supe de todo esto, fue ella la que vino un día a mi casa a pedirme perdón y a decirme que Antonio la había engañado, que le había dicho que ya estábamos separados, pero que nunca la había invitado a la casa porque yo no deseaba irme y que ese día vino porque él le contó que por fin me había largado.

- Quiero que me perdones por lo que viste y por no tener la valentía suficiente para decir la verdad y desmentir a Antonio en la universidad.

- Aún no puedo creer lo que he vivido - le dije.

- Aunque no me creas - me contestó la muchacha - a mí me afectó muchísimo todo esto, tuve que abandonar el curso que estaba tomando con él y casi he dejado de ir a la escuela.

- No tienes porque hacerlo, tú no tuviste culpa de nada.

- Pero es que ya no lo quiero ver, lo escucho dando clases y no le creo, se me hace falso e hipócrita.

Comimos juntas y platicamos toda la tarde. En esa conversación me di cuenta que lo del sueño sólo había sido un pretexto, me confesó que él le había prometido casarse tan pronto resolviera lo de nuestro divorcio.

Lo que ha sucedido después ya tú lo sabes. Espero que con el susto que le di hoy no regrese nunca más. Te juro que si me ha tocado lo mato, estaba decidida.

- Hubiera sido peor, ¿no crees? - le dije a Celia.

- A estas alturas ya no sé qué es mejor y qué es peor. Lo único que sé es que hoy me di cuenta que soy capaz de matar y me asusta.

- Creo que todos somos criminales en potencia - le dije, sin creer mucho en esta idea.

- Me siento extraña, ya no sé quién soy. Antonio me ha conducido a la locura.

- Estoy seguro que ya no va a regresar - le dije tomándole la mano. Ven, vamos a tomar algo para que te calmes.

- Sí, necesito un té y descansar - me dijo Celia bajándose de encima de mí.

Fuimos a la cocina, le preparé un té de hierbabuena, la estuve acariciando un rato y dándole un poco de masajes en sus hombros.

- ¿Cómo han reaccionado tus padres con tu separación?

- No me han hablado, no sé si lo sepan.

- De seguro sí y sólo están dejando que resuelvas todo tú sola.

- La vida se me ha hecho absurda, de pronto siento que no tiene ningún sentido, que sólo nos mandaron a ella para jugar con nosotros, que somos el entretenimiento de algún dios inmisericorde.

- No sería nada extraño que así fuese.

- ¿Tú crees que la Creación haya sido algo serio?

- No sé.

- Yo creo que no - me dijo Celia con un gesto de tristeza. A mí me hicieron leer la Biblia infinidad de veces, escuché a Salomón, a David, a Job y a otros profetas y reyes y siempre creí al pie de la letra todo lo que escuchaba. Ahora ya no sé, creo que igual ellos eran parte del juego. Recuerda que también fueron impulsados por ese mismo instinto criminal que me empujó a mí contra el cuerpo de Antonio.

- Pero algunos de los profetas sí mataron, tú no lo has hecho ni lo harás nunca.

- Te juro que ya no sé si eso pueda ser cierto. Otra cosa que también escuchaba constantemente era que los sueños de los profetas

eran ciertos, que a través de ellos la divinidad les daba mensajes y les permitía visitar los cielos. Y yo lo creía profundamente y hasta hace poco lo seguía creyendo. Nunca pensé que con el tiempo iba a tener que enfrentarme con un sueño.

- Yo creo lo mismo que tú, que lo del sueño sólo fue el pretexto para dejarte, en el fondo había otra cosa.

- Eso ya quedó muy claro - me dijo. Aunque después de todo lo que ha hecho he llegado a la conclusión de que es un ser desquiciado.

- En clases aparenta otra cosa totalmente distinta.

- Así es. Quién sabe a cuántas alumnas ha engañado de la misma forma.

- Hasta donde sé sólo se le conoce su relación contigo.

- Porque ha sido muy discreto.

- Puede ser.

- El problema que me tiene preocupada ahora es lo de tu famoso policía, ¿qué piensas hacer?

- No puedo hacer nada, sólo tener paciencia y continuar soportándolo.

- Lo de anoche me dejó muy desconcertada, se ve que está medio loco y que no le importa dañar a nadie. No sé cómo se atrevió a acercarse a nosotros en la taquería y preguntarte si ya habías hecho el amor conmigo bajo la luz de las estrellas como lo hiciste en el parque.

- Es una verdadera bestia.

- ¿Y qué fue lo del parque?

Le platicué a Celia lo que habíamos hecho Katy y yo, se me quedó mirando y empezó a reírse como no la había visto reír antes.

- ¿Y ustedes pensaban que estaban solos? - me preguntó.

- Sí, creímos que nadie nos veía. Hasta anoche que se acercó a nosotros me enteré que ese policía nos estuvo espiando todo el tiempo.

No le creo eso de que estaba ya acostado cuando escuchó que abría yo la puerta y me vio pasar con ella frente a su casa. Estoy seguro que estaba dentro de su carro y que no había dormido nada esperando ver si sucedía algo extraño en mi casa.

- Pienso que debes de tener cuidado, éstos son capaces de todo.

- Ya lo sé, me ha contado unas historias espantosas. La otra noche me siguió hasta la facultad de economía donde estoy tomando un seminario y al salir se me acercó y me dijo que quería que fuera la última vez que tomaba esa clase, que si continuaba tenía que atenerme a las consecuencias.

- Usted sería el segundo que dejo sin ojos por no hacer caso - me dijo sin un asomo de piedad -. El primero fue un estudiantillo como usted que no me creyó cuando le dije que dejara de leer libros que sólo le llenaban la cabeza de violencia y de ideas criminales. Se lo advertí veinte, treinta, cuarenta veces, cuando vi que era inútil di aviso de que no se corregía y lo agarraron una noche que salía de visitar a su novia. Lo llevaron a un bosque cercano y yo mismo me encargué de sacarle los ojos y de decirle que se sintiera agradecido porque iba a permitirle no seguir viendo el mundo con el que no estaba de acuerdo. Así que se los saqué y le hice el gran favor de que no siguiera contemplándolo.

Me le quedé mirando a los ojos y le dije que estaba seguro que lo que ese estudiante no deseaba ver en el mundo era a gente como él. Se echó a reír y después me empujó contra una pared y me dijo que me anduviera con cuidado, que el mundo era demasiado bello como para dejar de verlo.

- ¿Y ya dejó el ruso?

- No sé por qué me lo pregunta, usted sabe que sigo asistiendo.

- Tenga cuidado - me dio la espalda y se fue.

- A veces creo que sólo me cuenta todas esas cosas para

... y la oscura esperanza.

asustarme - le dije a Celia- de seguro no ha hecho nada.

- Yo no lo creo así. Te repito, esos son capaces hasta de matar a su propia madre si es posible.

En ese momento cambió la expresión de su rostro, sonrió con cierta picardía y le pregunté qué pensaba.

- No me lo vas a creer pero el otro día que estábamos en Amecameca me dio ganas de hacer el amor bajo el árbol donde estuvimos sentados platicando.

- Hubiera estado bien, ¿por qué no me dijiste?

- Estuvo mejor así, ¿te imaginas si de pronto se nos hubiese aparecido el policía?

- Sí, ha viajado con nosotros todo el tiempo, no nos ha dejado en paz.

- Pero nos hemos divertido, hay momentos que hasta me olvido de que está por allí observándonos.

- Yo también, pero cuando lo recuerdo me siento mal, es como una enfermedad incurable.

Celia me insinuó, dos o tres veces, que me pasara a vivir con ella y yo siempre le dije que no, que estábamos muy bien así. Un día llegué y la encontré muy pensativa, casi no hablaba conmigo. Le pregunté si había regresado Antonio y me dijo que no, que era otra cosa la que la tenía preocupada.

- ¿Qué cosa?

- Me hablaron mis padres.

- ¿Y qué te dijeron?

- Que se enteraron de lo de mi separación desde el principio pero que no habían deseado intervenir, que pensaban que regresaría con ellos pero al ver que no sucedía decidieron hablarme.

- ¿Y eso fue todo?

- No, eso no es todo. Me invitan a hacer un viaje, dicen que me lo pagan con tal de que salga un tiempo del país.

- ¿A dónde te irías?

- A Tel Aviv, pero aún no he dicho que sí. Les dije que lo iba a pensar y les llamaba. Me invitaron a comer con ellos mañana y me negué.

- ¿Por qué? Es probable que te convenga salir un tiempo, sé que cuando regreses vas a estar mejor.

- ¿No te importa que me vaya?

- Sí es para que estés bien no me importa.

- Pensé que te ibas a poner triste y que me ibas a suplicar que no me fuera. Si les dije que lo pensaría fue por ti y por lo que hemos vivido juntos.

- Perdona, pero creo que no debes de pensar en mí sino en ti. Esto no quiere decir que no me duela que te vayas, que no me entristezca saber que te voy a dejar de ver por un tiempo. Pero creo que aún tienes que solucionar muchos conflictos internos, después de que eso suceda volvemos a platicar lo nuestro, si así lo deseas.

- Es probable que tengas razón, pero te juro que me duele dejarte, me he encariñado mucho contigo.

- Puede ser porque aparecí en un momento en que necesitabas mucho apoyo y cariño.

- No, no es sólo eso, no trates de quitarle valor a algo que me ha parecido muy bello.

- No le quito valor, yo también me he encariñado contigo, me gusta tu compañía, disfruto mucho salir y escucharte hablar.

- Y hacer el amor, ¿O eso no?

- También eso, a pesar de que al principio tenía cierto temor porque creía poder perder tu amistad, creo que fue todo lo contrario, ésta aumentó.

Vino hacia mí, me abrazó y empezó a llorar en silencio. Era tan profundo lo que sentíamos, estábamos tan sensibles, tan dolidos, tan llenos de ternura que la cama se convirtió en una pista en la que emprendimos el vuelo desde la tierra, desde el centro del fuego hacia el aire más pleno, hacia la humedad más suave y etérea que se pueda uno imaginar. Hubo momentos en los que llegué a sentir que mi alma se desprendía de mi cuerpo y abrazaba el alma de Celia. Aún nuestros quejidos sonaban ajenos y lejanos. Los labios, las lenguas y los poros eran ascuas húmedas y vaporosas. Después que regresamos de ese maravilloso viaje y nuestras almas volvieron a acomodarse en nuestros cuerpos, guardamos silencio por mucho rato. Fue Celia la que lo rompió al decirme que no deseaba dejarme, que me amaba. No dije nada, me quedé callado y empecé a besarla de nuevo.

- Siento tus besos como de consuelo y despedida - me dijo.

- No es así, te juro que no cruzó por mi mente ninguna de esas dos ideas.

- Pero así los sentí. Por cierto, te tengo una buena noticia.

- Que has decidido no irte a ninguna parte.

- No, eso aún no lo decido. La noticia es que mañana vas a acompañarme a un hospital psiquiátrico, hay posibilidades de que trabajemos juntos.

- ¿Y cómo sabes que esa es una buena noticia para mí?

- Porque sé que te interesa el tema de la locura. Pero si no quieres no hay problema, hay otro amigo que me puede ayudar.

- No hay necesidad de eso, tú bien sabes que sí te ayudo. Lo que sucede es que me sorprendiste con la noticia, nunca pensé tener la oportunidad de entrar a un manicomio y menos de trabajar en uno.

- Pues mañana tenemos que levantarnos muy temprano para ir. Ya te conseguí una bata blanca, no dejan entrar sin ella.

Me quedé a dormir en su casa. Antes de ir a la cama me bañé y después preparé una buena cena. Celia estaba feliz, me dijo que cada vez se le hacía más difícil aceptar la invitación de sus papás, que se sentía muy bien, que no desaba perderme ahora que todo marchaba a las mil maravillas.

- Un golpe más a mi corazón y se detiene. Creo que ya no soportaría otro rompimiento.

En el fondo yo no me había hecho a la idea de que nuestra relación fuese tan estable. El temor que había tenido al principio se había ido al otro extremo: en lugar de perderla como amiga, la había ganado como pareja y yo no deseaba tal cosa. No porque no me gustara o no la quisiera, sino porque no estaba en posibilidades de enfrentarme a un problema de tal magnitud. Seguía creyendo que lo mejor para Celia era aceptar el viaje. No le convenía involucrarse tan pronto en otra relación y menos con un ser tan inestable como yo. Tenía miedo de hacerle daño, de causarle otro dolor, de hacerla sufrir. Tuve deseos de decirselo pero me contuve.



Al día siguiente nos despertamos muy temprano, nos bañamos juntos y salimos a desayunar al mercado que estaba muy cerca de su casa. Iba radiante, parecía que por fin había salido del hueco profundo donde la había dejado Antonio. Me detuvo varias veces en el camino para abrazarme y decirme que se sentía muy bien, que regresáramos a la casa a hacer de nuevo el amor. Yo le decía que no era mala la idea, que estaba dispuesto a hacer todo lo que ella me dijera. Se reía y me decía que estaba loco, que iba a dejarme encerrado en el manicomio.

- Así no te me escaparás nunca y tendré un sitio seguro para irte a ver.

Al llegar al hospital fuimos directamente a la dirección y entramos. Celia me presentó con un señor muy alto al que le dijo que yo era su asistente.

- Les voy a presentar con las personas que cuidan la puerta para que no tengan problemas cuando vengan - nos dijo el señor mientras nos invitaba a acompañarlo.

Desde la reja, a la que nos condujo, podían verse algunos enfermos que se paseaban por los jardines o que estaban sentados bajo los árboles con los ojos perdidos en vacíos interminables. Después de presentarnos nos dio la bienvenida y nos dijo que ojalá y saliéramos cuerdos de ese sitio, que él había visto llegar a muchos estudiantes de la universidad con los ojos limpios y que al retirarse, después de un tiempo de trabajo, ya los llevaban turbios y tristes.

- No se preocupe por nosotros doctor, ya verá que saldremos igual de cuerdos - le dijo Celia dejando translucir cierto nerviosismo.

- Bien, pero recuerden que una vez que pasen esa reja entran a otro mundo, un mundo formado también por hombres que deben ser tratados como tales y no como bichos raros.

- No hay problema, no vamos a tratarlos de esa manera - le dijo ella.

Cuando nos dejó solos y vimos que se abría la reja para dejarnos entrar yo sentí, y no es exageración, que entraba al infierno. Después de un rato me di cuenta que no estaba equivocado; ése era el lugar más sórdido, más deprimente, más desafiante que había conocido. El primer día nos condujeron a una pequeña sala que estaba al fondo del jardín. Para llegar a ella tuvimos que cruzar entre una gran cantidad de enfermos que se nos acercaban a tocarnos, a decirnos que los ayudáramos a salir de allí, a preguntarnos si éramos nuevos, si no habíamos visto a alguno de sus familiares o si éramos fulano o mengano.

Cuando llegamos a la sala nos dijeron que esperaríamos un rato, que iban por un paciente. Celia y yo nos miramos uno al otro y le dije que estaba nervioso, que nunca había tenido tan cerca a un loco. Regresaron con un hombre impresionante, media como dos metros de alto y tenía la mirada totalmente perdida y desorbitada. Lo sentaron cerca de nosotros y después nos dijeron que platicáramos con él, que regresarían a buscar al paciente en una media hora. Al salir cerraron la puerta y nos dejaron allí solos y desamparados.

- Éstos nos están poniendo a prueba - me dijo Celia en voz baja.

- ¿Tienes idea de cómo debemos de comenzar?

- Lo primero que tenemos que hacer es leer su expediente para saber como tratarlo.

Empezó a leerlo en voz alta sin importarle que el de la historia estuviera presente. Resultó ser del norte del país, nacido en 1898. Para entonces tenía unos setenta y cinco años, de los cuales, según constaba allí, llevaba cuarenta y seis de esquizofrénico. Celia me preguntó si deseaba saber más de él, que había una hoja anexa a su expediente donde estaba un poco más completa su historia.

- ¿No crees que hacemos mal de estar leyendo todo esto frente a él?

- Y tú crees que a él le interesa, se la ha pasado todo el tiempo dando de manotazos por todas partes tratando de espantar sus alucinaciones.

- ¿Eso es lo que hace con todos esos movimientos?

- Sí, nos pusieron frente a uno de los más desquiciado del manicomio. En esta hoja dice que su madre murió en el parto y que creció al lado de un padre alcohólico que se dedicaba a vivir del contrabando.

- Está muy raro que en un expediente vengan esos datos, ¿o no?

- La verdad no lo sé. Pero no importa, está muy interesante lo que dice. Tal parece que realizaron una investigación bastante amplia

cuando lo internaron o ya traía este expediente de alguno de los tantos hospitales psiquiátricos donde ha estado.

- ¿Dice en ese papel en cuántos ha estado?

- Es probable que más adelante lo diga. Lo que sí dice aquí al principio es que desde la edad de quince años empezó a sentirse perseguido por todos.

- Entonces tiene más años de loco.

- Déjame continuar. Dice que tuvo que dejar de estudiar porque agredía a sus compañeros pensando que cuando estaban riéndose se reían de él y que cuando los maestros daban su clase creía ser algún personaje de la historia y se enfurecía si el profesor decía que alguien había sido un traidor o que había matado a uno.

- Yo conocí a un loco muy parecido en mi pueblo, terminó colgándose de un árbol - le dije a Celia.

En eso estábamos cuando escuchamos una voz espantosa que emergía de las tinieblas de ese gigante que estaba sentado frente a nosotros. Entre todo lo que decía alcanzamos a entender ciertas cosas que nos dejaron paralizados. Nos dijo que por qué nos habíamos salido de nuestras tumbas, que nosotros estábamos muertos desde hacía mucho tiempo, que él no nos había dado permiso para salir y menos para estar en ese sitio, que no tardaban en llegar de nuevo los soldados y que nos arrasarían a todos por nuestras culpas.

- Ustedes tienen escondido el armamento en el panteón - continuó diciéndonos - sé que se lo llevaron a los subterráneos de las tumbas, que allá está todo. Ya es tiempo de atacar, escucho la voz de mando, traten de que no nos vean. La tierra retumba en la desgracia de ese pobre gato que se cayó de la azotea, no tiene salvación el que se cae. Pero aquí están de nuevo, no dejen que me

lleven, les juro que yo no maté a nadie, fueron ellos los que empezaron a disparar y después a reírse de todo el pueblo. Yo sólo les dije que el cielo estaba por desquebrajarse en mil pedazos y que las estrellas volarían por todas partes sin control.

Celia y yo nos quedamos viendo, no sabíamos qué decirle, pensamos que lo mejor era quedarnos callados y aún así nos siguió atacando.

- No crean que no sé que traman llevarme con ustedes y enterrarme. Creen que estoy muerto, que mi fantasma ya merece quedar libre. Pero no van a poder conmigo.

Al decir esto se levantó de golpe y se nos quedó mirando desde su inmensa estatura. Sentimos que si nos daba un manotazo nos aplastaba como a dos simples moscas, pero en vez de hacer esto se sentó de nuevo y nos quedó mirando. Su rostro estaba totalmente desfigurado y de sus carnes emanaba un olor entre rancio y agrio que tardé mucho tiempo en olvidar.

- Empiezo a sospechar que nos jugaron una broma -me dijo Celia.

- Pues a mí no me parece una broma. Aunque no lo creas me estoy muriendo de miedo, nos dejaron encerrados con él.

- Estoy segura que esto se lo hacen a los primerizos.

- ¿Tú crees que no nos entienda?

- Estoy convencida que no, él está en su mundo, el nuestro sólo le llega de manera distorsionada.

- Ha de ser espantoso tener pesadillas con los ojos abiertos.

- Muchas imágenes que nos llegan del mundo lo son y no nos damos cuenta.

- Pero esto es distinto, este pobre sueña despierto y no tiene manera de abrir los ojos porque ya los tiene abiertos.

... y la oscura esperanza.

Nos dedicamos a observarlo y a esperar que llegaran a rescatarnos de ese infierno viviente. Su voz seguía emanando a borbotones desde lo más oscuro de su ser. A veces surgía como si tuviera resonadores en la garganta, otras como si hablara desde el fondo del mar y en ocasiones se expresaba con tanta claridad que se podían entender algunas palabras sueltas entre las que iban algunos nombres extraños. En ocasiones hablaba en inglés y se carcajeaba descomponiendo más su ya de por sí descompuesto rostro. De pronto nos dimos cuenta que nosotros también teníamos enfrente una alucinación, un espectro que nos tenía el alma colgando de un hilo y que éste estaba a punto de reventar.

Cuando entraron por él Celia les preguntó si se habían divertido. Los tres hombres y la mujer que venía con ellos se miraron y salieron sin decirnos nada. Nos dejaron solos y al poco rato vino otra persona a decirnos que si deseábamos ver a otro paciente. Celia le dijo que ya como recibimiento había estado bien.

- Ahora deseo que nos digan qué tenemos que hacer en este sitio.

- ¿No les gustó su primer paciente?

- Ya déjese de juegos - le dijo ella un poco molesta - ese hombre pudo habernos golpeado.

- Pues les diré que corrieron con mucha suerte porque a otros sí se los ha hecho... Es broma, vengan, el director quiere hablar con ustedes.

Nos llevaron a una oficina que estaba muy cerca y desde donde alcanzábamos a escuchar unos gritos espantosos, parecían como de gato en celo. Antes de llegar nos detuvo un loco que empezó a declamarnos poemas y a decirnos que él había estado en el movimiento estudiantil de 1968 y que conocía a todos los líderes que habían llevado el país al paraíso.

- Esperen - nos dijo - les voy a declamar uno más, éste es de Antonio Machado, ese gran poeta español que murió, igual que yo, luchando por la justicia.

Y nos declamó a Machado haciendo miles de gestos y

de espavientos. Éste fue uno de los enfermos que más traté durante el año y medio que duró mi trabajo en ese hospital. A veces era bastante cuerdo y me platicaba sus hazañas en las manifestaciones y la forma como lo agarró la policía cuando entraba al zócalo de la ciudad junto con cientos de estudiantes. Después se ponía a llorar y a contarme de todas las torturas que le habían hecho, de cómo lo habían encerrado en ese manicomio y de los electroshocks que le habían dado hasta enloquecerlo.

- Los doctores tenían orden de quietarme. Pero nunca pudieron. En una ocasión les organizé una manifestación dentro del manicomio por la comida que nos daban. Ahora parece que comemos mejor.

Se sabía infinidad de poemas de memoria, un día me mostró sus libros y pude descubrir algunos de Neruda, de César Vallejo, de García Lorca, de Miguel Hernández y a uno que me recomendó leer que se llamaba Miguel Bustos Cerecedo. Nunca había oído hablar de él y me leyó algunos poemas para que lo conociera. Eran de tipo social, con obreros, luchas sindicales, huelgas, hambrunas y algunos poemas amorosos escritos a una mujer llamada Libertad.

- Todos estos libros me los trae uno de mis sobrinos. Si quieres te los puedes llevar para leerlos.

- No, gracias, yo puedo conseguirlos allá afuera.

- Tienes razón, de pronto me olvido que eres de los de afuera



Cuando íbamos a salir del hospital nos topamos de golpe en la puerta con el policía, creo que no pensaba vernos tan pronto porque lo sorprendimos preguntándole por nosotros a una mujer que estaba sentada atrás de un mostrador. Ésta le decía que no sabía quienes éramos, que estaba equivocado de hospital, que en ése no había nadie con esos nombres. A nosotros lo que nos sorprendió fue que

supiera los apellidos de Celia y que los pronunciara muy bien. Al vernos nos señaló y le dijo a la señorita “esos son los que busco, gracias”.

- Pensé que se me había escapado, me distraje un poco en el parque que está enfrente y no me di cuenta del paso del tiempo, cuando me percaté de que me había olvidado de usted viene a preguntar si ya se había ido.

- Pues ya ve que no, aún estoy aquí.

- ¿Y le gusta el lugar?

- Aún no sé.

- A mí me tocó traer hace algunos años, junto con otros compañeros, a dos o tres que no aguantaron nuestro cariño. A otros los trajimos para que se les quitara la rabia.

Antes de que subiéramos al carro de Celia nos dijo que su abuela había muerto loca, que él la recordaba de niño con la boca abierta, los ojos desorbitados y enrojecidos, las manos acariciándose entre sí con desesperación y angustia y diciendo las únicas palabras que le escuchó siempre: no deseo flores, ni que me traigan perfumes, déjenme descansar, les suplico le digan al pueblo que me deje en paz.

- Estas palabras las decía siempre, nunca le escuché otras. ¿Y saben qué fue lo más triste de su historia? Que uno de sus mismos hijos se encargó de matarla. El dijo que por piedad, que realmente ya no deseaba verla sufrir. Todos en la casa sabíamos que mi tío ya no soportaba escucharla. Cuando llegaba borracho amenazaba con cortarle la lengua si no se callaba, y un día lo cumplió. La encontraron en su cama degollada y sin lengua. Él mismo, después de que se le había pasado el efecto del alcohol, se empezó a lamentar de lo que había hecho y se entregó.

- Cuando menos tenía remordimientos, conozco algunos que no los tienen - le dijo Celia mientras abría el carro y se metía.

- Lo único que sé es que usted puede estar llevando este camino y no

se ha dado cuenta - me dijo alejándose. Caminó unos cuantos pasos y después se volvió -. Ojalá y no entre a ocupar un sitio en mi falta de remordimientos.

Celia y yo nos quedamos un rato sin decir una palabra, lo vimos meterse a su coche y quedarse observándonos con una seriedad apabullante.

- Ese hombre es un peligro, debes de tener mucho cuidado, está más loco que su abuela.

- No sé cuándo va a desaparecer de mi vida, te juro que ya estoy empezando a desesperarme.

- Eso es lo que él quiere, debes tener calma y ganarle la batalla.

- La única manera sería dejando de hacer las cosas que estoy haciendo.

- ¿Por ejemplo?

- Dejar de asistir al ruso, a los barrios pobres, ya no leer a nadie.

- Pues deja de hacerlo un tiempo y cuando desaparezca recomienzas.

- No puedo.

- Lo bueno es que ya no ha habido ninguna otra manifestación ni huelga.

- No, acabaron con nosotros en la matanza de estudiantes en Tlatelolco en 1968.

- Y lo siguen haciendo. Basta con mirar a la mayoría de los estudiantes de ahora para darse cuenta que están más manipulados que nunca.

- Sí, no sólo por la droga sino también por los medios de comunicación y los programas de estudio.

- ¿Los programas de estudio? En eso no me había dado cuenta.

- No hay mejor manera de penetración a un país que a través de la religión y de la enseñanza.

- Puede que tengas razón, pero sólo de pensarlo me dan escalofríos. Mejor cambiemos de tema y vayámonos de aquí. ¿Qué te parece si te invito a comer?

Acepté y nos fuimos a un restaurante de comida japonesa que era de un tío de ella. Le dije que se me hacía extraño que un judío se dedicara a ese tipo de comida.

- Mi tío vivió en Japón durante la segunda guerra mundial. Ojalá y esté allí para que lo conozcas.

No estaba pero comimos de maravilla. A Celia la conocían todos los meseros y el chef salió a saludarla y a decirle que le prepararía algo especial. Y así fue. Al salir del restaurante vimos que ya era bastante tarde. El policía estaba estacionado enfrente. Nos gritó provecho y que no podía creer que con mis ideas pudiera asistir a un sitio tan caro. No le contestamos nada, no por falta de educación sino para tratar de ignorarlo y hacernos a la falsa idea de que estábamos solos.

- ¿Quieres ir de nuevo a la casa?

- No, tengo que ir a la mía, necesito hacer algunas cosas - le contesté mientras le besaba el cuello y le daba las gracias por tan deliciosa comida.

- Lástima que no estuvo mi tío, me hubiera gustado que lo conocieras. Es un gran tipo.

- ¿De quién es hermano?

- De mi padre, es el mayor y el único que le queda. Los demás murieron fusilados junto con otros familiares y amigos.

- Disculpa si vengo algo distraído - le dije cambiando la plática.

- ¿Qué te pasa? Ya tiene rato que estás así, casi no hablaste durante la comida.

- Es que no puedo quitarme de encima la imagen del loco.

- Nos pusieron ante el más enfermo del hospital.

- ¿Tú crees que no hayan peores que él?

- No sé, yo creo que sí.

- No sé cuánto soporte, te juro que hubo momentos que desee salir corriendo.

- No te preocupes, de seguro esto sólo fue el comienzo. De ahora en adelante vamos a estar más metidos aplicando pruebas psicométricas y elaborando expedientes. Creo que de todos modos vale la pena seguir yendo, no sólo por lo que nos puedan pagar sino por lo que podamos aprender.

... y la oscura esperanza.



Llegamos a mi casa, le pregunté si quería bajar un rato y me contestó que prefería irse a descansar. Le di un beso de despedida y vi, por encima de su hombro, que el policía estaba parado en la puerta de su casa y me hacía señales con la mano cerrando un círculo con el pulgar y el índice, quería decir que le encantaba Celia. Bajé del carro y cuando ella se arrancó caminé aprisa para abrir rápido la puerta y entrar. Fue en vano, los nervios no me permitieron actuar con la rapidez y la seguridad que deseaba.

- Hola, le veo muy apurado y nervioso.

- La verdad es que estoy muy cansado.

- Pues lo siento mucho pero va a tener que acompañarme un rato, venga, suba a mi carro.

- ¿A dónde me va a llevar?

- No sufra, sólo deseo platicar con usted. Quiero que me diga cómo es la vida en el manicomio. Siempre he tenido mucha curiosidad por saberlo.

- No podría decirle mucho, éste fue mi primer día. Además, no le veo caso que tenga que subirme a su carro, aquí podemos platicar.

- Prefiero que demos una vuelta. Ande, suba.

Abrió la puerta y me subí; tenía miedo, sabía que era capaz de cualquier locura. Cuando subió alcancé a ver la cache de su pistola en su bolsa.

203829

- ¿Hasta dónde vamos a ir?
- Sólo vamos a dar un vuelta, le juro que no es nada malo, trate de relajarse para que podamos platicar a gusto.
- No creo que pueda platicar a gusto con usted.
- Recuerde que sólo he cumplido con mi trabajo.

Arrancó rechinando las llantas.

- ¿Le gusta la velocidad?
- Sí voy manejando yo sí, si va otro no.
- Pues haga de cuenta que es usted quien maneja, nunca en mi vida he tenido un accidente.

Pasaba las calles sin detenerse, se pasó dos o tres luces rojas, se detenía cambiando la velocidad de cuarta a primera y esto hacía que el carro se coleara o que diera una vuelta completa. Le dije que si lo que pretendía era asustarme ya lo había logrado, que ahora me llevara a mi casa.

- No, aún no hemos paseado lo suficiente. ¿Usted cree que pueda haber alguien más loco que yo en ese hospital?
- Aún no los conozco a todos. Pero tan pronto lo haga le contesto. Pero ahora le suplico me regrese, necesito descansar.
- A esta hora se puede correr muy bien por la carretera a Cuernavaca, me encanta la velocidad, calma mis nervios. Espero que a usted también.

Intenté bajarme del carro en un alto y me suplicó que no lo hiciera, que si le hacía una grosería de esa magnitud no respondía.

- ¿Acaso no le gusta mi compañía? ¿O prefiere la de su amiga?
- Yo creo...
- No, no... no me conteste, ya sé qué me va a decir, pero ahora

se aguanta, está conmigo y deseo que me acompañe a correr un rato por la carretera. También pudo haberme relajado una cerveza pero hoy preferí pasear con usted, nunca lo habíamos hecho.

- Hubiera invitado a su esposa.

No contestó nada, lo vi cambiar el gesto de su rostro y aumentar la velocidad.

- Quiero que sea la última vez que menciona usted a mi esposa, la próxima le rompo la boca. No deseo que ella participe de lo nuestro.

- No lo dije para que se molestara.

- Pero que no se vuelva a repetir, ni de mi hijo quiero que hable. Le vuelvo a recordar que aquí el único que tiene la libertad de hablar de lo que sea y de mencionar a cualquiera soy yo, no usted.

- Está bien, pero le suplico me regrese.

- Deje de presionarme y acompañeme de buena manera.

Al llegar a la carretera aumentó la velocidad, iba como loco, como desquiciado. No sé cuántos kilómetros anduvimos a más de ciento setenta. De pronto se detuvo y me dijo que me bajara.

- ¿Para qué?

- Ya se puede regresar.

- ¡A pie!

- Si encuentra quien le lleve mejor.

No lo pensé mucho, en el fondo prefería liberarme de él. Una vez que salí del carro se volvió a arrancar rechinando las llantas y se perdió en la distancia. Empecé a caminar, crucé hacia el otro carril y a cada rato miraba hacia atrás para ver si alguien quería darme un aventón hasta la ciudad. Nadie se detenía. La noche estaba muy oscura, no se veía ni una estrella y menos la luna. Caminaba a tientas por el

... y la oscura esperanza.

acotamiento. No puedo decir cuánto caminé hasta llegar a la caseta de cobro, pero de lo que sí estoy seguro es que ya llevaba como una hora caminando o un poco más. Me preguntaron qué hacía a esas horas por la carretera, no les dije la verdad, tuve temor de que no me creyeran o de que pensarán que estaba loco.

- Se me quedó tirado el carro más adelante, voy a ver si alguien me quiere dar un aventón y poder traer un mecánico.

- Ahorita le conseguimos uno, no se preocupe.

Y lo hicieron, pararon el carro del policía. De seguro me había estado siguiendo de lejos sin que yo me diera cuenta. Cuando vi que era él quise hacerme tonto pero ya era tarde, el señor de la caseta me habló y me dijo que me subiera, que ya tenía como ir a buscar ayuda. Me subí.

- ¿Para qué necesita ayuda? - me preguntó el policía una vez en el carro.

No le contesté. Traté de ir lo más callado posible.

- Veo que está enojado, eso está bien. Para la otra le dejo en Acapulco y sin dinero para que tenga deseos de matarme. Debería de agradecerme que le voy a llevar hasta su casa.

Sentí que me clavaba algo entre las costillas, miré de reojo mientras doblaba el cuerpo y vi que era la pistola.

- Sí no me contesta le quiebro, si hay algo que no soporto es que me ignoren.

- Le suplico me quite la pistola del cuerpo, no deseo hablar.

- Pues va a tener que hacerlo, le vuelvo a recordar que está en mis manos y que por lo tanto soy el que pone las reglas. Por si no se ha dado cuenta usted sólo es una pieza de mi tablero y puedo moverle para donde desee o también puedo sacarle del juego. ¡Hable!

- ¿Qué quiere que le diga?

- ¿Le gustó la caminata?
- Sí, estuvo muy agradable.
- ¡Me está mintiendo y eso tampoco lo soporto!

Me clavó aún más la pistola y me dijo que si le volvía a mentir no le quedaría otra que dispararme a los huevos para que aprendiera a ser hombre y decir la verdad.

- ¿Qué quiere que le diga?

- La verdad. Que está encabronado conmigo, que me odia, que mientras caminaba iba pensando en matarme, que en este momento aún lo desea y que está a punto de ponerse a dar de gritos porque siente que se asfixia de tanta angustia y de tanta desesperación. ¿Por qué se queda callado? Dígame ¿qué está pensando?

- Eso que acaba de decir, que ya estoy desesperado y que no encuentro la manera de deshacerme de usted.

- Así que me odia.
- Sí es eso lo que desea escuchar... sí.
- Ya lo sabía, es una vil rata igual que todos, un miserable cobarde.

Dejó la pistola sobre el asiento y me tomó de los cabellos.

- Yo le voy a enseñar a sostener sus propios argumentos.
- Esos son mis propios argumentos - le dije mientras trataba de quitar sus manos de mi cabeza.
- Quédese quieto o nos estrellamos.

Detuvo el carro y sin soltarme el cabello me hizo abrir la boca y me metió la pistola en ella.

- Le voy a volar la lengua para que no siga diciendo tantas mentiras y para que deje de pronunciar los nombres de todos esos golfos que lee y que sólo vinieron a hacerle daño al mundo.

Escuché que cortaba cartucho, mi corazón latía desesperadamente y en mis ojos se agolpaban las imágenes de mis padres, de mis hermanos, de Celia y de otros seres que pasaban con una rapidez pasmosa por mi cerebro.

- Veo que está temblando.

Por fin me quitó la pistola y me soltó.

- Creo que ha sido suficiente por hoy, me estaba oxidando.

- ¿Qué quiere decir? - le pregunté.

- Que necesitaba algo de acción, ahora sí vamos a descansar.

No dije nada, pero en ese instante sí sentí que deseaba matarlo, que si hubiera podido quitarle la pistola le hubiese dado un tiro y lo dejaba tirado en cualquier barranco.

- Me da gusto que ahora sí me odie en serio, ya vi su mirada.



Al día siguiente le platicué a Celia lo que me había ocurrido y me dijo que era necesario que hiciera algo, que ese hombre era capaz de matarme, que estaba loco. La abracé y le dije que tenía mucha hambre, que necesitaba desayunar algo o me la comía.

- Pues primero vas a tener que comerme - me dijo y me condujo a la cama.

Después de hacer el amor se quedó mirándome con cierta tristeza, le pregunté qué le pasaba y me dijo que sus padres habían hablado de nuevo ofreciéndole el viaje. Que le habían dicho que sólo iban a esperar ese día para que me decidiera, que todo estaba preparado para enviarla a Tel Aviv con unos familiares.

- ¿Y tú qué les dijiste?

- Que hoy les digo.
- ¿Y...?
- No sé.
- ¿Qué te detiene?

Me quedó mirando con cierto disgusto y me contestó que le molestaba que le hiciera esa pregunta.

- Bien sabes que tú, nada ni nadie más. Pero sé que deseas que me vaya, que desaparezca.

- No, te juro que no es así, pero si realmente nos queremos tú regresarás y yo estaré esperándote. Para entonces, no sé, uno o dos años, Antonio ya habrá desaparecido por completo de tu vida y tú de la de él.

- ¿Tú crees?

- No estoy muy convencido, pero puede ser que así suceda.

- Yo creo que a Antonio no lo voy a olvidar nunca, ha sido demasiado el daño que me ha hecho para que lo olvide. Por desgracia siempre recordamos más lo negro que lo blanco en nuestras vidas. Tal parece que lo malo es lo que más cala. Cuando le pregunto a mi padre, por ejemplo, sobre su niñez siempre me hace la historia de la época en que llegaron los alemanes, arrasaron con su familia y se lo llevaron al campo de concentración. Si le digo que me cuente algo anterior a eso me dice que no recuerda, que el comienzo de su recuerdo es esa masacre.

- De seguro era demasiado pequeño cuando le sucedió.

- Ya no tanto. Mi padre es un hombre de sesenta y cinco años.

- ¿Qué edad tenía cuando se lo llevaron al campo de concentración?

- No sé, de seguro unos diez.

- No puede ser posible que no recuerde nada anterior.

- Pues no lo recuerda.

- ¿Y tampoco tu madre?

- Así es, ella tampoco.
- Pues ha de haber sido espantoso lo que vivieron como para que les borrara lo anterior.
- Así es, fue un infierno.
- Pero regresando a lo de la invitación que te hacen, no me has contestado qué piensas hacer.
- Te digo que no deseo abandonarte, me he enamorado mucho de ti, me encanta estar contigo.
- Yo también disfruto mucho tu compañía, Celia.
- Pero no me amas, ¿verdad?
- Sí; pero no con gran pasión.
- ¿Por qué no con gran pasión? ¿Cuál es mi falla?
- Ninguna, hasta hoy no te he encontrado ninguna.
- ¿Entonces?
- Que creo que sería bastante egoísta si te detengo y no te dejo ir a vivir otras experiencias, a conocer otras formas de vida.
- ¿De verdad es eso?
- Sí, no te miento. Te juro que me duele pensar que dejaré de verte. Te quiero tanto y me he acostumbrado a ti que si no duermo contigo lo hago con tu imagen, lo mismo si camino o me detengo, si como o no como, si cruzo una calle o si me siento en un parque. Eres la mujer que convive conmigo todo el tiempo y que...

No me dejó terminar, me abrazó y me dijo al oído que si se iría, que ahora sí estaba segura de que la esperaría.

- ¿No te importa si tardo un poquito?
- Tarda el tiempo que consideres necesario.
- Puede ser que me quiera regresar al día siguiente de haber llegado o el mismo día.
- Eso sería una lástima, creo que debes de hacer un esfuerzo por quedarte y hacer amigos.

- ¿No te preocupa que conozca a alguien que me guste?
- Sí, pero tampoco puedo detenerte por eso.
- Cuando regresemos del hospital le hablo a mi papá para decirle que sí me voy.

... y la oscura esperanza.

Ese día los dos estuvimos muy callados, nuestros pensamientos no estaban con los locos. Aplicamos dos o tres baterías de pruebas y abrimos otra igual cantidad de expedientes. Cuando íbamos a salir se nos acercó una mujer muy joven y guapa a suplicarnos que la ayudáramos a salir de ese sitio, que sus padres la habían internado porque no la querían. Después de algunas preguntas nos dijo que era maestra de una escuela primaria y que por las tardes daba clases particulares en su casa. Tenía los ojos enrojecidos por los electroshocks que le habían aplicado. Nos jalaba la ropa y nos suplicaba llorando que la lleváramos con nosotros, que no estaba loca, que tenía mucho miedo porque cada vez que les decía a los doctores que la ayudaran se desesperaba tanto que le ponían los electrodos en la cabeza y le daban esas descargas que la dejaban como sonámbula por mucho tiempo. Celia le dijo que iba a hacer todo lo posible por ayudarla, que al día siguiente hablaría con alguno de los doctores para ver qué se podía hacer. Salimos más tristes de como habíamos entrado. Cuando por fin abrió la boca fue para decirme que se sentía muy mal, que ella tenía toda la libertad para andar por las calles y para largarse lejos y que esa pobre mujer ninguna.

- No todos vivimos lo mismo, Celia. Y tampoco podemos vivir la vida de los demás.

- ¿No se te hace demasiado egoísta lo que me estás diciendo?

- Puede ser, pero no puedes negar que es cierto. La que tiene que irse a Tel Aviv eres tú no ella, y la que por desgracia se tiene que quedar encerrada es ella y no tú.

- Lo dices como si fuera un trabalenguas y al mismo tiempo una fatalidad.

- En el fondo sí es una fatalidad.
- No lo creo así, creo que es más bien una injusticia.
- Eso es la fatalidad.
- Ya no me siento con el mismo entusiasmo que tenía antes de que entráramos al manicomio.
- ¿Ya no le vas a hablar a tu padre?
- Sí, pero ya no me siento igual. Hace un rato llegué a sentir que eso era lo correcto, que no debía de desaprovechar la ocasión, sobre todo sabiendo que tú me vas a esperar.
- ¿Y ahora?
- Ahora siento que aquí o allá es lo mismo, que de nada sirve moverse sobre la tierra si de todos modos nos llevamos a nosotros. Aquí cuando menos sé que estás tú, allá no conozco a nadie, ni a mi tía ni a mis primos, sólo los he visto en las fotografías que tiene mi mamá. Así que va a ser como si fuera a comenzar a vivir.

No pude contestarle nada, Celia tenía razón. Si le decía unas palabras éstas iban a ser “quédate”, “no te vayas”, “vamos a vivir juntos”. Mejor me callé, sabía que era necesario que saliera. Si continuaba aquí iba a tener que estarse topando con Antonio todos los días en la universidad o en cualquier otra parte, sabía que él no se daba por vencido, que sólo le estaba dando una tregua. Al desaparecer Celia era seguro que él se volviera a casar y la olvidara.

- Pero ya está decidido; sí me voy.

Tomó el teléfono y le llamó a sus padres. Cuando colgó empezó a llorar copiosamente, como si hubiera recibido noticias de la muerte de alguien. La abrazó y no pude contenerme, lloré junto con ella y después nos quedamos abrazados en silencio. Sólo alcancé a escuchar que me decía “te amo” y después se soltó de mí para ir a su recámara. La

dejé sola un rato, cuando creí pertinente fui hacia ella y la encontré haciendo su equipaje.

- ¿Por qué tanta prisa?
- ¿Qué día es hoy?
- Creo que miércoles.
- Me voy el viernes.

Sentí que no podía moverme, me quedé como paralizado en mitad del cuarto, abajo de mí se abría un hueco profundo por donde me iba hasta el fondo. Cuando logré salir de allí le comenté que nunca había pensado que fuera a ser tan pronto.

- Te dije que mis padres sólo estaban esperando que yo dijera que sí, que ya tenían todo preparado.

- Pero...
- No digas nada, ya está hecho.
- Vas a hacer que me sienta mal.
- No tienes que sentirte mal, en el fondo tienes razón, es necesario que me vaya.

Me acerqué a ella y la abracé de nuevo, dejé de doblar su ropa y nos tiramos con desesperación a la cama para emprender no un viaje vaporoso y húmedo, sino una lucha donde la rabia tiraba mordidas por todas partes, el coraje aullaba, bufaba y las manos estrujaban la piel con descos de arrancarla y quedarse con ella para siempre.

Después nos quedamos dormidos. Al rato abrí los ojos, me levanté, fui al baño, apagué la luz y me volví a acostar a su lado para abrir de nuevo los párpados junto con ella. Lo primero que se me vino a la cabeza al despertar fue que era jueves y sentí que algo caliente me apretaba el pecho y detenía mi respiración. Celia me dio un beso y se

levantó. Nos bañamos juntos y me dijo que ese era el último día que me acompañaba al hospital; después tendría que ir solo.

- ¿Tú crees que deba seguir yendo?

- ¡Claro, no puedes abandonar el trabajo!

- ¿Por qué?

- Porque es un compromiso que yo me hice y en el que te involucré.

Hoy mismo le digo al director que me voy pero que tú vas a quedar en mi lugar, de otra forma no me iría tranquila. Si deseas ve por unas semanas más y después lo dejas. Sólo te pediría el favor que le avisaras a Mario, yo ya me cansé de hablarle por teléfono y no lo localizo, recuerda que fue él quien me consiguió el trabajo. Te voy a dejar su número telefónico.

- Está bien, sólo lo hago por ti.

- Gracias.

La sentí cambiada, como si la noche anterior hubiera sido realmente la despedida definitiva. Ya no era la misma, estaba como ausente. La abrazaba y sentía que su piel era una coraza y que sus manos me tocaban como si la mía quemara.

- Ya no te siento igual - le dije cuando salimos del manicomio.

- Perdona, me siento extraña. Ha de ser porque ya me voy.

Por cierto, tengo que ir a la casa de mis padres por mi boleto.

- ¿Y tu pasaporte?

- También tengo que ir a buscarlo; pero no hay problema, eso lo arreglo muy rápido, uno de mis hermanos trabaja en la Secretaría de Relaciones Exteriores y dice mi mamá que él se encargará de todo.

- ¿Deseas que te acompañe?

- No sólo lo deseo, lo necesito.

Y volvió a ser de pronto la misma Celia. A las ocho de la noche que regresamos a su casa ya tenía todos sus papeles, se iba al día siguiente a las nueve de la mañana.

- ¿Cómo te sientes?

- Extraña. En muy poco tiempo cambió mucho mi vida, todavía hace unos meses estaba casada y sentía mucha seguridad para vivir, creía que ya tenía casi todo resuelto, un marido, un buen trabajo y el coraje para enfrentarme a mis problemas. Hoy ya no tengo nada de eso y estoy a punto de emprender un viaje hacia lo desconocido. Todo esto no estaba dentro de mis planes, no sé quien se encargó de cambiarlos. Ahora ya no tengo marido, ni un buen trabajo y ni siquiera el coraje. Te juro que también pensé que me quedaba contigo y ya ves que tampoco. Hay momentos que no entiendo nada, ¿por qué si te amo tengo que renunciar a ti?... Pero no, no volvamos a lo mismo, ya hemos platicado todo esto, ya quedó aclarado, ya sé que es mejor que me vaya, que te deje, que abandone esta ciudad y busque otra donde mi vida sea distinta. Todo esto quiere decir que tengo que resignarme a otro cambio.

... y la oscura esperanza.

Se dejó caer sobre uno de los pocos cojines que le había dejado Antonio y se llevó las manos al rostro. Después lo levantó y me quedó mirando fijamente.

- ¿De verdad me vas a esperar?

- Ya sabes que sí, Celia.

- No importa que te acuestes o andes con otra, pero espérame.

Me pidió que la abrazara con fuerza, nunca la había sentido tan desamparada, tan frágil, tan quebradiza.

- Te voy a esperar, ya verás que sí lo voy a hacer.



Al mes de haberse ido recibí una carta muy larga, en ella me contaba todo lo que había hecho desde su llegada a Tel Aviv. La leí cuatro o cinco veces. Le contesté de inmediato diciéndole que también

la extrañaba, que tuviese calma, que todo iba a salir muy bien y que me daba gusto saber que estaba trabajando en la agencia de publicidad de uno de sus primos, hijo de una prima hermana de su madre que también había logrado salvarse del exterminio nazi. Le dije que no importaba que tuviera a la psicología un poco abandonada. Le platicué del manicomio, le dije que ya había dejado de aplicar pruebas psicométricas y de elaborar tediosos expedientes, que ahora tenía a mi cargo algunos muchachos afectados por las drogas y a otros que habían sido veladores y que, se suponía que por falta de sueño, habían empezado a tener alucinaciones severas. Uno de ellos, le escribí, alucinó una noche que se quemaba el edificio donde trabajaba y fue a despertar a todos los inquilinos. Cuando éstos estaban en la calle en ropas interiores y dando de gritos, le preguntaron dónde estaba el fuego y él les dijo que allí, que lo vieran, que las llamas salían por todas las ventanas y que ya habían alcanzado los tanques de gas. Le dijeron que no veían nada, que no salían llamas por ninguna parte. Uno se metió al edificio, lo recorrió de abajo a arriba y no vio nada. Todo era pura alucinación del pobre viejo. Lo encerraron y ahora está aquí, alucinando fuego por todas partes. A veces se le ve corriendo por el patio gritando que lo salven, que las llamas lo quieren devorar.

En otra parte de la carta le contaba:

“Invité a algunas personas que deseaban conocer el manicomio. Una de ellas fue mi hermano Arturo. Desde que entró iba nervioso. En el patio se le acercaron como dos o tres loquitas muy jóvenes, con los labios repintados de rojo y violeta y los párpados de gris, a preguntarle si era “el Tigre”. Mi hermano se desconcertó y no pudo contestarles. Yo les dije que sí, que él era “el Tigre”. Todas “enloquecieron” de alegría y le empezaron a jalar la camisa, a besarlo y a decirle que lo iban a estar esperando, que sabían que no las iba a

abandonar, que iban a estar en la puerta para salir junto con él. Sí, volví a decirles, espérenlo, no tarda y sale. Sabía que estaba cometiendo una injusticia dándoles falsas esperanzas, pero creo que merecían un poco de felicidad en ese momento y no se las quise negar. Además, al poco rato ya se les había olvidado la existencia del "Tigre"; ni volvieron sus rostros hacia nosotros cuando pasamos.

Ese día, por cierto, algunos enfermos representaron una obra de teatro e invité a mi hermano. Como era de esperarse fue una verdadera locura. Una de las actrices tuvo un ataque de histeria y Arturo empezó a impacientarse y a ponerse nervioso. Me suplicó que lo sacara de allí, que ya no aguantaba, que se sentía mal, que ya se quería ir a la casa. Lo saqué, estaba pálido. Le pasó lo mismo que me pasó a mí al principio: no pudo dormir esa noche.

Tú haz de recordar que fueron varias las veces que te desperté diciéndote que me volvía loco, que me ayudarás porque sentía algo muy pesado en la base del cráneo y creía que era la locura que se quería escapar.

El que también me padeció fue mi hermano mayor. Lo despertaba a medianoche a decirle lo mismo. De verdad que tenía pánico, abría los ojos y sentía que se me quería desbordar toda la información del cerebro, como si una bestia encerrada estuviera forcejeando para escapar y destrozarse todas mis imágenes luminosas y dejarme en la oscuridad. Aún recuerdo la vez que te desperté como a las cuatro de la mañana y te dije que ya no soportaba la presión del monstruo de la locura, que sentía que no me quedaba otra alternativa que dejarlo suelto para que se apropiara de mi rostro y lo deformara, de mis ojos para que los enrojeara y desorbitara, de mis manos, de mi lengua para que

emanaran por ella todos los sonidos más graves que poseo y el río espeso de incoherencias y de desórdenes que me pueblan y que deseaban reinar de una vez por todas en mi alma.

Aún recuerdo la expresión de angustia en tu rostro y tus lágrimas. Creo que esa vez sí estuve muy cerca de que se me rompieran las compuertas que retienen al mar de la negrura y ser poseído por él y por todos sus habitantes. Te juro que en el fondo sentía vergüenza de verte tan desesperada, hablándole a esa hora a tus amigos para que vinieran a ayudarme. Nadie quiso acudir, todos te inventaron una excusa, todos te dieron la espalda de nuevo.

Creo que nunca platicamos tanto como esa vez. Bueno, la verdad es que el que habló y habló y habló hasta caer rendido fui yo, tú sólo escuchabas con la boca fuertemente cerrada, la mandíbula tensa y el alma en un hilo. El hecho de que continuaras conmigo y no me echaras de tu casa cuando abrí los ojos, me hizo comprender, de manera profunda, que sí me amabas, que podías compartir conmigo mis infiernos, mis purgatorios y mis escasos paraísos. A partir de entonces dejó de atacarme la bestia, pero sabía que me acechaba desde la espesura de las palabras y de los sueños. A veces alcanzaba a escuchar su rumor y su oleaje espeso. Pero abandonó sus intentos de escape y pude volver a dormir sin el miedo de abrir los ojos y ser otro.

Pero cambiemos de tema. Te quiero seguir platicando de mis invitados al manicomio. Hace poco más de una semana llegó a la casa un compañero de escuela de mi hermano a decirme que Arturo le había platicado de su visita al hospital psiquiátrico y que él deseaba ir, que siempre había querido entrar a uno. Le dije que sí, que lo esperaba al día siguiente. Con él sucedió algo risible. Cuando llegamos al hospi-

tal me dijo el de la reja que no había ninguna bata blanca para mi amigo, pero que no me preocupara, que él iba a estar allí cuando saliéramos. Como no llevaba la bata, es obvio que desde que entró le empezaron a preguntar si era nuevo y él les decía que no, que sólo había ido de visita. Los locos no le creían. Le decían que no podía ser invitado, que sus ojos eran de un loco y también su rostro y su forma de caminar. Éste duró menos que mi hermano, me dijo que prefería retirarse antes de que no lo dejaran salir. Y para su mala suerte así fue. Cuando regresamos a la reja el señor se había ido al baño y había dejado a otro en su lugar. Éste me dijo que no podía dejarlo salir, que tenía que regresar su compañero. Tuvimos que esperar como veinte o treinta minutos que fueron, para él, un verdadero infierno. A cada rato se le acercaban los locos a tocarlo y a decirle que era en vano que quisiera salir, que no iba a poder lograrlo nunca. Él me quedaba viendo y me preguntaba si realmente tenía cara de loco. Yo le decía que no se preocupara, que no había nada de eso. Pero él insistía diciéndome que entonces por qué no lo dejaban salir y por qué los locos se le acercaban como si fuera uno de ellos.

- Es porque no traes la bata - le dije - tanto los doctores, como los psicólogos, trabajadoras sociales y visitas tienen que entrar de blanco. Es normal que ellos piensen que estás loco porque no andas así, además no eres el primero al que le sucede.

A pesar de todas las explicaciones que le di viene todos los días a mi casa a preguntarme si tiene cara de loco. Dice que no ha podido dormir tranquilo, que hasta ha soñado que lo encierran y que no lo dejan salir. Se contempla todo el tiempo en el espejo para ver si descubre algo raro en él. Ya le dije que pronto se le pasará todo. Pobre, si vieras la expresión de su cara creo que en vez de tenerle piedad te echarías a reír".

Le conté a Celia de mis cursos de ruso y del policía. Ella seguía muy preocupada. Tan pronto terminó de expresarme en su carta todas las palabras de amor que se le vinieron a la cabeza, me preguntó por mi pesadilla diaria y constante. Le dije que allí seguía, que ahora estaba peor porque había entrado a estudiar ruso un alemán llamado Wolfgang, quien al principio había sido muy amable conmigo, pero que de unos días a la fecha le había dado por golpearme en el estómago cada vez que me veía. Le escribí que ya se lo había platicado a mi maestro y que había dicho que tuviera paciencia.

- Siempre hay uno aquí - me dijo - los meten como provocadores. Lo que desean es que se arme un escándalo y exista un pretexto para cerrar el instituto.

“Y eso he hecho: tener paciencia. Lo que sí no sé es hasta cuándo. Cada vez me molesta más y ahora me espera a la hora de la salida, me acompaña hasta mi casa y después se despide apretándome la mano con mucha fuerza. Es un hombre muy blanco, como de uno noventa de estatura y un poco fornido. Así que ya te puedes imaginar los golpes que me da. Van varias veces que me doblo de dolor y me quedo sin aire. Pero lo que más me duele es que he tenido que dejar de ir todas las tardes a mis clases por temor a que me lastime. La verdad es que lo veo y tiemblo de miedo, un día de estos se va a cansar de golpearme el estómago y va a empezar a hacerlo en el rostro.

Hace como dos noches se me acercó el policía a decirme que pronto dejaría de verlo y aproveché para contarle lo del alemán. No sé si hice bien pero lo creía necesario. Me contestó que no sabe nada, que debe de ser algún loco comunista.

- Puede ser - le dije - pero creo que sí sabe, que usted mismo lo mandó con la intención de que yo deje de estudiar ruso.

- No necesito de ningún extranjero para mis cosas - me gritó

enojado - Si así lo deseara yo mismo lo habría hecho. No crea que no he tenido ganas de darle de golpes para que entienda. Pero creo que no escuchó muy bien lo que le dije al principio.

- ¿Qué?

- Que pronto dejará de verme.

- ¿Me va a sacar los ojos?

- Creo que hasta ahora no ha sido necesario, aunque no se ha portado muy bien. Aún continúa en muchas cosas que no son correctas, pero creo que ya ha llegado la hora de darle de alta y dejarlo solo.

- Me alegra escucharlo.

- Estoy seguro que me va a extrañar.

- Es probable, hasta a lo malo se acostumbra uno.

Se empezó a reír y me dijo que aún iba a padecerlo por unos días, que no le había llegado la orden de suspender mi vigilancia, pero sí el rumor de que así sucedería.

Después de decirme todo esto lo vi alejarse en su triciclo. No recuerdo si algún día te lo platicué pero así anda algunas tardes o noches. Éste debería de estar encerrado en el manicomio. Lo más curioso de todo, Celia, es que lo acabo de soñar. Sé que suena patético tratándose de alguien como él, pero lo soñé en su triciclo. Estaba yo sentado en un silla a la puerta de la casa de mis padres en Montecristo cuando lo vi venir por toda la calle a gran velocidad. Parecía un grillo. Si sus piernas son largas, en el sueño se le veía aún más. Llegó hasta donde estaba y me dijo que tenía que arrestarme. Sacó una pistola, me apuntó con ella y me disparó pura agua. Empezó a reírse con muchas ganas y después le dijo al triciclo: vamos, éste ya está muerto. Y se alejó pataleando a la misma velocidad. Cuando abrí los ojos aún alcancé a mantener por un instante esa imagen grotesca en mis ojos y una sonrisa en mis labios".



En la segunda carta Celia me decía que estaba muy bien, que me agradecía que la hubiera incitado a viajar, que se sentía muy a gusto en su trabajo y que había conocido gente muy agradable. Me contó de algunas visitas que había hecho a los Kibuz y de la vida que se llevaba dentro de ellos. "Me quedé tres días en uno y fue una gran experiencia. Ojalá y pudieras estar aquí para ir a visitarlos juntos, sé que te gustaría mucho, la vida allí es muy cercana a la que siempre has querido.

He estado leyendo a los escritores que me recomendaste, algunos hablan cosas muy cercanas a este tipo de experiencias. Acabo de terminar de leer un libro de Fourier y en él habla de una vida comunitaria en lugares llamados falanges. También leí a Thoreau y la Atlántida de Bacon. Estoy fascinada con Walden y la vida de los bosques. Espero y algún día podamos vivir así.

Te recuerdo todo el tiempo, no sé cuando regrese, pero quiero que sepas que aún te amo y que extraño muchísimo todas nuestras locuras".

Leí la carta varias veces y en todas no se me quitó del pecho una sensación de vacío y de coraje por haber traicionado a Celia. La noche anterior a la llegada de la carta sonó el teléfono de mi casa, contesté y era la voz de una mujer. Se había equivocado de número, sin embargo estuvimos platicando por un buen rato. Le dije que no creía en las coincidencias y que su equivocación era por algo. Ella estuvo de acuerdo y me preguntó si estaba muy ocupado, le dije que estudiaba pero que lo podía suspender si ella proponía algo mejor. Me invitó a visitarla y fui. Nunca había hecho una cosa semejante, en esta ocasión tanto ella como yo nos estábamos jugando un albur. Iba nervioso, me imaginaba su rostro de acuerdo al timbre de su voz y no me gustaba.

Al llegar a la calle donde vivía me percaté que no le había preguntado la edad, era probable que fuera mucho mayor que yo o que fuera una vieja. Recordé la obra de Sergio Galindo "Polvo de arroz" y me empecé a reír al imaginar que podía encontrarme cara a cara con una anciana. En el instante que llevé el dedo al botón del timbre del edificio me quedé un rato pensando que aún podía arrepentirme, dar la media vuelta y como si nada hubiera pasado. Pero la tentación y la curiosidad fueron más grandes que mi deseo de abandonar esa aventura hacia lo desconocido. Lo oprimí y escuché de nuevo su voz a través del interfone; no me había engañado, ahí vivía. Éste era otro temor que me había asaltado en el camino: que se hubiera burlado de mí dándome una dirección falsa. Subí los cuatro pisos y toqué a la puerta, mi corazón estaba totalmente fuera de órbita y me latía de pronto en el pecho, después en la garganta y por último llegué a sentirlo en el cerebro, invadiendo mis oídos.

Cuando abrió vi frente a mí a una mujer que me sacaba más de cinco dedos de alto, bella y con un cuerpo esplendido. Pensé que no podía ser ella y, si lo era, no tardaría en arrepentirse de haberme aceptado y cerrar la puerta o en decirme que estaba yo equivocado, que no era la persona que yo buscaba. Sucedió todo lo contrario, me dijo que pasara, que la había tenido muy nerviosa y pensativa. Me invitó a sentarme y después trajo dos copas.

- No te pregunté por teléfono qué tomabas, pero me tomé la libertad de salir a comprar esta botella de tequila.

Brindamos por su bendita equivocación. En ese momento me relajé.

- ¿De dónde eres? - le pregunté.

- Del norte, de un pueblo llamado Cananea. Sólo tengo una semana de haber llegado.

- ¿Viniste por trabajo?

- Vine a ver a uno de mis hermanos y creo que me voy a quedar.

Se supone que la persona que buscaba cuando me equivoqué de número me va a dar trabajo.

- ¿La localizaste?

- Ya no le hablé.

No soy muy aficionado al teléfono pero en ese momento, a pesar de que en mi interior bullía la imagen de Celia, pensé que era uno de los inventos más extraordinarios.

Como a la hora ya se nos había subido un poco el tequila y la plática había ido subiendo de calor. En un momento que me paré al baño ella fue y abrió la puerta, no me sorprendió, en el fondo sabía que eso iba a suceder. Nos empezamos a acariciar, llegó el encuentro de los labios y al rato estábamos en su cama; allí empecé a conocer el fuego que atesoraba en sus entrañas. A medida que nos besábamos, que le acariciaba sus inmensos senos y que se empezaban a conocer nuestros sexos, Ofelia empezó a convertirse en un monstruo lleno de los más extraños sonidos de dolor y de placer. Me gritaba que le hiciera el amor lo antes posible, que ya no aguantaba, que era urgente que la penetrara. Entre la desesperación y los efectos del alcohol me acordé de su hermano y le pregunté si no corríamos peligro de que llegara. No me contestó, ya no podía emitir ninguna palabra, su cuerpo se había vuelto una llama que absorbía todo con una angustia y una locura insaciables.

Esa primera noche no me confesó todo, sólo me dijo que se sentía apenada conmigo, que se había puesto así porque tenía mucho tiempo de no hacer el amor y que el tequila, la música y la forma como nos habíamos conocido la habían conducido a una excitación desbordada. Sin embargo, los siguientes días fueron iguales o peores,

esa famosa excitación desbordada no tenía nada que ver con el tiempo que llevaba de no tener sexo, ni con el tequila, la música ni la forma como nos habíamos conocido: padecía de furor uterino.

- Es como una maldición, como un fuego del infierno que me enloquece - me dijo una tarde después de haberme pedido, mientras íbamos a su casa en mi carro, que me estacionara y le hiciera el amor en plena avenida.

... y la oscura esperanza.

Y así fue durante todo el tiempo que salí con ese vampiro insaciable que me chupaba la sangre en cualquier rincón de la ciudad. Hicimos el amor en un elevador, en una banca del camellón de la avenida Alvaro Obregón muy cerca de Insurgentes, en la cocina de cualquier amiga que visitábamos, mientras las mandaba a comprar algún refresco, bajo algunos árboles de la ciudad universitaria donde a veces me acompañaba e infinidad de veces en el carro cuando me decía que me estacionara en los sitios más inesperados. No tenía límites, no tenía para cuándo parar.

Tuve que empezar a evitarla, a negarme cuando me hablaba por teléfono o cuando llegaba a tocar el timbre de mi casa porque ya no tenía tiempo ni para estudiar, ni para leer, ni para pensar siquiera en otra cosa que no fuera su sexo y la tierra movediza e hirviente en la que se convertía una vez que le besaba el cuello o le hablaba quedo al oído o le rozaba sin querer la pierna cerca del sitio donde guardaba el fuego eterno.

Al poco tiempo de dejarme recados con la figura roja de sus labios o con el olor de su sexo, se alejó. Ofelia desapareció de mi vida y volvió a aparecer varios meses después en un mal momento. Esa tarde había yo servido de rata de laboratorio como a quince estudiantes de odontología, a los que había llevado el doctor que tenía que sacarme las cuatro muelas del juicio: todas ellas estaban saliendo con la raíz hacia atrás y me estaban empujando la dentadura

hacia adelante. Cuando me abrieron la boca vi que una gran multitud de ojos se clavaban en ella y escuché que el doctor, maestro de todos en la universidad, les empezaba a dar una cátedra sobre mi caso. Así me tuvo hasta que se decidió a inyectarme la anestesia. Una vez que pensó que ésta ya había hecho efecto tomó un bisturi para abrir la carne que cubría una de las muelas, fue tan fuerte el grito que pegué que todos los ojos se abrieron más y se alejaron asustados. ¡No estaba anestesiado! El doctor, sin inmutarse, me dijo que abriera de nuevo la boca y mientras me inyectaba de nuevo les explicó el porqué de la falla.

No sé cuánto tiempo me tuvo con la boca abierta, a veces dejaba de trabajar para explicarles algunos otros casos parecidos al mío. Ya deseaba que dejara de hablar, de meter tantos instrumentos y de que desaparecieran todos esos rostros que se peleaban por verme, por estar lo más cerca posible de mi boca. Lo que llegué a hacer en un momento dado fue pagarles con la misma moneda, los convertí en objetos de mi observación. Les veía sus gestos de asco, de interés, de desagrado, de sabios que aprovechaban un instante de silencio del doctor para explicarles a sus compañeros cualquier cosa referente a mi dentadura. Hacer esto hizo que no me fuera tan tedioso y tan incómodo el tiempo que estuve sentado en la silla de las torturas.

Me di cuenta que el doctor estaba terminando por sus palabras y porque empezaron a desaparecer varios de los ojos que se me habían convertido en una alucinación espantosa.

En el momento que empezó a quitarme los fierros que me había puesto y me dijo que cerrara la boca sentí un alivio inmenso. Aún no tenía ningún dolor, sólo dormidos los labios, la lengua y cuatro huecos al final de mi dentadura.

Esa noche, cuando sonó el timbre de mi casa, estaba tirado en la cama con la cara hinchada y con un poco de fiebre. Parecía como si me hubieran quitado una parte de los huesos del cráneo. Escuché algunas voces y después se abrió la puerta de mi cuarto. En ese instante vi aparecer a Ofelia, estaba realmente bella y con una falda tan corta que hacía que sus maravillosas piernas me sirvieran para olvidarme del dolor.

... y la oscura esperanza.

- Veo que llego en muy mal momento. Me dijo la señora que trabaja contigo que te sacaron las muelas del juicio, así que haz de estar más loco que antes y eso me gusta.

Se empezó a reír, vino hacia mí y después de besarme una mejilla con mucho cuidado se sentó en la cama.

- Perdona mi visita, pero te he extrañado mucho. Y quiero confesarte que me llegué a enamorar de ti. Creo que no te imaginas todo lo que me hiciste pasar cuando empezaste a huir de mí.

No podía contestarle muy bien, no tenía deseos de abrir la boca.

- No hables si no puedes, o si no quieres, sólo deseo estar contigo un rato, me están esperando. Por tu culpa voy a cometer una tontería.

Se me acercó, me tocó la frente y me dijo que tenía algo de fiebre, que si deseaba que me trajera una pastilla. Le dije, como pude, que ya había tomado una.

- Entonces déjame darte un masaje.

Me quitó la camisa y empezó a pasar sus manos por mi espalda suavemente. Al poco rato escuché el primero de sus quejidos provocado por el dolor de sus ovarios y supe que no me perdonaría aún con todo y el dolor. Me dejó de dar masaje y cuando

levanté el rostro adolorido e hinchado me encontré con una Ofelia desnuda y deseosa de quitarme el pantalón y violarme. Y lo hizo. Me dijo que no me preocupara, que trataría de no tocarme las mejillas, pero olvidó su promesa. No daba crédito de que hasta deseara besarme en los labios y que yo le mordiera los senos. Me condujo a tanto desequilibrio que también me olvidé de todos los huecos de mi boca.

Quando pasó la tempestad me dijo que me amaba, que era una verdadera lástima que hubiese huido de ella.

- ¿Esta era la tontería que pensabas hacer? - le pregunté.

- Esta no es ninguna tontería. La tontería es otra. Pero antes quiero decirte que me hubiera gustado casarme contigo, sé que nos la hubieramos pasado muy bien juntos.

Vi que se le escurrian las lágrimas y que empezaba a vestirse como si no deseara hacerlo.

- Vine a despedirme, la persona que me está esperando se va a casar conmigo mañana en el puerto de Veracruz, allá voy a vivir. Antes de irnos le dije que tenía que despedirme de una gran amiga.

Dejó de llorar y empezó a reirse de su picardía.

- Perdóname de nuevo, pero es que no podía irme sin verte, de seguro esta será la última vez.

Me abrazó y comenzó a llorar. Lloró copiosamente. Me besó todo el cuerpo con desesperación, después la boca y se fue. Desapareció por completo. No sé si aún siga con esa pobre víctima que se casó con ella, de ser así ojalá haya sabido engañarlo tan bien como esa noche.



Antes de regresar al día en que recibí la segunda carta de Celia voy a contar la forma como conocí a una mujer que tenía un problema contrario al de Ofelia. Después de un año y medio de que ésta se fuera a Veracruz, entré a continuar mis estudios de inglés, idioma que ya hablaba bien pero que deseaba perfeccionar. Pasé por un examen para ver en qué nivel me podían colocar y al día siguiente ya estaba estudiando. Los grupos de estudiantes avanzados eran muy pequeños y nos la pasábamos casi todo el tiempo en conversaciones, lecturas y practicando la escritura. A un lado de mí se sentaba una joven "güera" como de unos 17 o 18 años. Los primeros días sólo nos decíamos buenas tardes y hasta luego. Durante una conversación de práctica me enteré que acababa de entrar a la universidad y que vivía por el mismo rumbo que yo. Le pregunté cómo se iba a su casa y me dijo que en autobús. Me ofrecí a llevarla y no se negó. A partir de esa tarde se iba conmigo. Las primeras veces sólo la llevaba y la dejaba sin más preámbulos que la plática superficial del camino. Sabía que tenía novio y yo, ya para entonces, me escribía sendas cartas de amor con una mujer que vivía lejos de la ciudad de México y que no era Celia.

Una de tantas tardes me invitó a su casa a tomar un café y platicar. Le acepté; no puedo negar que me gustaba. Sandra era menuda y bien formada, de pelo amarillo y largo hasta la cadera. Tenía unos ojos tan azules que si me la quedaba viendo fijamente me lloraban los míos. Esa tarde pasamos a la sala y mientras ella y yo platicábamos, sus hermanos más pequeños y unos amiguitos empezaron a correr por todas partes. Tenían entre doce y trece años. De pronto, frente a nosotros, uno de ellos quiso salir corriendo hacia el jardín trasero y dio un salto para librar unos escalones sin darse cuenta que la puerta de

vidrio estaba cerrada. Cuando Sandra dio el grito, el niño ya se había estrellado y caía de espaldas junto con una infinidad de pedazos de vidrio. Lo levantamos inmediatamente y lo llevamos al hospital porque no sólo estaba conmocionado, sino que tenía muchas cortadas por varias partes, una de ellas le atravesaba toda la frente, corría por la mejilla derecha y terminaba cerca de la fosa nasal. Le avisamos a sus padres y estuve con Sandra y su familia todo el tiempo que duró la curación. Cuando salimos ya era de noche. La invité a cenar y después la llevé a su casa. Y fue allí, antes de bajarse del carro, que me dijo que deseaba hacer el amor conmigo y fue allí, también, que me le negué por primera vez diciéndole que no podía, que amaba a otra mujer. Antes de despedirnos me dijo que lo pensara, que no iba a volver a decirme nada, que esperaría a que yo se lo pidiera. Y no cumplió con su palabra. Al día siguiente, mientras la llevaba de nuevo a su casa, volvió sobre lo mismo y volví a negarme. Esa vez recurrí al pretexto de su novio y me contestó que sí lo quería pero que no sentía nada con él cuando hacían el amor, que deseaba saber si era ella la que estaba mal o si su novio no sabía como darle placer. Aún me mantuve en mi negativa.

Sandra estaba realmente extrañada con mi actitud. No podía creer que no quisiera acostarme con ella. Una vez se bajó del carro, se dio la vuelta, caminó frente a mí, se mojó los labios con la lengua y me preguntó si no me gustaba su cuerpo. Le dije que sí, que no podía negar que era una tentación. En otra ocasión se subió el vestido hasta arriba para mostrarme sus no muy gruesas pero sí bien formadas piernas y me preguntó lo mismo. Le contesté que sí, que una de las causas por la que no quería hacerle el amor era porque temía enamorarme y ya no deseaba más líos.

- Te juro que sólo lo vamos a hacer una vez, ni a tu carro me vuelvo a subir para que no exista problema.

Le dije que no era necesario que nos alejáramos de esa forma, que era mejor olvidar lo de ir a la cama para seguir siendo buenos amigos.

- Eso es algo que tampoco deseo, que por un momento de placer se pierda una amistad - le dije.

- Yo perdería todo por sentir un instante de placer.

... y la oscura esperanza.

No niego que estaba muy extrañado de tanta insistencia de parte de ella, ya empezaba a sentir su actitud como un capricho y no como un deseo real.

Después de este incidente dejó de insistirme por uno o dos días. Una tarde que llegamos a su casa estaban como cuatro o cinco amigas de ella esperándola en la puerta. Se bajó del carro y me dijo que me bajara a conocer a sus compañeras de clase. Cuando me presentó me hizo pasar un momento realmente incómodo.

-He aquí - les dijo - al hombre que no se quiere acostar conmigo

Todas se rieron. Sentí que me hundía en la calle y deseé desaparecer en el aire. Sin embargo, creo que lo único que hice fue esbozar una sonrisa estúpida y quedarme paralizado sin decir nada.

- Y no parece homosexual - dijo una de ellas.

- ¡Claro que no lo es! - contestó Sandra -. Lo que pasa es que dice que está muy enamorado de la novia.

- ¿Y si te propusiéramos que te acostaras con todas? - dijo otra de sus amigas.

No pude soportar más burlas. Les dije que necesitaba irme, que me daba cuenta que sólo deseaban divertirse a costa mía, que estaba seguro que se habían puesto de acuerdo para hacerme pasar ese ridículo.

Cuando Sandra reaccionó ya estaba en el carro y fue muy tarde cuando empezó a gritar que la disculpara, que no deseaba que me fuera disgustado, que todo había sido un juego.

Al llegar a mi casa sonó el teléfono y me imaginé que era ella. Contesté y la escuché pidiéndome disculpas. Le pregunté si estaba sola y me dijo que sí, que todas sus amigas se habían ido.

- Voy a verte - le dije - necesito hablar contigo. Espero y tengas tiempo para salir.

Colgué sin esperar ninguna respuesta. Cuando llegué a su casa toqué a la puerta y escuché su carrera. Estaba nerviosa y preocupada.

- Si vienes a decirme que te deje de molestar o que ya no deseas volver a verme, te juro que te comprenderé. Creo que se me pasó la mano.

- No vengo a ninguna de esas dos cosas, viene a decirte que estoy decidido a pasarme toda la noche contigo.

Se quedó pasmada mirándome sin poder decir una palabra. Cerré la puerta, la agarré de la mano y la conduje al carro. Hasta ese momento fue que me dijo que no podía irse toda la noche, que tenía que avisar que iba a salir.

- Lo de menos es que hables por teléfono. No voy a dejar que regreses.

Pasé a comprar una botella de vino, la llevé a un hotel, pedí un cuarto y entramos.

- Ya no te veo tan decidida como hace unas horas.

- Sí estoy decidida, lo que no me gusta es la forma como lo estamos haciendo.

- Tú me orillaste a actuar así.

- Pero tengo que avisarle a mi mamá.

- Ya te dije que le puedes hablar por teléfono.
- ¿Y qué le voy a decir? Ella piensa que estoy en la calle platicando con alguien.
- Dile que ese alguien te invitó a cenar y que vas a llegar tarde, que no te dio tiempo de avisarle porque es mi cumpleaños y me estaban esperando mis padres en el restaurante.

Tomó el teléfono y le dijo a su madre exactamente lo que yo le había sugerido. Sandra tenía la gran ventaja de que el día siguiente era sábado y no tenía que ir a la escuela. Después de colgar la vi más relajada y me dijo que ahora sí estaba feliz por la forma como me la había raptado.

- Ojalá y tú sí me hagas sentir placer.

Fue en vano. Se desvistió y me dijo que primero tenía que admirarla para ver si realmente me gustaba. Empezó a caminar como modelo por todo el cuarto y encima de la cama. A pesar de ser delgada tenía un cuerpo muy bien formado. Me dijo que aún no me quitara la ropa, que ella misma lo haría. Y lo hizo con una destreza sorprendente. No le temblaron en ningún momento las manos ni las piernas. Después hice todo lo posible por hacerla temblar, por hacerla gemir de placer, por hacerla sentir la plenitud del acto amoroso y no pude lograr nada. Era un verdadero hielo. Sus movimientos no eran motivados por convulsiones de placer sino por una simple mecánica corporal. Nos pasamos mucho rato haciendo el amor y nunca pudo sentir el más mínimo vestigio de éxtasis.

- Sólo siento cuando me penetras - me dijo con un tono de tristeza - pero no me produce el más mínimo placer. Creo que estoy mal y sé cuál es la razón y por eso no acudo a ningún doctor, me da vergüenza tener que contárselo a alguien.

- Pero lo vas a tener que hacer, no puedes vivir toda tu vida

con esos bloques de hielo en tu cabeza y en tu sexo.

- Te juro que en mi cabeza lo que más deseo es sentir placer, pero en el momento algo sucede dentro de mí que me hace cerrar toda posibilidad de sentirlo.

- Platicame qué fue lo que te sucedió, Sandra, tienes que confiar en alguien. Es probable que necesites sacarlo para que puedas liberarte. No vayas con ningún doctor si no lo deseas, pero tienes que platicarlo, no puedes vivir de esta manera todo el tiempo.

- Lo he intentado infinidad de veces, se lo he querido platicar a mi mejor amiga, a un primo al que quiero mucho, a mi novio y a veces hasta a mi mamá y no he podido. Me pasa lo mismo que con el sexo, me quedó en blanco y la lengua no me responde.

- ¿Has intentado contarle cuando estás tomada?

- Nunca he tomado, tengo miedo.

- Voy a descorchar la botella de vino.

- Creo que no es muy buena idea.

- Te van a caer muy bien algunas copas.

- Tengo miedo.

- No te preocupes, yo creo profundamente en que los encuentros no son ocasionales, las personas se conocen por algo, nada es azaroso.

- Yo creo lo mismo.

- Entonces hay que descorchar la botella, estoy seguro de que no nos conocimos sólo para estudiar juntos el inglés o para que te llevara todos los días a tu casa, debe de haber algo más que eso, te propongo que tratemos de descubrirlo. Intenta tomar una o dos copas, es todo lo que te pido.

- Está bien, pero se me hace que vamos a cometer una locura. De hecho ya debería de estar en mi casa.

- Ya te dije que vamos a estar toda la noche juntos, no va a pasar nada cuando llegues a tu casa. Habrán algunas preguntas a las que tendrás que contestar y eso será todo.

Levanté el teléfono y pregunté en la recepción si tenían un sacacorchos. Cuando me lo trajeron abrí la botella y le servi una copa a Sandra. Estuvo varios minutos contemplándola sin atreverse a tomar un trago. No la forcé, le dije que no tomaría nada hasta que brindáramos juntos. Levanté la copa y ella hizo lentamente lo mismo, me quedó mirando y me dijo que tenía pavor, que si le pasaba algo tratara de cuidarla, que se sentía desamparada, como en los sueños donde se soñaba corriendo desnuda por las calles. Esta vez también quería abrir los ojos, también deseaba ver la luz del sol en sus cortinas. Tomamos, le encantó el vino y me dijo que le sirviera otra copa.

- No te imaginas la cantidad de veces que me habían ofrecido vino y nunca había aceptado, no sé qué me pasa hoy. Tú tienes la culpa.

Brindó de nuevo y se la tomó. Y así una tercera y una cuarta. Al poco rato estaba llorando en mis brazos desconsoladamente.

- No puedo, te juro que no puedo decir nada, estoy haciendo un esfuerzo y no puedo, la imagen de mi tío se me atraviesa y me tapa todo, no puedo ver nada, sólo escucho mis gritos y su cuerpo sobre del mío... siento que me ahoga, me estoy asfixiando, me tiene tapada la boca, ya no me deja gritar, siento algo entre mis piernas, me duele, me duele mucho, ya no aguanto, deseo salir, irme de aquí, golpear las paredes, me escurre sangre por las piernas, me siento sola, no hay nadie, mi madre se ha ido, mi padre está muerto... estoy sola, estoy sola, ya no puedo, ya no me des vino, voy a vomitar, llévame a un lugar para que vomite, no permitas que me pase algo, cuidame...

La llevé al baño y la dejé que vomitara, me sentía desgraciado y satisfecho, Sandra había desatado el nudo, este podía ser el comienzo de su liberación. "¡Bendito vino!" le dije mientras le limpiaba la cara y la cargaba hacia la cama. La vi sonreír con cierta vergüenza.

- ¿Cómo te sientes?
- Con ganas de no volver a tomar nunca más.
- Olvidate del vino, ¿cómo te sientes después de haberme contado lo que te pasó?
- Mejor, pero de ahora en adelante me va a dar mucha pena verte.
- Tú no tuviste la culpa, eso debes de comprenderlo muy bien.
- Posiblemente sí la tuve porque yo adoraba a ese tío.
- Pero era el amor de una niña.
- Sí... de una niña.

Cerró los ojos y se durmió. Al poco rato yo hice lo mismo. Cuando los abrí ya no estaba por ninguna parte. Al llegar a mi casa le hablé por teléfono. Lo primero que hizo fue disculparse por haber tomado dinero mio para el taxi y después me dio las gracias por lo que había hecho por ella. Me confesó que se sentía mejor, que algo se le había aligerado en el recuerdo, que ya no le pesaba tanto.

- Después te cuento si ya puedo sentir placer, voy a terminar con mi novio. Quiero estar sola por un tiempo, creo que también voy a dejar el inglés. No trates de buscarme, yo te llamo.

Le hice caso y nunca más volví a saber de Sandra.



Como ya dije, leí varias veces la segunda carta de Celia. La había recibido un día después de que Ofelia se equivocara de número telefónico y en ella podía darme cuenta de que ya estaba haciéndose a la idea de quedarse más tiempo del que pensaba. Me escribía, además de sus visitas a algunos kibuz y de sus amigas, de los bailes judíos que había aprendido, de la sinagoga a la que asistía con su tía y sus primos y

de que cada vez olvidaba más la psicología, "quiero contarte que ahora estoy tomando algunos cursos de publicidad y diseño artístico, creo que al fin he encontrado lo que me gusta, es extraño que haya tenido que viajar tan lejos para descubrir mi vocación. Mi primo me ayuda mucho, él está considerado entre los mejores publicistas de Tel Aviv. No te imaginas la cantidad de trabajo que tenemos. Ya he ahorrado lo suficiente para ir a viajar en unas cuantas semanas; tengo ganas de conocer Turquía y la India. Ojalá y estuvieras aquí, sé que te encantaría. ¿Cómo van tus loquitos? ¿Aún sigue molestándote el alemán?. Escribe pronto, no te imaginas con qué desesperación espero tus cartas".

Y sí, aún continuaba molestándome el alemán Wolfgang y aún seguía tras de mí el policía. Le contesté la carta al día siguiente, después de haber estado de nuevo con Ofelia. No me sentía bien, escribía y las palabras se me negaban, había perdido la frescura de las anteriores. Cada vez que escribía su nombre se me aparecía el rostro de Ofelia y tenía que dejar la pluma. Tardé en terminar la carta, la releí y no me gustó el tono. La hice de nuevo y tampoco me convenció, aún la tercera no terminó de convencerme pero fue la que puse en el correo. Después de hacerlo me arrepentí, regresé, quise pedirla y no pude. Traté de recordar todo lo escrito para ver si no había algo que me delatara o que me hiciera quedar mal con ella y no encontré nada, lo único que podía delatarme un poco era que le decía que me sentía muy solo y que me había hecho de algunos nuevos amigos y amigas. Pensé que ojalá y no mal interpretara esto último. Al salir del correo me encontré con mi infalible compañero policía y me dijo que ya estaba enterado que tenía una nueva distracción, que no me estaba quieto.

- Lo que debe hacer es casarse y dejar de andar de veleta.

¿Qué tal estuvo anoche?

- ¿Para qué lo quiere saber?

- Simple curiosidad.

- ¿Hacia dónde va ahora?
- Sígame, siempre lo ha hecho sin necesidad de preguntarme.
- Tiene razón, es casi hora de su clase de ruso. ¿Cómo le va con el alemán?
- Usted lo sabe mejor que yo.
- Veo que insiste en creer que yo tengo algo que ver con él y no es así, sólo lo he visto cuando salen de la escuela y se van juntos.
- Perdón, pero tengo que irme.

Lo dejé ahí parado y al poco rato ya iba tras de mí en su carro negro. No fui al ruso sino a visitar a Ofelia. No tenía remedio.

Sin embargo, continuaba pensando en la carta. En ella le decía a Celia que le deseaba lo mejor en su viaje, que me enviara postales de los lugares que visitara y que iría en unos días a visitar a mis padres a Montecristo. Que deseaba verlos. Le dije lo mismo a Ofelia y me dijo que le encantaría acompañarme, que no conocía nada del sudeste, pero que le era urgente encontrar trabajo, pues ya se le estaban agotando sus ahorros y no quería ser una carga para su hermano.

Pedí permiso en el manicomio, avisé en el ruso, al que ya había regresado, le dije a algunos de mis maestros que iba a ausentarme algunos días y en ningún sitio tuve problemas. En la facultad sólo me faltaban unas cuantas materias para terminar la carrera; de hecho casi no asistía a la escuela, me dejaban algunos trabajos, los hacía y los entregaba. Iba los días de exámenes y cuando tenía que exponer algún tema. Por esos días no iba a haber nada de esto. Así que tenía todo para irme. El único que me preocupaba era el policía, temía llevarlo de compañía. Como me seguía a todas partes obviamente me preguntó, al verme subir mi

maleta al carro, adónde pensaba viajar. Le dije que a mi pueblo y me contestó que no debería salir, que aún no quería comprender que estaba bajo estricta vigilancia.

- Entonces tendrá que viajar conmigo -le dije.
- No creo que sea necesario, pero yo le aconsejaría que no salga.
- Lo siento, pero tengo que ir.
- ¿Por cuántos días?
- No sé, pero creo que sólo por una semana.
- Está bien, aquí le espero.
- ¿No va a vigilarme?
- No será necesario.

Se me hizo muy extraña su actitud pero traté de no darle mucha importancia. Le había prometido a Celia que le escribiría una carta sentado a la orilla del Usumacinta, contemplando la grandeza del crepúsculo y entre la algarabía de las aves que buscan acomodo entre las ramas de los mangos, de las almendros y de los sauces para pasar la noche. Mientras lo hacía tuve una de las apariciones más espantosas e inesperadas que he tenido en mi vida. De pronto me tocaron el hombro y al volver mi rostro me encontré con la sonrisa de Wolfgang.

- Hola, pregunté por ti en el ruso y me dijeron que te habías ido a tu pueblo. En ese momento me dije, voy a visitarlo y aquí estoy, espero que te dé gusto verme.

No dije nada, sabía que esto último era de la más fina y descarada ironía. Ahora entendía por qué el policía me había dicho que no era necesario que él viniera y aclaré mi duda: si había una conexión entre los dos. Wolfgang no había averiguando en el instituto hacia donde había ido, ahí los únicos que sabían eran mi amigo Miguel y mi maestro; ninguno le hubiera dicho nada.

- Mira, no vine solo.

Vi hacia una camioneta que estaba estacionada exactamente frente a nosotros y descubrí dos rostros adentro de ella.

- Son mi esposa y mi hija, las invité a viajar conmigo para que conocieran esta parte de México.

Hasta ese momento fue que me resigné a decirle algo.

- Me imagino que las dos son alemanas.

- No, mi esposa es española y mi hija nació en Venezuela.

Guardó silencio por un rato y después me dijo que era un lugar muy bello, que él había pasado buena parte de su infancia cerca del río Rin, que todos los ríos le traían grandes recuerdos y mucha nostalgia. Se quedó contemplando por unos instantes el río y el incendio del sol detrás de las dos islas que están enfrente de Montecristo.

- ¿Y cómo me encontraste?

- Fui a la casa de tus padres y me dijeron que estabas aquí.

- ¿Y cómo llegaste a la casa de ellos?

- Preguntando, es un pueblo pequeño y por lo que me cuenta tu familia es bastante conocida. Y si me preguntas cómo supe que eras de aquí te recordaré que tú mismo me lo dijiste.

- Sí, lo recuerdo.

- Veo que no te da mucho gusto verme.

Cambié la plática y le pregunté si ya tenía donde hospedarse y me dijo que sí, que había sido lo primero que habían hecho.

- Ven, te voy a presentar a mi esposa y a mi hija.

Estaba muy extrañado del tono como me trataba, no era el mismo violento del instituto de ruso. Sin embargo, tenía que estar alerta y ser muy cuidadoso para no meter en ningún

problema a mis padres. Esther, su esposa, era una española muy guapa y agradable y su hijita, Dulce, era una rubia como de unos seis o siete años a la que le tomé cariño en esos días. Los llevé a la casa de mis padres y nos quedamos platicando con ellos hasta después de la cena. Hubo un momento en que salí a comprar algo para mi madre y Wolfgang me dijo que me acompañaba. Me acababan de regalar un llavero de madera con la hoz y el martillo, símbolo de la bandera comunista y lo traía colgado en el espejo retrovisor. Cuando lo descubrió se lo quedó observando, me miró de reojo y lo arrancó con violencia. Le pregunté por qué lo había hecho y lo que hizo fue darme un gran golpe en el brazo y decirme que no quería ver de nuevo esa estupidez colgada en mi carro. Me detuve un rato por el dolor del golpe y él se dedicó a tratar de romper ese símbolo con las manos. Como no podía le clavó los dientes hasta partirlo.

- Si no te golpeo más es por tus padres, pero es lo que mereces. No te imaginas lo furioso que me ponen todas estas cosas. Este es un símbolo que detesto, cada vez que lo veo me saca de mis cabales. No sé cómo te atreves a estar de acuerdo con ideas de ese tipo. Espera, no arranques todavía, necesito calmarme.

Se bajó del carro y le dio como dos o tres golpes a una pared, después lo vi respirar profundo y entrar de nuevo.

- Esos eran para ti, te los merecías. Si vuelvo a verte otro símbolo comunista te acabo; te juro que te rompo la nariz o te saco algunos dientes.

- ¿Sabe tu esposa que me andas siguiendo? ¿Sabe a qué te dedicas?

- Eso es algo que no te importa.

- Veo a tu hija y se me hace increíble que con tan bonita familia estés dedicado a torturar.

- Mejor arranca y vamos a donde tienes que ir, soy capaz de demostrarte hasta donde puede llegar mi deseo de torturarte. No sé qué se te hace increíble de mi persona si aún no me conoces.

- Espero y no cometas una torpeza frente a mis padres.

- Te repito que no me conoces. Todo depende de ti. Si llego a saber que andas metido en algo aquí en tu pueblo te va a ir muy mal.

- Si sólo viniste a eso estás perdiendo tu tiempo, vas a aburrirte.

- No lo creo, mañana me vas a acompañar a Palenque.

- No puedo.

- No te estoy preguntando, dije que vas.

Cuando regresamos a la casa de mis padres lo primero que le dijo a su esposa fue que yo estaba muy contento de acompañarlos a conocer las ruinas mayas.

- Es un lugar muy bello. Lléalos a que conozcan las cascadas para que se bañen un rato - dijo mi padre mientras cenábamos.

Ya no pude decir nada, Esther estaba emocionada y agradecía mi amabilidad.

- Siempre he escuchado hablar de los mayas, en España lei como dos libros sobre ellos y tengo un tío que vino a México cuando era niña y nos contaba historias maravillosas sobre los centros ceremoniales que había conocido. Ya conocí Tenochtitlan y acabo de estar hace unos días en Xochicalco, son sitios realmente mágicos. Los amigos que iban conmigo me hablaron de Palenque y de Chichén Itzá. Nunca pensé venir tan pronto.

- ¿Piensan ir hacia Yucatán? - le pregunté.

- Todo depende - contestó con cierta sequedad Wolfgang.

- ¿De qué depende?. Tú me dijiste que iríamos - le dijo ella.

- Y trataré de cumplir mi palabra. Después hablamos.

Veía a Esther y a la niña y no me las imaginaba viviendo con un nazi tan detestable como Wolfgang. De seguro llevaba doble vida y le hacía creer a la esposa que sólo se dedicaba a trabajar en la venta de maquinaria pesada. Esto le dijo a mis padres cuando le preguntaron por qué estaba en México.

... y la oscura esperanza.



Al día siguiente llegaron a desayunar muy temprano y después nos fuimos a Palenque. Aún no le había dicho a mis padres a qué se dedicaba y por qué estaba en Montecristo. No quise preocuparlos, se los dije un poco más tarde y se sorprendieron. Durante el paseo Wolfgang se convirtió en un padre amoroso y en un marido complaciente. Esther estaba feliz de que hubiese hecho amistad conmigo.

- Por lo general él sólo trata con puros técnicos, ojalá y cuando regreses a México puedas ir a la casa a cenar o a comer, nos daría mucho gusto que nos visitaras.

Es obvio que nunca fui. Los tres días que estuvieron en Montecristo fueron muy incómodos para mí, no pude estar a gusto, no pude disfrutar de unos días de descanso. Wolfgang no se me separó ni un sólo instante. Tuve que terminar la carta a Celia cuando se fueron a Yucatán. Fui de nuevo a la orilla del río a la hora del crepúsculo y continúe escribiendo donde me había quedado cuando fui interrumpido. Le escribí, además, sobre los detalles de tan inesperada visita. En una parte de la carta le dije "Hoy se fueron, no te imaginas lo bien que me siento sin nadie que me siga, uno va rumbo a Chichén Itzá y el otro está en México paseando de seguro en su triciclo. Ya sólo me quedan dos días. No me sirvió de mucho haber venido, la visita de

Wolfgang fue atroz, aún tengo un gran círculo morado en el brazo y en la pierna derecha, ésta me la golpeó en Palenque mientras subíamos a uno de los templos. Su esposa y su hija iban adelante de nosotros y de pronto sentí el golpe, me quejé y Esther me preguntó qué me pasaba, él se me adelantó y le dije que no aguantaba, que me había sentado porque ya no podía continuar subiendo. Ella contestó que me esperaban arriba, que no quería detenerse porque iba a ser peor. Me dejaron allí sentado; fue un golpe bastante fuerte el que me dio, aún me duele un poco la pierna.

Te estoy escribiendo frente a la casa donde nací, está muy abandonada, ahora sirve de oficina y hay en ella una bodega de alimentos para vacas; cuando regreses te voy a invitar a que conozcas Montecristo, sé que te va a gustar mi pueblo. Este es el sitio de mi infancia, estos fueron los primeros paisajes que llegaron a mis ojos, aquí vi por primera vez la tierra y sus frutos.

Me da mucha flojera tener que regresar a México, no tanto por el manicomio o por la escuela, sino porque tengo que seguir soportando al policía y a Wolfgang. En este momento me siento muy bien, el hecho de no tener a nadie observándome me da un poco de libertad, tenía mucho tiempo que no la sentía. Aunque parezca mentira me han creado un estado paranoico muy fuerte. El rostro del policía ha penetrado mis sueños y era algo que no deseaba.

En fin, lo importante es que estoy cumpliendo con la promesa de escribirte a la orilla del Usumacinta y en pleno crepúsculo."

La terminé y esperé al día siguiente para mandarla. Aún tuve tiempo de leerla y releerla y agregarle cosas. Se me había olvidado decirle, por ejemplo, que me enviara algunos libros de

escritores de Israel, que era posible que se pudieran conseguir algunas traducciones al inglés o al francés, que deseaba conocer tanto a los viejos como a los nuevos.



Regresé a la ciudad de México y a la rutina. El manicomio, algunos trabajos de la escuela y Ofelia ocupaban parte de mi tiempo. Me dediqué por varios días a diseñar y a elaborar unos libreros de madera. Compré todos los utensilios necesarios de carpintería. Después de terminados los coloqué en mi cuarto y pude acomodar bien parte de mi biblioteca y mi aparato de música. Empecé a dar clases de historia de México en una preparatoria y continuaba ayudando en la biblioteca del instituto de ruso. Esto me convenía porque ésta estaba atrás de la librería y llegué a tener muy buena amistad con la encargada de esta última. Cuando llegaban libros me avisaba y abríamos las cajas. Es obvio que me quedaba con varios de ellos.

Extrañaba mucho a Celia, cada vez que entraba al manicomio y veía al anciano que nos habían llevado el primer día me acordaba de la expresión de su rostro cuando lo vimos entrar al pequeño cuarto y no podía evitar sonreír. Nunca más volví a tratar con él, pero lo observaba pasarse horas y horas sentado en un rincón tratando de alejar las alucinaciones con las manos y hablando solo con su voz cavernosa. Cada vez que lo veía recordaba las partes de su vida que me había leído Celia frente a él. Me parecía increíble que un hombre tuviera que venir a la vida a pasársela espantando alucinaciones. Además de acarrer con la culpa de la muerte de su madre a la hora de su nacimiento, después la de su padre alcohólico y la de sus compañeros de clases que se burlaban cuando empezaba

... y la oscura esperanza.

a entrar a la paranoia. Casi a la edad en que se le aparecen a uno los primeros amores lo internaron en el primer hospital y ya no volvió a salir nunca más de ellos. Debo confesar que me parecía absurdo que Dios enviara a una criatura a padecer tanto y a vivir como muerto. Si todo esto era un juego como me decía Celia, la parte que le había tocado a ese pobre hombre la tenían que haber inventado en el fondo del infierno. A él le había tocado jugar a las escondidas y se había quedado escondido sin ser encontrado nunca. Era casi seguro que no había sentido en su "vida" una caricia, ni el más mínimo roce de unos labios en su piel. Pero también es probable que se haya llegado a enamorar de alguna de sus compañeras de escuela y ese rostro aún se asome de vez en cuando entre las imágenes que lo asaltan y sea una luz en su oscuridad.

Con el que platicaba mucho, sobre todo cuando estaba lúcido, era con el ingeniero que sabía poemas de memoria y que los declamaba por todas partes. A veces se me acercaba y me decía que no fuera a contarle a nadie, pero que él era uno de los que habían cambiado al mundo, que por él los hombres podían vivir en igualdad, que no importaba que lo hubieran encerrado.

- Logré lo que quería, derribé a los que gobernaban las sociedades del mal. Yo crucé las ciudades del mundo para llevar a sus calles al nuevo habitante de sus casas. Cuéntame si me recuerdan, si saben que fui su salvador.

Tenia que ponerme a inventarle que salía casi todos los días en las noticias, que su fotografía estaba pegada en las plazas más importantes de las todas las ciudades.

- Lo sé, pero aquí no me creen, me niegan todo. Nunca permitieron que yo contemplara mi obra. Cuando mis enemigos supieron

que me habían traído a vivir a esta fortaleza se pusieron de acuerdo para no dejarme salir y la llenaron con toda la podredumbre que yo le había quitado al mundo. Desean que los padezca todos los días. Pero no importa, siempre paso ante ellos declamando mis poemas y con la frente en alto. ¿Murieron muchos?

- ¿Adónde? - le pregunté.

- Cuando los hice caer.

- Todos los malos cayeron al suelo.

- Sí, pero se salvaron los que me trajeron a la fortaleza.

- Son los únicos que quedan.

- ¿Y por qué no los derriban y me sacan de aquí?

- Para que los hombres nuevos sepan que fue a seres como ellos a los que derribaste.

- Ahora entiendo, los tienen como ejemplo de lo malo.

- Sí.

- Pero aún tienen poder.

- No, ya no tienen ninguno.

- Entonces, ¿por qué no me sacan los que me admiran?

- Porque te has convertido en un mito, en un ídolo y prefieren que las nuevas generaciones te recuerden así.

- ¿Les han dicho a los niños que estoy muerto?

- No.

- ¿Entonces?

Cuando la plática llegaba a este punto no sabía qué seguirle inventando, su locura iba más allá de mis posibilidades. Sin embargo, le tenía que decir que todos los niños lo consideraban como un dios y a éstos no se les puede ver. Sonreía y empezaba a declamar de pie con el rostro levantado. También me metía en problemas cuando me preguntaba por qué había yo entrado a ese sitio.

- ¿De qué lado estás?
- Del de los buenos.
- ¿Y qué haces aquí? En este sitio sólo se visten de blanco los torturadores, los aliados del poder.
- Me enviaron a salvar a esos pobres muchachos - le decía señalándole a los pacientes que estaba tratando.
- Ellos no habían nacido cuando cambié el mundo, ya nacieron en el nuevo.
- Sí, ellos ya nacieron en el mundo que tú dejaste allá afuera.
- ¿Y por qué están aquí? ¿Por qué no son felices? ¿Acaso hay jóvenes que se rebelan a vivir bien?
- No, creo que ellos ya llegaron mal a tu mundo.
- O sea que salieron mal de la fábrica.
- Así es.

Aunque tenía como cuatro o cinco años de estar encerrado, había perdido (o le habían hecho perder) la noción del tiempo. Un día nos sentamos en el jardín y me platicó la forma como lo habían agarrado los malos después de que el Diabolo les había tirado de balazos a ellos desde lo alto.

- Hubieras visto la forma como cayeron los que me acompañaron a salvar el mundo, creo que fui el único que quedó vivo en aquellas calles y en la plaza. Fui el único porque era el más grande, el líder que los llevó a morir por el nuevo hombre. A mí me agarraron de pie y contemplando el horizonte de muertos de los que emanaba la sangre de la libertad. Allí fue donde comprendí mi misión, por eso no me doblegué ante los golpes, ni frente a las luces en mi rostro, ni con los cigarros apagados en mi piel, ni con las descargas eléctricas, ni con las agujas en mis uñas y ni con otros martirios que soporté como los verdaderos héroes.

Después de decir estas últimas palabras me declamó un poema heroico. Realmente quedé sorprendido. Hablaba perfectamente el inglés y descubri que sabia varios poemas en ese idioma.

Un día entré al manicomio y lo encontré abrazado de un árbol. A medida que me iba acercando empecé a escuchar que le hablaba. Le decía, hasta donde puedo recordar, que por su savia circulaban los espíritus de los niños muertos, de los ángeles caídos, de las hadas que habían sucumbido ante el estallido de las balas.

"Aquí tienes guardada toda esa energía, siento cómo se mete por mi cuerpo, cómo tus venas se unen a las mías y circulamos juntos; escucho el grito de terror de los niños, el canto moribundo de los ángeles, el vuelo desplomado de las hadas. Adentro de mí las raíces, adentro de mí tu tronco, adentro de mí tus hojas, adentro de mí tus flores y tus frutos. Eres el sueño de la tierra, el espejismo del desierto, la voz del viento que se mete por mi boca y canta conmigo. Luz de luna sobre tus párpados de hojas, luz de sol sobre tus huesos de ramas, luz de Dios sobre tus ojos de flores. Rancio el lodo, dulce el rocío que escurre por tu piel, salado el llanto que emana desde el fondo de tu cuerpo y me convulsiona hasta que tu fantasma y mi fantasma se unen y flotan por las calles de las ciudades que viven en la alegría de mi imagen".

Después lo vi guardar silencio, soltar el árbol y volverse hacia mí con mucha lentitud.

- Ya sabia que estabas aquí, escuché tus pasos por el pasto, sentí el correr de tu sangre, la entrada del aire a tus fosas, el silencio de tus palabras. Ven, siéntate conmigo al pie de este árbol, quiero preguntarte algo antes de que te vayas con esos seres que nacieron mal y que no han podido disfrutar del mundo que le dejé a los hombres.

Me senté a su lado, estaba más excitado que las otras veces. No paraba de hablar, de moverse, de levantar el rostro y quedarse viendo al sol de frente sin parpadear.

- ¿Has leído a San Francisco de Asís?

- Sí, sus "Florecillas" - le contesté.

- ¿Y nada más?

- También he leído algunos libros sobre su vida.

- ¿Y nada más?

- Creo que sí.

- Has leído muy poco, a él se le puede leer en todas partes.

¡Mira! - me gritó señalándome al sol - no sé si alcanzas a ver su rostro, está lleno de luz. ¿Lo ves?

No pude decirle que no, le dije que lo veía con mucha claridad.

- Eso quiere decir que eres de los elegidos, no cualquiera puede verlo. Ahora entiendo cuál es tu misión en la fortaleza. Tienes que cumplirla, no permitas que nadie te detenga. Espero que ya te hayas dado cuenta que este mundo es distinto al que creé afuera, aquí estamos rodeados de los malos, aquí tiraron todo lo que no servía. Los únicos que lo sabemos somos tú y yo, nunca te atrevas a decirles algo, no entenderían, su cerebro aún funciona con el fluido anterior, en ellos no cambió nada. ¿De quién hablábamos?

- De San Francisco de Asís.

- Es cierto, ayer vino a visitarme, me dijo que soy su hermano Jerónimo. Me abrazó y después lo vi entrar al aire y desaparecer.

- ¿Viene a visitarte muy seguido?

- Sí, a veces no sólo me visita sino también me pide prestado el cuerpo, le digo que sí y entonces lo veo entrar en mí. En ese momento dejo de ser yo y soy San Francisco de Asís. Lo primero que hace es verse en un pequeño espejo que me regalaron y me saluda "hola hermano

Jerónimo, soy tú mismo” y después sale a bendecir a todos estos perdidos. Les da sermones acerca de la pobreza y el amor infinito de Dios. Les habla de la hermandad de todas las cosas y de muchas más que tienen que ver con la pasión: ese fuego interno que nos conduce a la locura. Yo lo escucho sin orejas desde el fondo de él mismo y sonrío sin labios. Siempre que entra a mí siento que se purifica mi alma, que mi corazón se agranda hasta convertirse en un océano que toca a todos y que mi mente tiene dentro de ella todos los planetas, todas las estrellas, las constelaciones, el cielo entero, el universo entero, el paraíso y el infierno. Ése es San Francisco de Asís, ése es Jerónimo el héroe convertido en santo.

Nunca me tocó verlo poseído de esta forma, le tenía dicho a un psiquiatra, con el que hice cierta amistad, que cuando sucediera me avisara y nunca lo hizo. Mientras estuve allí le sucedió varias veces pero no me avisaba o era poseído los fines de semana que no iba. Me hubiera gustado verlo y escucharlo, no por simple curiosidad sino por verdadero interés.

Un día que salía del manicomio se me acercó a preguntarme si deseaba ser bendecido, le pregunté si era San Francisco y me dijo que no, pero que él tenía poco de haberse ido y aún le quedaba algo del santo fluido. Me hizo ponerme de rodillas, me puso una mano en la cabeza y empezó a rezar en silencio. No sé si fue sugestión o una transferencia de su locura pero en el instante que me tocó la cabeza me invadió una paz inmensa y sentí, al mismo tiempo, que un rayo de luz recorría todo mi cuerpo. Cuando terminó me quedé un rato hincado y mirándole a los ojos. Me preguntó “¿Te sientes bien?” y no pude contestarle. No sólo me sentía bien sino integrado. Contemplé a un grupo de locos que nos estaba observando y los vi distintos a las otras veces,

sentí que ellos ya sabían. Pensé que su locura consistía en haber sido tocados por la pasión franciscana. Tuve deseos de llorar y me contuve. Sin embargo, alcancé a escuchar el rumor del gemido que venía rodando dentro de mí hasta mis labios. Me fue imposible detener las lágrimas y las dejé escurrir por mi rostro. Jerónimo me las secó y empezó a decir un párrafo de las Florecillas de San Francisco. En el fondo estaba temblando, tenía terror de que estuviera entrando a la locura y recordé las palabras que nos había dicho el director a Celia y a mí el primer día: “ojalá y salgan cuerdos de este sitio, he visto llegar a muchos estudiantes de la universidad con los ojos limpios y al retirarse, después de un tiempo de trabajo, ya los llevan turbios y tristes”.

Me incorporé y le di las gracias a Jerónimo. Él me quedó mirando y me dijo que era una lástima que detuviera el fluido, que lo único que tenía que hacer era perderle miedo al vértigo, al abismo profundo que me separaba de Dios. Me dio la espalda y lo vi retirarse. Pasé entre el grupo de locos que nos había estado contemplando y todos me tocaron como si tocaran a un santo. A partir de ese día me saludaban de manera diferente, me aceptaban como uno más de ellos y me sentía bien a pesar del miedo inevitable que se asomaba en mis ojos.

Al salir del manicomio se me acercó el policía y me dijo que me invitaba a comer. Sus palabras me sonaron muy extrañas, tanto, que no pude contestarle inmediatamente. Sentía que todo me llegaba de lejos, como si estuviera en otro mundo.

- Se me hace que ya le está afectando estar en este sitio, como que anda medio perdido. ¿Se metió alguna droga?

Me quedé parado por un rato y después pude por fin decirle que no estaba drogado, que mejor no le decía nada.

- ¿Ya se enamoró de ese monumento de mujer con el que anda?

- No, es otra cosa más que no puedo explicarle.

- Le va a parecer muy extraño lo que le voy a decir, de hecho creo que nadie creería que esto sucediera entre dos personas como nosotros.

Me le quedé mirando y en eso me dijo que me invitaba a comer.

Le contesté que si era otra de sus jugadas prefería no aceptar su invitación.

- No voy a obligarlo a que me acompañe, pero hoy es mi último día.

- ¿Se va a matar?

Sonrió y me dijo que no, que había cometido demasiadas cosas espantosas en la vida pero que no pensaba matarse nunca.

- Lo que le quiero decir es que ya no voy a tener que vigilarle.

No es que ya se haya usted compuesto, sino que he pasado información diciendo que así ha sucedido.

- ¿Por qué hizo eso?

- Porque me he dado cuenta todo este tiempo que es usted inofensivo, que anda metido en todas esas tonterías del comunismo pero que no le hace daño a nadie. ¿Me acepta la comida?

Tuve que decirle que sí. Dejamos mi carro estacionado en el hospital y nos fuimos. Me preguntó qué deseaba comer y le dije que lo que él deseara, que comía de todo. Le pregunté si el alemán también iba a dejar de molestarme y me contestó que no sabía.

- Ya ve como sí estaban ustedes relacionados.

- Sí lo estamos, pero no dependemos de la misma oficina, ése es otra cosa. Es casi seguro que después del informe que pasé ya le deje de molestar.

- ¿No está usted haciendo mal con invitarme a comer? Podrían verle.

- Podría inventar que le estoy haciendo la última interrogación.

- ¿Siempre hace esto con su víctima el último día?

- No, esta es la primera vez que lo hago. Aunque no lo crea con los otros fue totalmente distinto, no recuerdo bien pero creo que usted ha sido el único que no ha terminado encerrado o desaparecido. ¿Ya se dio cuenta que le estoy permitiendo hacerme preguntas? .

- Sí, y no crea que no me hace pensar que es una táctica suya.

Llegamos a un restaurante de comida típica mexicana, pidió una mesa del fondo y nos sentamos. Una vez allí le dije que si podía seguir preguntándole.

- Sí, pero no voy a contestar a todo. ¿Qué quiere tomar?

Pedimos dos tequilas.

- Este es mi día de descanso, así que voy a tomarme varios.

- Y si es su día de descanso por qué no se fue con su familia.

- Por dos cosas, una porque ya le dije que hoy es mi último día, o mejor dicho fue ayer, hoy ya no le vigilo.

- ¿Y cuál es la segunda?

- La segunda es que...

Se quedó callado por un rato, se llevó la copa de tequila a la boca y se la tomó de un solo trago.

- La segunda es que no tengo familia.

- ¿Y el triciclo y las otras cosas de niño que he visto en el jardín de su casa?

- Las compré para mí. Nunca he estado casado.

- No entiendo nada.

- Es muy sencillo, me gusta hacerme a la idea de que hay un niño en casa para no sentirme tan solo. A veces juego como si jugara con ese niño. Las ocasiones que me vio en el triciclo no iba solo, él iba parado atrás de mí agarrándome los hombros.

- Está usted realmente loco.

- No más que usted, no me puede negar que tiene sus locuras.

Hoy le vi bastante perdido, y no crea que se le ha quitado del todo, aún tiene la mirada en otra parte.

Era cierto, no podía quitarme de encima la imagen de Jerónimo y la sensación que me había dejado. No podía creer que me hubiera transmitido esa energía que me condujo por instantes a identificarme tan profundamente con todos los locos. Lo más extraño era que ellos se hubieran dado cuenta.

- ¿En qué piensa? - me preguntó golpeando su copa con la mía.

- En nada en especial.

- Yo creo que sí es algo especial, se le ve.

- Es que... no, olvídelo. Mejor platíqueme de usted. A mí ya me ha tenido bajo el microscopio por mucho tiempo.

- Y se me escapó; la verdad es que disfruto mucho cuando los agarro con las manos en la masa y sobre todo, cuando los veo gemir de dolor y arrepentimiento. El hecho de verles el rostro descompuesto de dolor me produce mucho placer.

- ¿Y por qué no hizo lo mismo conmigo?

- Aún no lo sé, ha de tener un ángel muy cerca.

- ¿Desde hace cuánto que pasea en su triciclo?

- Desde siempre. El que tengo ahora es el octavo que compro.

- ¿Y lo saben en su trabajo?

- No sé y no me interesa. Yo hago con mi vida lo que se me antoja y nadie se mete en ella.

Opté por guardar silencio un rato, el tequila lo estaba poniendo violento. Le dije que ya no deseaba comer y que no se preocupara, que iba a tomar un taxi para ir a buscar mi carro.

- De ninguna manera, usted aceptó comer conmigo y ahora me acompaña. No tenga miedo, prometo moderarme.

Fue imposible, a medida que tomaba se iba poniendo más violento. Hubo un momento que sacó la pistola y la puso sobre la mesa. Un señor que estaba parado a un lado de la caja registradora vino hacia nosotros y le suplicó que la guardara.

- No la voy a guardar, la puse allí porque me molesta a la hora de comer.

A partir de entonces todo fue insoportable, no pude comer a gusto ni lo pudieron hacer otras personas que se levantaron y se fueron. Él se dio cuenta y les gritó que era mejor, que deseaba estar solo, que deberían de salirse todos. Se volvió a acercar el señor a suplicarle que se comportara o iba a tener que llamar a la policía. Sacó su credencial y casi se la pegó a los ojos.

- ¿Sabe usted leer?. Pues lea. No creo que le convenga hablar a otro. Así que deje que se vayan todos los que quieran y sirvanos otros tequilas, mi compañero y yo queremos brindar. Hoy es nuestro último día juntos - le dijo al señor mientras éste se retiraba.

Trajeron dos tequilas más y después otros hasta completar un número bastante considerable. No es por alarde pero estaba acostumbrado a tomar y aguanté; él no, después de varias copas se quedó dormido en la mesa. Lo tuvimos que sacar entre varios, lo llevé hasta su casa y lo dejé adentro de su carro. Fui a buscar el mío y cuando regresé ya no estaba el policía por ninguna parte.

Esa misma noche sacaron sus muebles y todas sus pertenencias. Sólo lo volví a ver como cuatro años después. Estaba barriendo la banqueta de enfrente de mi casa cuando escuché que

tocaban un claxon con gran insistencia, levanté los ojos y lo vi en su carro en mitad de la calle diciéndome adiós. Creo que me vio cara de asustado cuando le respondí el saludo porque me gritó que no me preocupara, que sólo iba de paso. Arrancó rechinando las llantas y nunca más volví a saber de él.

... y la oscura esperanza.



Siempre me ha extrañado la forma como la vida nos va cerrado ciertos círculos. Es cierto que muchas veces nosotros mismos los cerramos, pero en otras hay una como magia que se encarga de hacerlo. Son como señales, como epifanías de la existencia que debemos saber leer y descifrar. En ocasiones nos llegan a través del viento. Una simple hoja que cae, por ejemplo, nos puede dejar paralizados ante la idea de lo pasajero de la existencia y en ese instante decidimos cambiar nuestra rutina de todos los días o abandonar todo y desaparecer. Otras veces, como me sucedió a mí cuando decidí dejar el alcohol, estas señales llegan de nuestro propio interior: te ves en el sueño tirado en un callejón como una basura más y allí mismo decides dejar de tomar y empezar una nueva vida. Las más terribles son las que llegan con una catástrofe, con la pérdida de algún ser querido o con un accidente personal. Éstas son contundentes y cuando llegan sabemos, para nuestra desgracia, el porqué y sin embargo insultamos a la divinidad, le gritamos que es injusta, que no nos merecíamos tanto. En el fondo sabemos que sí y si somos honestos y sentimos temor y temblor, juramos cambiar nuestra existencia.

Como a los dos o tres días de que el policía desapareció recibí la última carta de Celia. En ella me decía de nuevo las mismas palabras de amor y de extrañeza de siempre, pero añadía algo más que me dejó desconcertado: "No sé cómo decirte la verdadera razón de esta carta. Antes de hacerlo quiero

que sepas que has sido muy importante en mi vida, que voy a guardarte siempre no sólo en mi recuerdo sino también atado a las venas de mi corazón. Sé que suena cursí esto último, pero no encuentro otra imagen para expresarte lo que siento por ti y lo que voy a seguir sintiendo. Ahora no me queda más que ir al grano: voy a casarme. No sé qué sientas al leer esas tres palabras pero espero y entiendas que no puedo regresar a México y que tampoco pude decirle que no a mi primo. Me caso con él. Es más, es probable que cuando recibas esta carta ya esté casada. Lo hago el día diez, hoy estamos a cinco”.

Miré el pequeño calendario que tenía sobre mi escritorio y vi que estábamos a doce: tenía dos días de casada. Sería en vano negar que me sentí mal, lo más seguro es que no volviera a verla ni a saber de ella. Le contesté sólo para desearle lo mejor. No sabía cómo expresarle lo que sentía, ya era una mujer casada. Sin embargo, le escribí diciéndole que le quitaba a mi vida una esperanza más, que antes de recibir su carta vivía pensando en su regreso y que ahora ese pensamiento había sido borrado y en su lugar sentía un vacío hondo y doloroso.

“Pero no quiero que pienses que te digo todo esto con la intención de hacerte sentir mal, lo digo para que sepas que sí llegué a amarte y que por lo mismo me da mucho gusto que estés bien. Por las cosas que me has escrito se ve que tu primo es un buen hombre. También me alegra que hayas encontrado tu verdadera vocación y estés entregada al diseño y a la publicidad.

El policía ya desapareció de mi vida, sólo queda el alemán, pero también ha dejado de asistir con frecuencia a las clases de ruso y cuando llega ya no me molesta. Ojalá y se esfume pronto. Mientras tanto ya entré a tomar mis cursos de filosofía griega y continúo en el manicomio. Sería muy largo de explicarte muchas de las cosas que me han sucedido en él y no quiero quitarte mucho

tiempo de tus nuevas responsabilidades. Lo que sí te quiero contar es que ayer me detuvo el ingeniero que anda declamando poemas por todas partes y me preguntó:

- ¿Y no hay nadie que se rebele contra mí?
- Nadie - le contesté.
- ¿Y si se llegaran a rebelar?
- Los aquietarian.

Al escuchar estas palabra se incorporó y me dijo que lo había estado engañando, que si aún existía alguien que se dedicara a callar a los demás o a sojuzgarlos era porque el mundo seguía igual. Sentí que había cometido un grave error y tuve que remediarlo.

- Lo que quiero decir es que los llevan ante tu fotografía y les hablan de ti y ellos cambian, nadie les hace daño.

- ¿Me estás diciendo la verdad?

- No podría mentirte, ya te dije que entré a la fortaleza a salvar a estos que llegaron mal a tu mundo. Yo te he admirado toda mi vida como para decirte una mentira.

Lo vi sonreír satisfecho y alejarse declamando orgulloso por todo el jardín. Se paraba frente a grupos de locos, les decía un discurso o les tocaba la cabeza como si con ese toque los salvara de sus suplicios.

Ese es el toque que yo necesito en este momento, Celia, un toque que me haga abrir los ojos hacia otros mundos, que me muestre la grandeza de los cielos y apague este fuego que me consume”.

Le confesé lo de Ofelia. Mientras se lo escribía iba sintiendo que se rompían y desaparecían varias cadenas en mi interior. Me sentí libre.

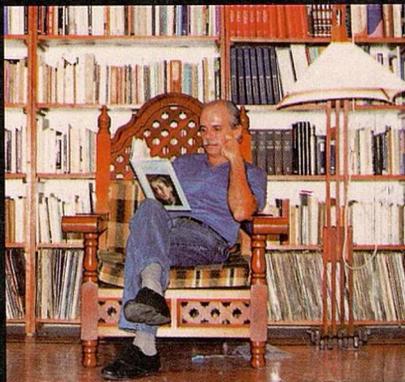




# Ciprián Cabrera Jasso

Nació en Emiliano Zapata, Tabasco, el 2 de julio de 1950. Sus primeros estudios los hizo en su pueblo natal y después se fue a radicar a la Ciudad de México para estudiar la preparatoria. Realizó estudios de literatura inglesa en la Universidad de Michigan, Estados Unidos y la licenciatura en psicología en la UNAM. Fue corrector de estilo, traductor y escritor de la revista "Geografía Universal".

En Tabasco fue Subdirector del Centro Cultural de Ciencias de la Cultura Olmeca y Maya (CICOM), Director de la Biblioteca José María Pino Suárez, además de haber trabajado en otras áreas en el Instituto de Cultura de Tabasco; Director de Educación Cultura y Recreación del municipio del Centro; Fundador de la Revista "Expresión" de la Secretaría de Educación; actualmente se desempeña como Consejero Estatal Electoral.



Tiene publicados los siguientes libros:

**Poesía:** "Trilogía de sombras", "Quinteto de Cámara", "Kassandra", "La ventisca", "Mar de sombras", "Diario de Muertos", "Diez poemas para encontrar un poco de luz", "Las devastaciones del barasco", "Los anabros".

**Cuentos:** "Entre la luz de la luna y el retrato" y "Las once fantasías y un viaje al país de la noche".

**Ensayos:** "Escudriños".

**Novela:** "Onishi y la fiesta del infierno".

**Obra de teatro:** "El retrato".

**Estudios de investigación:** "El Estado de Tabasco", "El flamenco y otros versos", "Sureste mexicano (áreas protegidas de la biósfera)".



UNIVERSIDAD JUAREZ AUTONOMA DE TABASCO

Liderazgo, Calidad Académica y Valores Humanos: Ejes Transformadores de la Sociedad